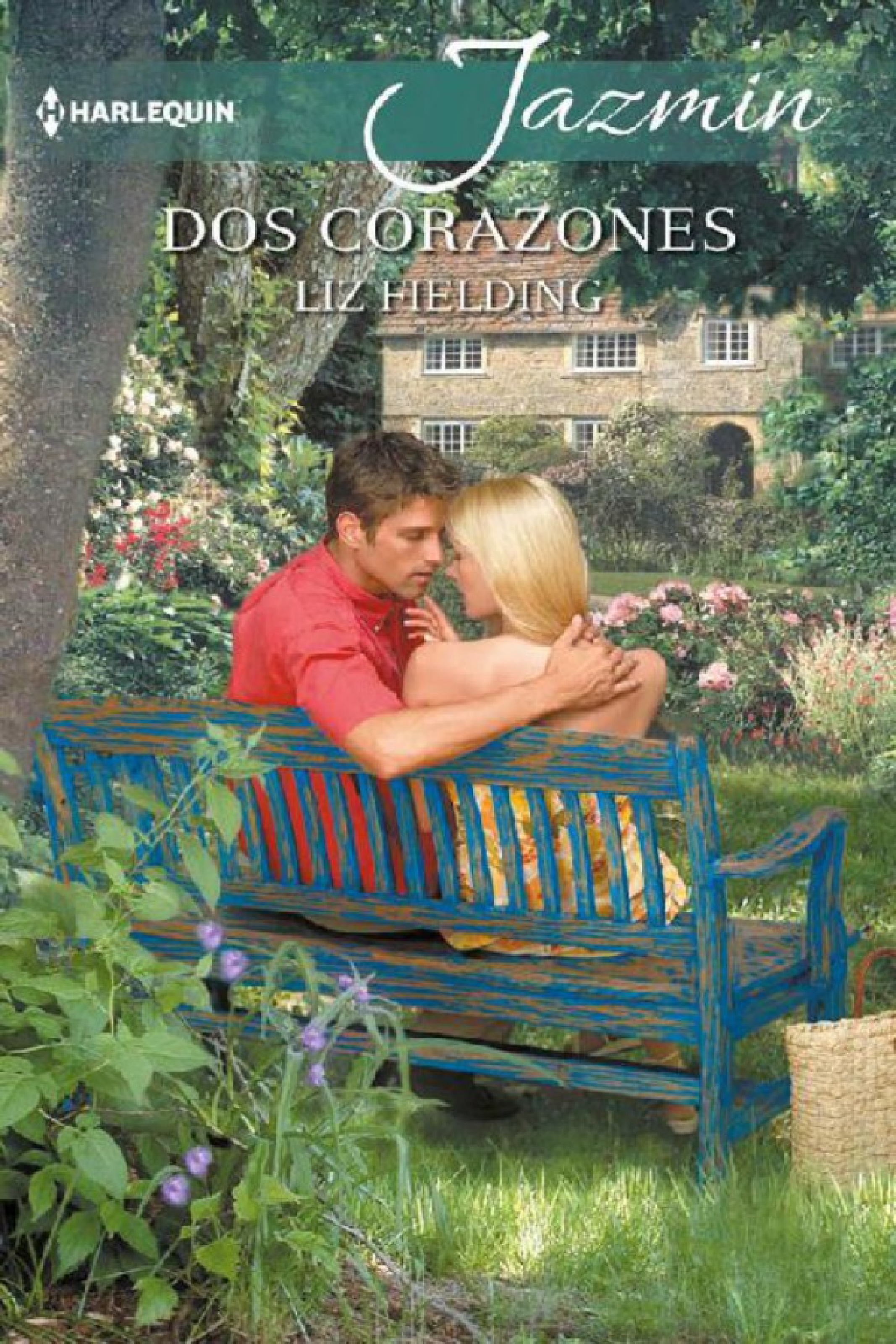

HARLEQUIN
Jazmín
DOS CORAZONES
LIZ FIELDING



DOS CORAZONES

Liz Fielding



Argumento

¿Podrían acabar siendo una verdadera familia?

Recoger moras junto a su hija en aquel jardín abandonado tuvo una consecuencia imprevisible en la vida de Kay Lovell: primero la besó un guapísimo desconocido, y después la contrató como jardinera. Kay trató de hacer todo lo posible con aquel jardín… y con su malhumorado jefe, Dominic Ravenscar. Era obvio que él todavía no se había recuperado de las heridas del pasado pero, poco a poco, Kay fue descubriendo al verdadero Dominic, el hombre que tanto amaba la vida y que sólo deseaba tener su propia familia.

Indice

Prólogo

–Es preciosa, Jake –Amy Hallam acarició con suavidad la mejilla de la recién nacida, después la sacó de la cuna, la colocó sobre su hombro, inhaló su aroma de bebé y la besó en la frente–. ¿Su madre la ha abandonado en la puerta de la casa de la tía Lucy? La pobre mujer debía de estar muy mal…

–Puede que sí, pero sabía que Lucy cuidaría de ella. Dejó una nota –Jake le entregó un papel a su esposa y le quitó al bebé para que pudiera leer lo que ponía.

Amy se estremeció al tocar el papel. Podía sentir el miedo de la mujer que había escrito la nota.

–¿Estás bien? –Jake la tocó para tranquilizarla.

–Sí –dijo ella, pero se sentó antes de comenzar a leer.

Querida «tía Lucy»

Cuidaste de mí una vez y ahora te pido que cuides de mi hija, porque no hay nadie más que pueda ayudarme.

Nació el día veintiséis de septiembre. No tiene nombre y no he registrado su nacimiento. Si no sé su nombre no puedo traicionarla. Es completamente anónima. Es su única esperanza.

Te suplico, y confío en ti, que no cuentes nada a la policía y que no utilices los medios de comunicación para intentar localizarme. Eso sólo servirá para llamar la atención hacia ella y ponerla en peligro.

Te dejo el poco dinero que tengo para ayudarte hasta que encuentres a alguien bueno que pueda cuidar de ella y ofrecerle una buena vida. La quiero, pero conmigo no estará segura.

K.

Amy pestañeó y se fijó en su propio hijo, que estaba sentado en el suelo. Deseaba abrazarlo para demostrarle lo mucho que lo amaba. Sin embargo, sin pronunciar palabra, agarró la mano de su esposo.

–¿Paranoia? ¿Violencia doméstica? –le preguntó él.

–No sé, pero esta mujer está aterrorizada por algún motivo. Basta con mirar su escritura –dijo ella, al ver que Jake arqueaba una ceja–. Sea cual sea el problema, ella está fuera de sí. Debe saber que lo que pide es imposible, y que quebrantaría todas las leyes de protección de la infancia, pero en lo único que piensa es en proteger al bebé.

–No podremos hacerlo durante mucho tiempo.

–No, por supuesto que no. Pero no estoy preparada para correr riesgos innecesarios. Una semana o dos no supondrá gran diferencia.

–No estoy seguro de que los servicios sociales lo vean de la misma manera –contestó Jake.

–Puede que no, pero si pudiéramos encontrarla…

–Ha dejado a su hija en un lugar que cree que es seguro, Amy. ¿No crees que habrá puesto la mayor distancia posible entre ambas?

–No hasta que esté segura. Se quedará cerca hasta que se asegure de que el bebé está a salvo.

–¿Y eso de qué servirá? No tenemos ni idea de qué aspecto tiene.

Ella frunció el ceño.

–A lo mejor no es necesario. Le ha dejado todo el dinero que tenía a Lucy. Estará débil. Hambrienta. En baja forma. Tenemos que buscar en las calles de alrededor de la casa de Lucy, Jake. No podemos perder tiempo.

Capítulo Uno

Hacía calor para ser finales de septiembre. El cielo estaba despejado y sólo el fruto de las zarzamoras indicaba que el verano estaba a punto de terminar.

Kay se secó el sudor de la frente, se dio aire con el sombrero de paja y caminó junto al seto, buscando las moras que había dejado sin recoger, intentando ignorar las zarzas que colgaban sobre el muro que daba a la calle. Ramas combadas por el peso de las moras, pero a las que no conseguía llegar con el bastón de caminar.

–Vamos, Polly, tendremos que conformarnos con éstas –dijo después de revisar el seto una vez más.

–¿Tienes suficientes? –le preguntó su hija, mirando con escepticismo la pequeña cantidad que habían recogido.

–No hay más. Me temo que la tarta de la fiesta de la cosecha de este año tendrá más manzana que moras.

Polly frunció el ceño.

–Pero allí hay montones –dijo, señalando la parte alta del muro.

–Lo sé, pequeña, pero no puedo alcanzarlas.

–Podrías recogerlas desde el otro lado de la valla. ¿Por qué no te cuelas? Ahí no vive nadie. Alguien ha puesto el cartel de «Se Vende» –dijo, como si eso zanjara el tema.

¡Qué sencilla era la vida con seis años! Pero Polly tenía razón en una cosa: Linden Lodge estaba vacío desde que ella vivía en Upper Haughton. Desde la ventana de su dormitorio podía observar la frondosa vegetación que se ocultaba tras el alto muro, el tejado de la casa de verano hundiéndose bajo el peso de una clematis montana, rosales salvajes y árboles en flor que, año tras año, habían tirado sus frutos al suelo. Era como el jardín secreto de un cuento de hadas, cerrado, oculto, dormido. Esperando a que entrara la persona adecuada para que lo devolviera a la vida.

«Hará falta algo más que un beso», pensó ella.

Al ver que no respondía, Polly comentó con la insistencia de una niña de seis años:

–Son para la fiesta de la cosecha.

–¿Qué?

–Las moras, por supuesto. Todos los habitantes del pueblo tienen que llevar algo.

–Ah, sí –ése era el plan. Todo el mundo contribuía con algo en la fiesta de la cosecha que se celebraba una vez al año, una tradición que recordaba el pasado agrícola del pueblo.

Kay sabía que era ridículo que se resistiera a colarse por la valla. La fruta se echaría a perder si ella no la recogía.

–Puedes dejar una nota por debajo de la puerta para darles las gracias –dijo Polly.

Kay sonrió.

–¿Una nota de agradecimiento? ¿A quién? –preguntó divertida.

–A quien compre la casa. Yo haré un dibujo de las moras para que quien venga a vivir se alegre de que no se echaron a perder –dijo la pequeña, agarrando la mano de Kay y tirando de ella hacia la valla. En el muro había una puerta pequeña cuya pintura se estaba desconchado por el efecto del sol.

–Estará cerrada –dijo Kay, pero al mover la manija y empujar la puerta cedió con facilidad. Se quedó paralizada, invadida por la mezcla de alivio y decepción. Un pájaro salió volando de entre la hierba crecida y la asustó. Era como si esperara oír una voz enfadada preguntándole qué diablos estaba haciendo allí.

Pero sólo era la voz de su conciencia.

Aparte del sonido de su corazón acelerado, y del zumbido de las abejas revoloteando entre las flores, nada interrumpía el silencio.

Al ver las margaritas azules y moradas, unas flores resistentes que se abrían hueco entre la maleza que invadía el jardín, se le encogió el corazón. Le dolía pensar que alguien hubiera podido abandonar el jardín de esa manera.

Dominic Ravenscar dio la espalda a los muebles cubiertos por sábanas polvorientas del estudio y miró hacia el jardín.

Era el momento que más temía. Durante seis años había evitado mirar el jardín de Sara, pero había comprendido que por mucho que huyera no había lugar para para escapar del dolor, ni para olvidar el pasado.

La última vez que había mirado por la ventana había sido en primavera. Los árboles frutales estaban en flor y las lilas y los tulipanes mostraban su esplendor. Sara estaba radiante gracias a la felicidad que le provocaba la nueva vida que habían creado. Todavía era un secreto que ambos compartían, una alegría de la que querían disfrutar antes de dar la noticia, después de que las primeras semanas de incertidumbre hubieran pasado.

Una tragedia doble que él también había guardado para sí. Cuando Sara murió fue demasiado tarde para compartir la noticia y no tenía sentido causar más sufrimiento a los familiares y amigos.

Aquel enorme vacío le pertenecía a él.

Una rama del rosal que Sara había plantado junto a la puerta golpeó en la ventana y lo sobresaltó, haciendo que regresara a la realidad. No era la única planta que había crecido salvaje. Sin los cuidados de Sara, la naturaleza había seguido su ritmo y los arbustos habían crecido de forma desmesurada, acorralando a los árboles frutales que luchaban para encontrar más luz.

Dominic apoyó la frente contra el cristal y cerró los ojos para tratar de olvidar durante unos instantes el destrozo del jardín y de su vida, pero no lo consiguió. Había comprado la casa porque Sara se había enamorado del jardín, un lugar rodeado por un muro de ladrillo del que ella había dicho que sería un lugar seguro para que jugaran sus hijos.

Su mayor ilusión era crear un jardín al estilo inglés, lleno de plantas y flores que atrajeran a los pájaros y a las mariposas. Él podía imaginarla con un sombrero en la cabeza para protegerse del sol mientras podaba los rosales o ataba las ramas jóvenes de los melocotoneros.

Caminando entre los frutales del pequeño huerto que había creado.

No consiguió escapar del dolor en la oscuridad, así que abrió los ojos, pero la imagen de Sara continuaba allí.

Sara…

Sus labios se movieron, pero de su boca no salió ningún sonido, sólo se oyó el latir de su corazón acelerado. Se acercó a la puerta, desesperado por llegar hasta ella, pero se percató de que estaba cerrada y de que las llaves estaban sobre la mesa de la cocina, donde él las había tirado. Fuera de su alcance. Porque durante unos instantes no se atrevió a moverse. Si retiraba la vista de Sara, ella desaparecería…

Golpeó el cristal de la puerta con el puño, deseando que ella se volviera y lo mirara.

Si lo miraba, todo estaría bien…

–¡Sara!

–Dom, ¿estás bien?

El pestañeó, se volvió y cuando miró de nuevo, ella se había marchado.

–¿Dom?

Al principio le ocurría todo el rato. Mirara donde mirara, pensaba que la estaba viendo. Bastaba un mechón de cabello rubio entre la multitud, una risa en un restaurante o su color favorito para detenerle el corazón. Pero hacía mucho tiempo que no tenía una imagen de ella tan real…

Y se había quedado sintiéndose solo y deprimido.

–Estoy bien, Greg –dijo con brusquedad, volviéndose de espaldas a la ventana y dándose cuenta de que era motivo de preocupación. Era algo que había conocido bien durante los meses posteriores a la muerte de Sara. Una de las razones por las que se había marchado, tratando de continuar con su vida, viviendo y trabajando entre desconocidos que no sabían nada de lo que le había sucedido en su vida. Gente que no tenía que esforzarse en buscar palabras porque no sabían qué decirle. Gente que mantenía las distancias después de que él rechazara los gestos amistosos y de acercamiento que le mostraban en un principio.

–Estoy bien.

–Sabes que no hace falta que pases por esto –dijo Greg, y dejó la caja de comida que había sacado del coche–. Puedes dejármelo a mí. Dime lo que quieres conservar y lo empaquetaré y guardaré hasta que lo… bueno, hasta que lo necesites. No costará mucho vender la casa. Hasta se podría vender un cobertizo en Upper Haughton. Hiciste una inversión inteligente…

–No lo compré como inversión. Lo compré porque…

–Lo sé –interrumpió Greg–. Lo siento –Dominic negó con la cabeza. Sabía que Greg estaba hablando para rellenar el silencio–. Mira, ¿por qué no te quedas con nosotros hasta que soluciones todo esto?

–No. Gracias, pero hay cosas por las que tengo que pasar. Debí haberlo hecho hace mucho tiempo –se volvió hacia la ventana con la esperanza de que ella estuviera otra vez allí, pero el jardín estaba vacío.

–Ya –hubo una pausa–. ¿Necesitas ayuda para solucionar las cosas? No hace falta que sea alguien que conozcas. Puedo preguntar en la agencia que contrata nuestro personal si tienen a alguien. Quizá sea más fácil con alguien que no esté emocionalmente implicado, bueno, ya sabes…

Sabía, pero no quería ayuda. No quería a nadie. Sólo quería que Greg dejara de mirarlo como si hubiera perdido la cabeza, se marchara y lo dejara solo. Pero aquel hombre no sólo era su abogado, sino también el amigo que había permanecido a su lado desde el momento en que él había prometido ser fiel a Sara hasta que la muerte los separara. Palabras sin sentido. Eran jóvenes. Enamorados. Iban a vivir eternamente…

–Gracias, Greg –dijo él, consciente de que su amigo quería ayudar–. ¿Puedo pedírtelo cuando lo necesite?

–Por supuesto. ¿Estás seguro de que vas a estar bien aquí? –le dijo mirando a su alrededor–. Si me hubieras avisado, habría hecho que alguien diera un buen repaso a este lugar. Por lo que parece, las

personas que vienen una vez al mes no han hecho más que lo mínimo.

–Eso es para lo que les pago –el mínimo. Él les había pedido que no tocaran nada–. Tengo agua y electricidad. Teléfono móvil. Es todo lo que necesito.

–¿Y qué tal algún medio de transporte?

–No voy a ir a ningún sitio.

–De acuerdo –le dijo tras una larga pausa–. Entonces, me voy. ¿Estás seguro? La caja de comida es bastante básica.

–No te preocupes. He conseguido mantener unidos el cuerpo y el alma durante seis años. No voy a morirme de hambre.

Greg lo miró como si quisiera decirle algo, pero no era necesario. Dom había comprendido la mirada de asombro con la que lo había recibido en el aeropuerto.

Se volvió de nuevo para mirar por la ventana y le dio un vuelco al corazón al ver que ella estaba otra vez allí. Alta, delgada, vestida con unos pantalones vaqueros y una camiseta azul turquesa desteñida. Siempre había sido su color favorito.

–Te llamaré mañana –dijo Greg desde la puerta–. Hablaremos de conseguirte un poco de ayuda.

–No hay prisa –dijo abstraído, deseando que ella levantara la vista y lo mirara. De pronto, una niña apareció entre la hierba con una corona de flores. Sara la colocó sobre la cabeza de la pequeña, de forma que parecía una princesa.

Seguro que se estaba riendo. Si al menos pudiera ver su cara…

–No hay prisa… –dijo de nuevo, al oír que se cerraba la puerta. Con las manos apoyadas sobre el cristal, observó cómo la mujer besaba a la niña y después sacaba unas tijeras de podar del bolsillo trasero de los pantalones para cortar algunas ramas de la zarzamora–. Tengo todo el tiempo del mundo.

Entonces se percató de que ella no llevaba guantes.

Él le había comprado un par, pero habían terminado rompiéndose.

Entonces, vio cómo se pinchaba la mano con una rama que había salido despedida.

–No… –ella se la retiró de la piel, se metió el dedo pulgar en la boca y, como si fuera una pesadilla recurrente, la historia comenzó a repetirse–. Sara…

Pero el nombre se atravesó en su garganta y deslizó las manos sobre el cristal al ver que la imagen titilaba, para desvanecerse cuando cerró los ojos.

–Cielos, Kay, lo has hecho bien –Amy Hallam dejó un cuenco con

moras sobre la mesa de la cocina–. Yo quería contribuir, pero no hay mucha fruta en nuestro prado. La cabra se come los brotes en cuanto salen.

–Las cabras se comen todo lo que aparece sobre la tierra –Kay lavó la fruta y la añadió a la olla que estaba sobre el fuego–. Pero gracias por la idea. Me temo que he tenido que hacer algo malo para asegurarme de que las tartas de mora y manzana tuvieran algo más que manzana este año.

–¿Algo malo? ¿Tú? ¡Qué inesperado! –sonrió–. ¡Qué prometedor!

–Basta. Lo digo en serio. He entrado en el jardín de Linden Lodge. Aunque he de decir que me ha animado tu ahijada.

–¿Y qué hay de malo en eso? Habría sido un crimen permitir que se echaran a perder. Polly es una niña inteligente y yo he cumplido mi deber como madrina al enseñarle cómo debe utilizar su iniciativa.

–Los mirlos de la zona no se lo han tomado de la misma manera.

–Que coman gusanos.

–Y he roto el cerrojo de la puerta al empujar para abrirla.

–Has cometido un delito doble de una sola vez –le dijo con una sonrisa–. Eres una delincuente, Kay Lovell. Habrá que informar a la coordinadora del grupo de seguridad del barrio. Oh, espera, tú eres la coordinadora de seguridad…

–Ya basta –dijo Kay, incapaz de contener una sonrisa. Después llenó la cafetera de agua–. ¿Café?

–Por favor. ¿Quieres que envíe a alguien para que arregle la verja?

–No, yo puedo hacerlo. La pieza donde encaja el cerrojo está oxidada. Estoy segura de que tengo alguna de repuesto en el cobertizo.

–¿Cómo es ese lugar?

–¿El cobertizo? ¿Quieres hacer una inspección ahora? Deberías haberme avisado para que pudiera recoger un poco…

–Linden Lodge –Kay sabía que era a eso a lo que se refería, pero no estaba segura de querer hablar del tema–. Hay algo misterioso tras esos muros.

–No, sólo que todo está muy crecido –dijo Kay–. Polly se sentó para hacer una corona de flores mientras yo cortaba las zarzas y desapareció por completo. Durante un minuto pensé que… –se calló de pronto. No quería recordar lo mal que se había sentido durante los segundos en que Polly no respondió a su llamada. Cuando lo único que podía ver era la verja abierta y un millón de posibilidades cruzaban por su cabeza…

–¿Has podado las zarzas? –preguntó Amy haciendo que volviera a la realidad.

–¿Qué? Ah, sí. Estaban estrangulando a un melocotonero.

Pobrecito –puso café en la cafetera–. No te rías, Amy.

–¿Yo? ¿Reírme? Ni lo pienses.

–Bueno, entonces no sonrías. Sé que es patético, pero no soporto ver nada que sufra –se volvió para sacar las tazas. Sabía que no tenía que explicar nada. Amy nunca necesitaba explicaciones–. De todos modos, mañana meteré una nota en el buzón cuando vaya a arreglar la verja. Sólo para darles una explicación.

–¿Sobre por qué cortaste las zarzas para salvar al árbol?

–Sobre por qué robé las moras. Para una buena causa.

–No hay nadie en la casa, y los fantasmas no necesitan explicaciones, Kay.

Sobresaltada, se volvió para mirar a su visita.

–¿Fantasmas?

–¿No te has dado cuenta? Siempre que paso junto al jardín tengo la sensación de que está encantado.

–No. No era misterioso, sólo… triste.

–A lo mejor eso es lo que quería decir yo.

Kay creía que no era así. No había sentido la presencia de ningún fantasma, pero Amy era conocida por su capacidad de percibir más cosas que el resto de la gente.

–El viernes colocaron el cartel de «Se Vende». ¿Lo sabías? –dijo ella, decidida a cambiar de tema. No había sentido nada más que tristeza, ni siquiera en esos momentos que tenía erizado el vello. Y tenía que regresar a arreglar la verja.

–He oído que la habían sacado al mercado. Una lástima.

–¿Conocías a las personas que vivían allí?

–¿A los Ravenscar? No muy bien. Nos veíamos en los actos que se celebraban en el pueblo, por supuesto, pero yo estaba ocupada con los niños. Ese año tuve a Mark y todavía estaba estableciendo el negocio. Eran jóvenes, no llevaban casados más de un año o dos y todavía se interesaban el uno por el otro más que por cualquier otra cosa. Asistieron a la fiesta de la cosecha. Recuerdo que Sara Ravenscar se entusiasmó al ver cómo todo el pueblo se unía para el evento. Habría dado su aprobación para que recogieras las moras. Su muerte fue una tragedia.

–He oído que murió por el tétanos. ¿Es cierto?

–Bueno, tuvo complicaciones pero, ¿puedes creer que suceda eso hoy día? Al parecer, sus padres no creían en ningún tipo de vacuna y, como la mayor parte de los jardineros, ella no era capaz de dejarse los guantes puestos. Tras su muerte, Dominic se marchó al extranjero. Creo que estuvo trabajando en algún tipo de programa de ayuda.

–Me sorprende que no vendiera o alquilara la casa en lugar de

dejarla vacía. La persona que la compre tendrá que invertir mucho trabajo en ella, y no sólo en el jardín. La pintura está en muy mal estado –dijo Kay.

–A lo mejor no podía soportar la idea de deshacerse de ella tan pronto. Supongo que la idea de regresar a vivir en ella era incluso peor, así que la cerró. Ahora es como la aguja atascada de un viejo gramófono, incapaz de continuar hacia delante.

Kay se estremeció.

–Bueno, ahora la ha puesto a la venta. Es un paso hacia delante.

–A lo mejor. Eso espero.

–Sí, bueno, llevaré la carretilla y limpiaré lo que podé cuando vaya a arreglar la verja. A lo mejor debería acercarme a la agencia para preguntarles si quieren que les limpie el jardín. Prefiero dejar un poco de lado mi negocio mientras Polly esté de vacaciones durante el verano.

Amy la miró como si fuera a decir algo importante, pero al ver que Kay arqueaba las cejas, sólo dijo:

–Teniendo en cuenta lo que le sucedió a Sara Ravenscar, asegúrate de ponerte guantes. ¿Te has desinfectado esos arañazos?

–Con aceite del árbol del té –se miró la mano donde se le habían clavado las zarzas–. En cuanto llegué a casa. Y tengo todas las vacunas al día.

–Bien –en el momento que la pequeña Polly entró en la habitación con el pijama puesto, Amy la tomó en brazos–. ¡Eh, cariño! La niña a la que quería ver. ¿Crees que tu mamá podrá prestarte mañana?

–¿Mañana? –preguntó la pequeña.

–Todo el día. Vamos a llevar a los niños al mar y Mark quiere que tú también nos acompañes.

–¡Bien! –exclamó. Y después dijo–: Pero le había prometido a mamá que la ayudaría a hacer las tartas…

–Creo que podré arreglármelas sola –le aseguró Kay, sabiendo que Amy no le había dejado elección–. Si Amy puede –añadió–. ¿Estás segura de que podrás con todos?

–Por supuesto. Cuatro niños son mejor que tres. Jake puede irse de aventura con George y James, y yo me divertiré chapoteando en los charcos de las rocas con los más pequeños.

El mensaje silencioso de que tenía que dejar salir a Polly y ser menos protectora con ella había quedado muy claro.

–En ese caso, ¿cómo puedo negarme? Espero que lo paséis bien.

–¿Has visto cuántas moras hemos recogido, Amy? –preguntó Polly, quebrando la tensión que se había creado entre ambas–. Y también he hecho una corona de margaritas.

–¿Moradas? ¡Estás bromeando!

–¡No! De verdad. Ven y la verás… –se bajó de su regazo y, agarrando a Amy de la mano, se dirigió hacia las escaleras.

–Enseguida vuelvo.

–Te espero –dijo Kay–. Pero no dejes que te camele para que le leas un cuento. También tienes hijos a los que acostar.

–Sí, pero todos son chicos. No les gustan las hadas, ni hacen coronas de flores. Además, hoy le toca bañarlos y acostarlos a Jake y no tengo intención de regresar antes de que haya limpiado todo el desastre.

Dom se esforzó para comerse una lata de sopa y un poco de pan. No saboreó nada, pero era parte del proceso de supervivencia que había llevado durante seis años. Sin embargo, era la primera vez que sentía cómo su corazón volvía a latir.

Después, paseó por la casa tocando las cosas de Sara que todavía se encontraban sobre la cómoda, cubiertas por una fina capa de polvo acumulada tras la última visita de la persona que iba a limpiar. Abrió los armarios donde colgaba su ropa y se acarició la mejilla con uno de sus vestidos.

Inhaló el aroma de Sara que permanecía en el tejido.

¡Qué estúpido había sido! Ella estaba allí. Todo el tiempo que él había huido, ella había estado allí, esperándolo.

Abrió las ventanas del piso de abajo. No se atrevió a salir más allá del porche, donde solían sentarse juntos las tardes soleadas para tomarse una copa de vino, porque tenía miedo de molestarla mientras estaba en el jardín. Pero tenía la esperanza de que ella saliera de la oscuridad y se uniera a él.

Sin embargo, el jardín permaneció quieto y silencioso. El calor del verano impregnaba las paredes y el aire estaba invadido por el aroma de las rosas. Dom permaneció allí, contemplando la vegetación frondosa que había sido un jardín, confiando en verla una vez más antes de que oscureciera.

Entonces escuchó la risa de una niña y, en lugar de recordar todo el dolor que había sufrido por todo lo que había perdido, se esforzó por oírla de nuevo. Contuvo la respiración y no se movió hasta que el cielo se tornó de color azul oscuro y aparecieron las primeras estrellas.

Capítulo Dos

Kay no perdió ni un minuto. Nada más despedirse de Polly metió las herramientas que necesitaba en la carretilla y se dirigió a Linden Lodge. El día anterior se había comportado de manera vergonzosa y quería terminar de arreglar la situación.

Ella ponía su granito de arena en la comunidad, ayudaba en la escuela, trabajaba duro para mantener a Polly y nunca se pasaba de la raya, nunca hacía nada que llamara la atención para que no rumorearan sobre ella. Había tenido suficiente cuando Amy las acogió en su casa y después les permitió mudarse a la casita.

Pero en ese momento no sabía qué se había apoderado de ella.

Se detuvo y dejó la carretilla.

Se estaba engañando a sí misma. Sabía exactamente qué era lo que la había poseído: el misterio del jardín oculto tras un muro. La posibilidad de ver más de la maravilla que veía desde la ventana del piso de arriba de su casa. Quería ver más. Siempre había deseado ver más.

Polly no la habría convencido de traspasar la valla si ella no hubiera querido hacerlo.

Cuando abrió la puerta de la verja, percibió el aroma de la hierba mezclado con el de la valeriana. Un mirlo, posado en un manzano, hizo un silencio para después continuar con su canto. Y ella se sintió aceptada.

Qué tontería.

Kay agarró las plantas que crecían detrás de la valla y las cortó con las tijeras de podar para poder abrir la puerta del todo y meter la carretilla.

Entonces, puesto que asegurar la verja era más importante que limpiar el jardín que nadie iba a ver en un futuro próximo, y puesto que era la coordinadora de vigilancia del vecindario, lo primero que hizo fue reparar el cerrojo. También engrasó las bisagras. Era lo que debía hacer como buena vecina y en agradecimiento por las zarzamoras.

Como si alguien fuera a darse cuenta. Los compradores no le darían importancia. Lo más probable era que lo destrozaran del todo y rehicieran el jardín de nuevo. Pero era una lástima. Lo viejo, a pesar de todo, tenía carácter.

Probablemente arrancarían todas las plantas y las reemplazarían por otras nuevas, unas que no necesitasen una lucha constante contra las babosas, pulgones y demás insectos.

Y sin duda, derrumbarían el cenador.

Y quizá construirían una piscina.

Dejó la lata de aceite en la carretilla y miró con calma a su alrededor. Todavía era temprano, y el pueblo estaba tranquilo, tal y como están los pueblos alejados de la carretera principal en una mañana de domingo.

Se acercó al camino lleno de hierba y suspiró al ver los tesoros hortícolas que trataban de sobrevivir frente a otras especies más robustas. Se sentía tentada de liberarlos pero, ¿para qué? Si el jardín no recibía un cuidado continuado, la naturaleza se apoderaría con más vigor de la zona limpia y al final sería mayor el daño causado que el beneficio.

No le hacía falta que Amy Hallam arqueara las cejas para saber que estaba perdiendo el tiempo al podar la zarzamora. En primavera crecerían más fuertes que nunca y, entretanto, ella tenía que pagar su acción con tiempo y esfuerzo que podía haber empleado en su propio jardín.

No podía perder el tiempo pensando en cómo quedaría el jardín si se arreglara. Se puso unos guantes de cuero y comenzó a retirar las ramas cortadas.

Dom se despertó de pronto y, por un momento, no supo dónde estaba. Tenía frío y se sentía incómodo tras haber pasado toda la noche en una butaca. Al menos eso le resultaba una experiencia familiar.

Se frotó la cara con las manos, pasó los dedos entre sus cabellos y se preparó para enfrentarse a un nuevo día. Al sentarse hacia delante vio que el jardín brillaba por el reflejo del sol en el rocío.

Durante un instante le pareció un lugar mágico.

Y entonces, al ver a Sara trabajando cerca del cenador, supo que era así. Ya no le dolían las piernas ni el corazón. Se puso en pie y bajó los escalones que llevaban hasta el jardín, sin importarle que la hierba mojara sus pies.

Lo único que le importaba era que su querida y adorada Sara estaba allí, trabajando en el jardín, arrodillada frente a un arbusto para tratar de liberarlo de las malas hierbas. Y él se disponía a ayudarla.

Concentrada en su tarea, tratando de no romper las frágiles ramas de la hamamélide de Virginia, Kay no se percató de que no estaba

sola.

Sólo el ruido de la hierba la alertó, pero pensó que sería una ardilla o un pajarillo y continuó con su trabajo. Sin embargo, instantes más tarde sintió una presencia a su lado y, al ver que alguien se arrodillaba junto a ella, se sobresaltó.

–Sara…

La voz de Dom se apoderó de ella.

«¿Sara?».

El tono de su voz era suave, como si estuviera hablando con un potrillo que pudiera escapar asustado.

A lo mejor ella se había sobresaltado porque él le había dicho después:

–No te vayas… –era una petición desconsolada y ella no necesitó más para saber que aquel hombre vacío y demacrado era Dominic Ravenscar. No necesitó gran cosa para comprender que, al estar de espaldas al sol, con el rostro oculto por la sombra de su sombrero, él creía que era su esposa fallecida que había regresado. Tampoco necesitó intuición femenina para saber que, hiciera lo que hiciera, cometería un error y le haría daño. Mientras buscaba las palabras adecuadas, él continuó–: No volveré a dejarte nunca. Jamás.

Ella se quedó de piedra, inmóvil e incapaz de pensar.

No había palabras.

Permaneció arrodillada decidiendo qué hacer, pero él se acercó más y comenzó a desenredar las ramas que ya había cortado, como si fuera la cosa más natural del mundo. Cuando sus manos se rozaron, ella se estremeció con fuerza y soltó la navaja.

Como si tuviera miedo de que desapareciera de nuevo, él le agarró la mano y se la sujetó un instante. Le acarició el arañazo que tenía en el dorso con el dedo pulgar.

–No llevas guantes. ¿Cuántas veces te he dicho que deberías ponértelos?

–No… Sí… –trató de murmurar, pero las palabras no consiguieron atravesar el nudo que sentía en la garganta.

Quizá él pudo leer sus labios. Quizá pensó que estaba haciéndole una promesa en lugar de buscar las palabras adecuadas para decirle que era otra persona, porque con la otra mano le sujetó el rostro. Y mientras permanecía atrapada entre el deseo de salir corriendo y la necesidad de permanecer allí para convencerlo de la realidad de la situación, él se acercó y la besó.

Había pasado mucho tiempo desde que alguien la había besado por última vez, y nadie lo había hecho con tanta delicadeza y dulzura. Como si fuera algo valioso y frágil que pudiera romperse.

Su cuerpo, deseoso de ternura y de las caricias de un hombre, respondió como una prímula ante los primeros rayos de sol después de un largo invierno. Entonces, ella le devolvió el beso con el anhelo acumulado tras largos años de soledad.

A medida que él confiaba en que ella no iba a desvanecerse tras sus caricias, comenzó a besarla de manera más apasionada.

El sombrero que ella llevaba cayó al suelo y él le sujetó la cabeza para que no la alejara de su boca.

La agarró por la cintura y la abrazó con más fuerza, como si quisiera que ambos se fundieran en una sola persona. En la copa del árbol que había sobre ellos, un mirlo pio con urgencia. Y ella sintió las lágrimas de él sobre sus mejillas. O quizá eran sus propias lágrimas.

El beso era como el de un sueño, la perfección de la fantasía, y le pareció que había pasado mucho tiempo antes de que él la soltara y se incorporara. Entretanto, ella recuperó la respiración.

De pronto, él la miró y se enfrentó a la realidad. La expresión de felicidad se convirtió en confusión y después, cuando se percató de su error, en dolor.

El brillo de su mirada se apagó y la expresión de sus ojos se convirtió en algo indescifrable.

Ella sintió un fuerte vacío en el pecho. Habían compartido un momento tan íntimo, la había mirado con tanta devoción, para que luego todo terminara…

Oh, cielos. ¿En qué estaba pensando?

–¿Señor Ravenscar? –sintió que le temblaba la voz pero, ¿qué eran sus sentimientos comparados con lo que él debía estar sufriendo?–. Dominic, ¿estás bien? –estaba demasiado preocupada como para que le importaran sus propios sentimientos, y era demasiado tarde para preocuparse por las formalidades de las presentaciones.

–¿Quién es usted? ¿Quién diablos es usted? –repitió enfadado, se puso en pie y dio un paso atrás para poner distancia entre ambos–. ¿Qué está haciendo aquí?

¿Qué esperaba ella? ¿Que le dijera «gracias por el beso, señora. Ha sido un placer»?

–Me llamo Kay Lovell.

Se puso en pie y trató de actuar con normalidad, como si nada extraño y vergonzoso hubiera sucedido. El beso no lo había sido, fue la situación posterior la que resultaba difícil. La realidad siempre era mucho más difícil que la fantasía.

Sintió que le temblaban las piernas y trató de estabilizarse. A lo mejor, con los besos sucedía lo mismo que con la bebida, que cuando uno no los probaba durante algún tiempo, los efectos se

multiplicaban…

Se contuvo para no tenderle la mano. Era demasiado tarde para saludarlo, así que trató de encontrar la manera de explicarle por qué estaba en su jardín.

–Estaba… –no, no era lo adecuado. Cualquier intento de explicación quedaba fuera de lugar. Y él no quería saber qué estaba haciendo allí. Sólo quería saber por qué no era su esposa. Ninguna explicación lo dejaría satisfecho–. Soy tu vecina –dijo ella.

Él dio un paso atrás como si, a cada momento, el error cometido fuera más grande. Entonces se fijó en las ramas recién cortadas de los melocotoneros.

–Eras tú, ¿verdad? –dijo él–. ¿La de ayer?

Entonces, ¿él estaba allí y la había visto? Vio cómo la esperanza se desvanecía de su mirada y supo que era cierto.

–Sí, era yo –dijo ella, sintiéndose culpable por el daño que le había causado.

–¿Y la niña? ¿La niña pequeña? –ella frunció el ceño. Si había visto a Polly, tendría que haberse dado cuenta de que ella no podía ser Sara–. ¿Quién es? –insistió.

–Mi hija. Polly. Estuvimos recogiendo moras para hacer la tarta para la fiesta de la cosecha. Hoy se ha ido con unos amigos. Al mar. Con los Hallam. Creo que los conoce. Tienen un hijo pequeño que es apenas unos meses mayor que Polly y son muy buenos… –se calló. Estaba hablando demasiado–. Lo siento…

–No importa –interrumpió él.

–De haber sabido que estabas en casa habría…

–¿Habrías llamado para pedir permiso? –preguntó con sarcasmo–. ¿Para qué has regresado? ¿Para asegurarte de que no te has olvidado ninguna? ¿O hay algo más de lo que te hayas encaprichado?

Miró el arbusto y después a ella. Arqueó una ceja, dejando claro cuáles eran sus pensamientos, y ella se sonrojó.

–¡No! Sólo estaba… –no terminó la frase. Si de verdad pensaba que podía robar un arbusto con sólo una navaja y un destornillador, no habría nada que pudiera hacerlo cambiar de opinión–. El cerrojo de la puerta estaba oxidado. Vine a poner uno nuevo. Ahora debería cerrar bien. Yo…

–¿Servirá para que no entres de nuevo? –preguntó con voz y mirada cortantes.

–Sí, si lo cierras cuando yo esté fuera –dijo con educación, a pesar de que tenía el corazón acelerado–. Además, me harías un favor, porque pensé que tendría que cerrarlo desde dentro y después saltar la valla, y es bastante alta –esbozó una sonrisa. Él no respondió. «Tiene

todo el derecho a estar enfadado», se dijo. Señaló la carretilla llena de ramas y continuó–: Será mejor que me vaya. Ya he terminado todo lo que vine a hacer.

Él miró la carretilla como para asegurarse de que no se llevaba ninguna planta valiosa. Y, al ver lo que contenía, frunció el ceño.

–¿Por qué lo has hecho?

–¿Arreglar la verja?

–Cortar las zarzas. ¿Por qué lo has hecho?

–Estaban creciendo sobre el melocotonero y lo hacían sufrir… Soy jardinera. Mañana iba a contactar con la inmobiliaria para ver si estaban interesados en darme trabajo. Para arreglar un poco el jardín ahora que la han puesto a la venta.

–No te molestes –dijo él–. Me gusta tal y como está.

–Probablemente tengas razón. Es mejor que lo limpien los nuevos dueños. Que empiecen de nuevo.

–A lo mejor te contratan.

–Lo dudo. Llevaría meses arreglar todo esto. Imagino que contratarán a una empresa. Alguien que les proporcione resultados inmediatos con una máquina. Meterán todo esto en un contenedor y traerán plantas ya crecidas, como hacen en los programas de jardinería de la televisión –él la miró sin más. Por supuesto, llevaba mucho tiempo trabajando en el extranjero y probablemente nunca había visto uno de esos programas en los que en un solo fin de semana transformaban un jardín corriente en uno de estilo mediterráneo–. Entonces, me marcho. Si necesitas alguna cosa, vivo en Old Cottage –dijo ella–. Al final de la calle.

–¿Y qué podría necesitar de ti?

Era evidente que consideraba que nada. Pero se equivocaba. Ella podía ofrecerle contacto humano. Estar con él, como Amy había estado con ella cuando se sentía culpable y desesperada. Día tras día. Semana tras semana. Negándose a que la rechazara.

–Algún día alguien te necesitará, Kay –solía decirle Amy cuando ella se quejaba de su incapacidad para recompensarla por sus pacientes cuidados–. Todo lo que podemos hacer es dar amor sin tener en cuenta el esfuerzo.

Kay tenía la sensación de que había llegado su momento. Y no estaba preparada. No tenía ni idea de lo que debía hacer.

–Podría ofrecerte una taza de té –dijo ella–. ¿O invitarte a desayunar? –insistió–. Los huevos son orgánicos. Tengo unas gallinas… –él no contestó. Nada indicaba que la hubiera escuchado. ¡Por el amor de Dios, ser educado no costaba tanto!–. ¿Y qué tal una toalla para secarte los pies?

Él se miró los pies y frunció el ceño, como si acabara de darse cuenta de que estaba descalzo sobre la hierba mojada y de que tenía los pantalones empapados hasta la rodilla. Entonces, se volvió sin decir palabra y regresó hasta la casa.

Kay lo observó alejarse. Llevaba la espalda tensa por la rabia y el orgullo y probablemente se estaba odiando a sí mismo por haber confundido a su querida Sara con otra mujer.

Sí, bueno, ella conocía sus limitaciones. No era lo bastante inteligente para tratar aquella situación. Amy debería estar allí. Ella sabría qué hacer. Las palabras exactas que decir.

Lo único que no habría hecho era salir corriendo y dejarlo así.

Pero Amy no estaba allí. Estaba de camino a la costa con Jake y los niños, así que era ella la que tenía que tomar una decisión y, aunque el sentido común le decía que lo mejor era marcharse, necesitaba una respuesta más valiente.

–¡Maldita sea! –murmuró. Y lo siguió. Se detuvo en la puerta del estudio. A pesar del delicado papel de flores que cubría las paredes y de las cortinas de seda de color azul, el ambiente era opresivo y húmedo. Y como el jardín, parecía abandonado. Allá fuera, ella deseaba cortar las malas hierbas para permitir que la luz llegara a las plantas. Dentro de la casa, deseaba abrir las ventanas para que entrara el aire fresco y el sol.

Se contuvo. Ya había causado demasiado daño.

No había rastro de que Dominic Ravenscar viviera allí, excepto por una butaca a la que le habían quitado la sábana que la cubría, lo que sugería que había dormido en ella frente a la ventana. Esperando ver de nuevo a Sara.

Eso, y las huellas que había dejado sobre el suelo de madera. Ella las siguió y, al llegar al recibidor, vio que las huellas se encaminaban hacia el piso de arriba.

Al oír el ruido del agua de la ducha, se percató de que había estado conteniendo la respiración. Se dirigió a la cocina, se lavó las manos y llenó la tetera para calentar el agua.

Sobre la mesa había una caja que contenía bolsas de té, pan y un cartón de leche. Puso unas rebanadas de pan en la tostadora y después buscó un plato y una taza en los armarios.

Todo estaba cubierto por una fina capa de polvo así que, mientras ponía a remojo el plato y la taza, buscó un poco de detergente. Encontró una botella medio vacía en un armario. El fabricante había cambiado el envase hacía mucho tiempo y ella tuvo la sensación de que Sara Ravenscar había sido la última persona en tocarlo.

Tratando de no dejarse llevar por esos pensamientos, comenzó a

enjuagar los cacharros.

¿Qué diablos había hecho? ¿En qué había estado pensando? Imaginarse que Sara estaba esperándolo en el jardín… Hablar con ella… Aquella mujer debió de pensar que estaba loco cuando la besó.

Y a lo mejor lo estaba.

Pero estaba claro que ella sabía perfectamente quién era, y en qué estaba pensando. Entonces, ¿por qué había permitido que la abrazara? ¿Por qué no se había enfadado cuando él la besó?

No sólo no había gritado, ni le había dado una bofetada, sino que había correspondido al beso y, durante un momento, había creído que había despertado de la peor de sus pesadillas. Al sentir el calor de los labios de una mujer, había notado cómo la sangre le corría por las venas y se había sentido hombre de nuevo.

–¡Idiota! –golpeó la pared con el puño–. ¡Idiota!

¿Es que nunca iba a aprender?

No tenía esperanzas. Sólo se sentía desesperado por haber confundido a una extraña con la mujer que había amado. Y a la que aún amaba. Además, no tenían ningún parecido, excepto la estatura. Había permitido que la mente lo traicionara. Aquella mujer, Kay Lovell, quizá era un poquito más alta, pero no tan delgada. Tenía los ojos grises y no azules. Su cabello no tenía el mismo brillo, ni la misma forma…

Y ella había permitido que la besara por lástima.

Agarró el jabón y se lavó el cabello. Deseaba borrar el aroma de aquella mujer. Se cepilló los dientes, ansioso por quitarse el sabor de Kay.

No había remedio para el palpitar que sentía en las venas, para la estremecedora respuesta de su cuerpo a una desconocida.

Tendría que vivir con aquella traición. Agarró una toalla y se la enrolló en la cintura. Entonces, ya que aún no había subido la maleta, bajó a recogerla.

Kay preparó una taza de té y untó una tostada con mantequilla. Cuando levantó la vista, Ravenscar estaba en la puerta, observándola con una expresión indescifrable. Como si llevara años guardándose los sentimientos para sí mismo.

Se había duchado. Su cabello oscuro estaba mojado y despeinado y estaba desnudo, excepto por la toalla que llevaba enrollada en la cintura.

–Todavía estás aquí.

–Tienes buena vista –dijo ella.

–¿Te ha enviado Greg? –preguntó él.

–¿Greg? –se chupó la mantequilla que tenía en un dedo y trató de desviar la mirada de su torso desnudo. Estaba muy delgado y casi podían contársele las costillas.

–¿Te ha pedido que me vigiles?

–Nadie me ha enviado.

–Entonces, ¿eres una de esas personas que van haciendo el bien por ahí?

¿Qué esperaba? ¿Qué le estuviera agradecida?

¿Acaso ella se había sentido agradecida cuando Amy la encontró, la llevó a su casa, le dio comida y consiguió que comenzara una nueva vida con Polly?

No.

Sólo había deseado que la dejaran sola. Sólo había querido morirse. Y en ese momento pensaba que, a lo mejor, tenían más en común de lo que él imaginaba. Él sólo deseaba que se marchara, olvidarse de que la había visto y de que la había besado. Sin duda, creía que ser desagradable no sólo era la mejor manera de deshacerse de ella, sino también la forma de asegurarse que se mantendría alejada de él.

Kay también había empleado la misma táctica, pero no le había funcionado. Amy había conseguido ver más allá de la rabia y, al percibir el dolor, no se había separado de ella.

Puso un poco de leche en la taza de té y se la ofreció a Dominic.

–He visto que no hay azúcar, así que deduzco que no tomas. Tampoco tienes mermelada para las tostadas.

–No tengo mucho de nada, excepto de ti –dijo él, ignorando la taza–. De hecho, tengo demasiado de ti.

–Eso es lo que ocurre con los que nos dedicamos a hacer buenas obras –dijo ella, y dejó la taza sobre la mesa–. Te traeré un bote de la mermelada que yo hago. Ganó un premio en el concurso del verano.

–Enhorabuena, pero no te molestes. No me gusta la mermelada.

–¿Y la jalea de fresa? –preguntó–. Utilizo fresas orgánicas de mi propia cosecha. También me dieron un premio por ellas.

–¿Qué es lo que quieres? –insistió él.

–Nada –dijo ella–. Absolutamente nada.

–Bien, porque eso es lo que vas a conseguir –agarró la taza de té y la vació en el fregadero.

Ella se quedó de piedra, sorprendida por el daño que le había causado el gesto. Pero ésa era la intención de Dominic. Ella conocía

bien todas las jugadas.

–¿Prefieres café? –no cometió el error de ofrecerse para preparar uno, sino que añadió–: Lo recordaré para la próxima vez. Entretanto, si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme –y sin esperar a que él respondiera, salió al jardín.

Sabía que debía marcharse, pero se negaba a dejar un trabajo medio hecho y se arrodilló para terminarlo. Cuando se disponía a desenredar las ramas, descubrió que le temblaban tanto las manos que tuvo que colocarlas bajos los brazos y presionarlas contra su pecho.

Dom agarró la tostada y, apretando los labios, la tiró a la basura. Después, recogió la maleta y la llevó al piso de arriba, a la habitación que había compartido con Sara durante un año maravilloso.

La noche anterior, el único aroma que había percibido en la habitación era el del perfume que ella utilizaba y que había quedado impregnado en sus ropas.

Dejó la maleta y trató de concentrarse para percibir de nuevo el aroma de la mujer que había amado.

Pero no lo consiguió. Aquél día, el único aroma que podía percibir era el de una casa cerrada durante mucho tiempo. Entonces, abrió una ventana.

Capítulo Tres

Dom se acercó a la ventana para respirar el aire fresco del jardín y contempló la imagen de la ciudad que se extendía tras la valla.

Nada había cambiado.

Ni el campo de hierba donde, en verano, se jugaba al cricket cada fin de semana, antes de que los equipos se retiraran al bar para continuar jugando a los dardos. Ni la hierba alta que rodeaba el estanque que se llenaba de renacuajos en primavera y que, en aquellos momentos, estaba comiéndose un asno.

Podría ser el mismo asno.

–Es el lugar perfecto para formar una familia –había dicho Sara el primer día que vio aquel lugar. Era tan seguro…

Pero nada era perfecto, e incluso el Edén tenía su serpiente. Peligros ocultos, insidiosos. Miró el jardín destrozado. Se fijó en que algo se movía entre la hierba y agradeció la distracción. Hasta que vio que era Kay Lovell, que se dirigía hacia la tienda a comprar el periódico del domingo.

El calor de su sonrisa irradió hasta la ventana cuando ella se detuvo a hablar con alguien. Sin duda, el tema de conversación de aquella mañana sería que la casa había salido al mercado. Estaba seguro de que, al día siguiente, todos los habitantes del pueblo sabrían que él había regresado, gracias a su vecina, la recolectora de moras.

Observó su caminar y se preguntó de nuevo cómo había podido confundirla con Sara. No se parecían en nada.

Todo había sido un truco de su imaginación, debido al cansancio quizá. O a lo mejor, sólo el hecho de que ella estuviera allí, en el lugar de Sara, haciendo las mismas cosas que ella…

Apartó la mirada y se fijó otra vez en el jardín. Desde arriba se veía muy bien el melocotonero al que ella había liberado y la tierra removida alrededor del tronco. Furioso consigo mismo, y con ella, bajó corriendo por las escaleras, salió al jardín y se apresuró para cerrar el cerrojo de la verja, antes de apoyarse de espaldas a ella y cerrar los ojos. No quería que ella, ni nadie, invadiera de nuevo la privacidad del jardín. No estaba para que la gente lo viera. Con un gesto de angustia, agarró el cartel de «Se Vende» que había colocado la inmobiliaria y arrancó el poste, que estaba clavado en el suelo.

Kay dejó el periódico sobre la cómoda. Había pensado reposar un poco con los pies en alto y leer el suplemento y las páginas de

jardinería pero, por algún motivo, no encontraba la manera de permanecer quieta desde que había regresado a casa.

No importaba. Gastaría su energía haciendo algo práctico. Tenía que preparar muchos dulces y rellenar las tartas para congelarlas, y no encontraría mejor momento que aquel.

«Olvídate de Dominic Ravenscar», pensó mientras se lavaba las manos y sacaba la balanza de cocina. Tenía que olvidar el beso que le había dado. «No era a mí a quien estaba besando», se dijo mientras pesaba la harina con manos temblorosas.

Él creía que era su esposa. Un fantasma.

¿Y ella había estado tentada a hacer de psicóloga en prácticas? Debería estar agradecida porque él le hubiera dicho que no quería volver a verla.

Respiró hondo y puso más harina en la balanza.

¿Qué diablos pensaba que podía hacer en diez minutos con una taza de té y una tostada? Ella no era como Amy Hallam, que tenía el don de llegar al centro del problema y hacérselo ver a la otra persona.

Miró el montón de harina y trató de recordar lo que estaba haciendo.

Pastas.

Estaba haciendo pastas.

–No podía haber dejado más claro que no quería que me acercara a él ni a su jardín –dijo en voz alta. Mog, el gato, estaba dormido encima del calentador de agua y no se daba cuenta de que ella hablaba con él–. Ni siquiera me dijo lo que podía hacer con el té y mi simpatía –continuó, a pesar de que el gato no le prestaba atención–. Pero, ¿para qué iba a hacerlo? Sus acciones lo dejaron bien claro –el gato abrió un ojo, suspiró y lo volvió a cerrar–. De acuerdo, tenías que haberlo visto.

¿Y de qué se estaba quejando? De acuerdo, él había tirado el té que le había preparado. Había sido de muy mala educación pero, al fin y al cabo, él no le había pedido que se lo preparara. Ni tampoco que se preocupara por él.

Debería sentirse aliviada. Durante un instante se había dejado llevar por buenas intenciones que nadie apreciaba. Era ella la que se había comportado de manera equivocada, pero por suerte él se lo había hecho ver.

–Debería sentirme aliviada –dijo en voz alta–. Como si no tuviera nada mejor que hacer –sacó la mantequilla de la nevera y la partió en pedazos–. Soy madre soltera con una hija que mantener. Y un gato. No necesito más complicaciones en mi vida.

Era cierto que Polly sólo le daba felicidad. Pero si la maternidad

compartida requería completa concentración, estar sola era…

El ruido del cuchillo contra la tabla de cortar interrumpió sus pensamientos.

Un único beso y ¿se sentía sola? ¿Cómo había podido tener tiempo de sentirse sola?

–Soy una madre soltera con una hija que mantener y un negocio que no va a ninguna parte –le dijo a Mog. El gato bostezó–. Y no digamos el empleo a media jornada que tengo en la tienda del pueblo. Es suficiente trabajo para una mujer. No necesito que Dominic Ravenscar y sus problemas me compliquen la vida. Y en cuanto a su jardín… –Mog, al darse cuenta de que ya no podía estar tranquilo, se levantó, se estiró, saltó al suelo y salió de la cocina–. Perfecto. Al menos podrías escucharme a cambio de los trozos de carne que comes. No voy a darte ningún capricho más, gato desagradecido.

Lo único que obtuvo como respuesta fue un gracioso movimiento de cola que hizo el gato antes de tumbarse en un trozo de hierba que crecía junto al camino.

–Y también cavaré ahí –el gato mordisqueó la hierba con regocijo–. Cavaré y plantaré algo más útil. Cebollas, o ajos –amenazó–. Y entonces, te arrepentirás.

Y eso era otra cosa. Todo el tiempo libre que le quedaba debía invertirlo en su jardín. No podía ganar premios por su mermelada de fresa si no dedicaba tiempo a su plantación.

Y aunque deseara la oportunidad de limpiar el jardín de Linden Lodge, no tenía tiempo para adoptar el papel de tía agonías de Dominic Ravenscar. Suponiendo que él quisiera que lo hiciera. Y era evidente que no quería.

Eso consumía mucho tiempo. Amy había gastado muchas horas estando a su lado. Días. Semanas. Incluso en esos momentos, lo único que necesitaba era descolgar el teléfono y…

No le hacía falta hacerlo. La madrina de Polly siempre encontraba una excusa para pasar a visitarlas la mayor parte de los días. A veces, ella se sentía como si estuvieran controlándola. Trató de borrar ese malagradecido pensamiento de su mente y lo relacionó con Dominic Ravenscar.

No era sólo que estuviera muy ocupada. Era una madre soltera que vivía en un pueblo donde los habitantes rumoreaban mucho y, tras haber conseguido ganarse el respeto de la comunidad, iba a hacer todo lo posible por mantenerlo.

El hecho de que un viudo con el corazón roto a menudo pasara a tomar el té por casa de una mujer, sin importar lo inocentes que fueran sus motivos, provocaría múltiples comentarios en la cola de la

oficina de correos.

Ya bastaba de pensar en Dominic Ravenscar.

Sacó el tamizador y se percató de que no había sacado el recipiente para mezclar los ingredientes.

Solía ser una mujer organizada, pero un simple beso había bastado para desestabilizarla.

–Olvídalo –se dijo en voz alta. Polly y ella estaban solas, y no pensaba cargar a su hija con su sentimiento de soledad. Ni estropear la tranquilidad de sus vidas por mantener una relación con un hombre–. Olvídate de él.

Era más fácil decirlo que hacerlo, y apenas consiguió sujetar el recipiente con las manos untadas de mantequilla.

Dominic deseaba que en el cielo oyeran su rabia y su dolor pero, ¿para qué? ¿Quién iba a escucharlo?

En su lugar, retiró el cartel de «Se Vende» y caminó hasta donde Kay Lovell había estado trabajando. Al mirar el delicado arbusto, liberado de las malas hierbas, se percató de que debería haberse quedado para finalizar el trabajo.

A pesar de que se había llevado la carretilla y la herramienta, se había olvidado de algo. ¿A propósito o sin querer?

Se agachó para recoger la navaja que estaba tendida sobre la hierba y trató de olvidar sus sospechas. ¿Por qué diablos iba ella a necesitar una excusa para regresar?

Él se había comportado como un maleducado. Se había comportado como un grosero, un método que empleaba siempre que alguien intentaba acercarse demasiado a él. Un auténtico grosero. La había acusado de robarle plantas valiosas cuando lo único que había hecho era rescatar uno de los preciados arbustos de Sara para que no lo asfixiaran las malas hierbas.

Además la había besado, con tanta intimidad que lo había dejado temblando. Tendría suerte si no lo estaban buscando por acoso sexual. El pequeño detalle de que ella hubiera traspasado la propiedad privada no lo habría salvado.

Lo cierto era que mientras él se había comportado como un estúpido, ella no había reaccionado con horror ni se había avergonzado, aunque él le hubiera gritado como si fuera culpa suya que no fuese Sara. Sin embargo, se había preocupado por él y le había preparado un té con tostadas, e incluso le había ofrecido un tarro de mermelada casera. Exactamente el tipo de vecino amable que esperaban encontrar en un magnífico pueblecito inglés.

El tipo de mujer que recogía algunas moras salvajes del jardín del

vecino, pero que después trabajaba para que quedara mejor de lo que lo había encontrado. Como si tuviera cincuenta años en lugar de veintitantos.

Por supuesto, si hubiera tenido esa edad, no la habría besado. Ni ella habría respondido con tanta efusividad. Aquello había sido algo más que una relación de vecinos. Su cuerpo había reaccionado al sentir la suavidad de sus labios y el sabor de su boca, haciendo que deseara tomarla allí mismo, sobre la hierba.

Estaba casi seguro de que se habría rendido ante su ferviente deseo. Y su cuerpo, dormido durante largo tiempo, medio mortecino, se estremeció ante la idea.

Kay dejó el recipiente sobre la mesa, se lavó las manos y, tras respirar hondo, continuó con la tarea que se había propuesto, negándose a sucumbir ante un simple beso como si fuera una adolescente.

Comprobó el peso en la balanza y metió una jarra de agua en la nevera. Sacudió los dedos para relajarlos. Si amasaba con tensión, los dulces no le saldrían bien. Se había olvidado de ponerles un pellizco de sal. Cuando se disponía a sacarla del armario, golpeó con el codo la balanza. Habría sido mejor dejarla caer, de ese modo el desastre habría quedado confinado sobre la mesa.

Al tratar de agarrarla, el platillo saltó por los aires y la harina se esparció como una nube por todas partes.

–¡Cielos! –exclamó, y movió la mano en el aire para tratar de disipar la nube. Pero sólo consiguió empeorar las cosas, así que salió al jardín tosiendo y con los ojos humedecidos. Se los frotó con el delantal. Pestañeó. Y al ver a Dominic Ravenscar junto a la valla, se quedó sin respiración. Alto, bronceado, y por cómo había reaccionado su corazón, demasiado peligroso para su paz mental.

Durante un instante, ninguno dijo nada.

–Yo quería… –comenzó él.

–He tenido un… –ambos se callaron. Kay tragó saliva y continuó–: He tenido un pequeño accidente con la harina.

–Nunca lo habría adivinado.

No sólo era maleducado. También podía ser sarcástico. Estupendo.

–Parezco un payaso, ¿no? –dijo ella, y trató de quitarse la harina del rostro con el antebrazo–. ¿Has venido a hacerme una visita formal o es que has cambiado de opinión acerca de la mermelada de fresa? –le preguntó, con un tono más cortante de lo que pretendía.

–No, gracias. Pero sí te debo una disculpa –Kay se contuvo y evitó

rellenar el silencio diciéndole que no pasaba nada. «Olvídalo. Te has llevado una sorpresa y lo comprendo». Era un maleducado. Muy maleducado. Así que ella mantuvo la calma y esperó–. Y pensé que a lo mejor estarías buscando esto –dijo él, y sacó la navaja de su bolsillo y se la mostró.

Ella sintió que las mejillas se le ponían coloradas y deseó que no fuera su navaja, sino otra parecida. Se tocó el bolsillo donde siempre la guardaba.

Algo tenía que salirle bien.

Pero estaba vacío. Por supuesto.

Se quedó sin habla. Que se hubiera olvidado la navaja en el jardín podía parecer una excusa para que él le devolviera la visita. Dominic podría encontrar varias explicaciones a su comportamiento.

Una madre soltera frustrada esperando algo más tras el beso que le había dado por la mañana. Una cotilla deseosa de meterse en los problemas ajenos. Una jardinera desesperada en busca de trabajo.

Desde luego, él nunca creería que lo había hecho sin querer. Ella tampoco lo creería si estuviera en su lugar.

–¿Se puede? –preguntó él, señalando la valla y sacando a Kay de sus pensamientos. Sin esperar a que ella contestara, abrió la puerta y se acercó–. Discúlpame –le dijo.

–¿Por qué?

–Por lo de esta mañana –Kay se sonrojó de nuevo–. No debería haber sugerido que estabas robando plantas.

Ella se aclaró la garganta.

–Entiendo que lo sospecharas. No hay mucha gente que se cuele en un jardín para podar.

–No, supongo que no –dijo él, mirándola a los ojos. Vaya. Se suponía que tenía que reír. Al menos, sonreír. Teniendo en cuenta que ella había sido muy graciosa–. También te pido disculpas por haber tirado el té. Fue una…

–¿Tontería? –terminó la frase por él y observó cómo tensaba la boca–. ¿Una niñería? –continuó ella.

–Una actitud desagradecida –dijo él, y se encogió de hombros–. Supongo que debería confesarlo todo y decirte que también he tirado la tostada.

–Ahora sí que estoy sorprendida –declaró ella, y se le ocurrió que a lo mejor era él quien necesitaba una excusa para ir a verla–. ¿Sabes que hay mucha gente que se muere de hambre en el mundo? –le dijo. Dominic permaneció con el rostro inexpresivo y ella se percató de que no era capaz de distinguir cuando estaba bromeando o cuando hablaba en serio–. Por supuesto que lo sabes –al ver que no

contestaba, continuó–: De acuerdo, te perdonaré por esta vez. Sólo porque me has pedido que lo haga y porque supongo que los que nos dedicamos a tratar de hacer el bien tenemos que saber que a veces hay contraataques.

Él negó con la cabeza y apretó los labios de forma que casi esbozó una sonrisa. Un pequeño alivio.

–Quizá debería dar un donativo al fondo que la iglesia destina para paliar el hambre en el mundo –se ofreció–. ¿Eso lo arreglaría?

–Oh, mira, no quería… Ya has hecho tu parte. No debes –se calló al darse cuenta de que estaba bromeando con ella–. Estoy seguro de que lo apreciarían.

–Dalo por hecho. En realidad, lo que quería decirte era…

–No. No digas nada –a ninguna mujer le gustaba oír que la habían besado por equivocación–. Ya te has disculpado bastante. Lo de esta mañana es parte del pasado –tendió la mano para recoger la navaja. Todavía tenía impregnado el calor de su mano–. Gracias por devolvérmela. No sé lo que habría hecho sin ella.

–¿Habrías forzado la verja otra vez?

–Oh, eso es un golpe bajo. Te diré que cuando arreglo una cerradura, señor Ravenscar, permanece así.

–Entonces, supongo que tendrías que saltar la valla. Siempre que estuvieras segura de que yo no estaba en casa. Y ya que estabas allí, salvarías de la muerte a otro arbusto.

–Me resulta muy difícil resistirme a la tentación –contestó. Probablemente no era la mejor respuesta del mundo, y al ver que estaba a punto de sonreír se volvió para dirigirse a la cocina, permitiendo que él eligiera si deseaba seguirla o no. Cuando se volvió de nuevo, él estaba en la puerta de espaldas al sol.

–Sobre el jardín… –dijo él.

–¿Sí?

–Tienes razón. Está en un estado lamentable. Me gustaría arreglarlo y dejarlo tal y como estaba antes de…

Kay se percató de que no podía terminar la frase.

–¿Antes de que estuviera en un estado lamentable? –lo ayudó.

Él miró el jardín de Kay.

–Parece que sabes lo que haces.

Kay agarró la tetera y se contuvo para no decirle que estaba muy interesada en arreglar el jardín. Mientras la llenaba de agua, la sujetó con fuerza para no caer en la tentación de abrazar a Dominic y demostrarle lo interesada que estaba.

Abrazarlo no era buena idea. Y, desde luego, nada profesional. Algo tentador, pero no lo adecuado.

«Como aceptar el trabajo», pensó con el corazón apenado.

Era una gran oportunidad laboral para ella. Un magnífico comienzo para la empresa que había formado con grandes esperanzas. Había imaginado que para entonces ya habría ganado lo suficiente como para comprar una furgoneta y contratar a alguien que la ayudara. Sin embargo, todavía estaba luchando para sacarla adelante.

Por mucho que deseara aceptar el trabajo debía olvidarse de su deseo y concentrarse en Dominic Ravenscar. Aquella mañana había aprendido que él no había superado la pérdida de su esposa, y estaba convencida de que verla trabajando en el jardín que había creado la mujer de su vida no lo ayudaría a hacerlo.

Estaba casi segura de que él la había elegido más por su parecido físico que por su talento como jardinera. Para alimentar la fantasía de que ella continuaba allí.

Tenía la sensación de que arreglar el jardín no sería lo mejor para Dominic Ravenscar. Al menos, no de aquel modo.

–Si te soy sincera, te diré que sólo buscaba trabajar unas horas para limpiar un poco el lugar. Arreglarlo un poco para que los posibles compradores no se echen atrás. Lo he hecho otras veces. Las agencias inmobiliarias me contratan para eso y para que arregle las propiedades que tienen en alquiler, porque no cobro mucho. Una restauración completa es algo más. Es un proyecto importante y necesitarás contratar una empresa que se dedique al diseño de jardines. Alguna que tenga muchos empleados. Te darán un presupuesto previo, y de esa manera sabrás cuánto va a costarte –tragó saliva. Sabía que estaba perdiendo una gran oportunidad–. Seguramente te saldría más barato hacerlo de esa manera –añadió–. Yo tardaría mucho más.

–¿A pesar de que cobres menos?

–Sólo estoy empezando. Tengo que darles un buen motivo a las empresas para que me contraten. Cuando demuestre lo que valgo podré cobrar una tarifa más elevada.

–Cuando te conozcan porque cobras poco nadie querrá pagarte más –respondió él–. Se correrá la voz y te verás obligada a aceptar el mínimo, mientras que tus amigos de las agencias inmobiliarias no tendrán problema para cobrar el máximo a sus clientes. Tienes que valorarte a ti misma si quieres que otros te tomen en serio. El precio no es un factor a tener en cuenta en este caso. Lo que necesito es alguien que se preocupe por el jardín.

–¿Quién ha dicho que yo me preocupo? –él se quedó callado–. Vas a vender la casa –dijo ella con voz firme, pero cuerpo tembloroso. No estaba segura de si estaba siendo sincera con él o de si salía huyendo

del trabajo, de la responsabilidad y de aquel hombre.

–Te prometo que no se repetirá lo que sucedió esta mañana. Si es eso lo que te preocupa.

–¡No! –exclamó ella. Entonces, al ver su boca, recordó el encuentro que habían tenido aquella mañana y se sonrojó. Lo que había sucedido estaba muy reciente. No era que ella dudara de sus palabras; era a Sara a quien deseaba. En su cabeza, era a ella a quien había besado.

–Olvida lo sucedido esta mañana. Yo lo he hecho –dijo ella, cruzando los dedos detrás de la espalda. Nunca olvidaría la magia de su beso–. Me llevará meses conseguir que tu jardín quede como estaba antes y tengo un trabajo a media jornada en la tienda del pueblo, además de mis clientes habituales.

–Ya –apretó los dientes–. ¿Me estás diciendo que no vas a hacerlo?

–Estoy diciendo que tal vez no sea la mejor persona para ese trabajo.

–Es una extraña manera de construir un negocio.

–Quizá. Pero estoy siendo sincera. De veras creo que deberías pensar en ello.

–Ya he pensado en ello. Sara invirtió mucho tiempo y esfuerzo en diseñar y crear… –el hilo de voz fue disminuyendo, como si de pronto se encontrara en otro sitio. Después, al darse cuenta de que ella estaba mirándolo, continuó–: No quiero que se destruya. Si está en buen estado, con el mismo aspecto que ella lo dejó, los compradores no tendrán la tentación de destrozarlo todo y rehacerlo desde el principio.

Maldita sea. Era evidente que no había conseguido que se enfrentara a la realidad. Al parecer, su intención era convertir el jardín en un homenaje duradero a su esposa.

¿Era algo bueno? ¿O sólo provocaría problemas? Y sobre todo, ¿era asunto suyo?

Capítulo Cuatro

–No puedo… no permitiré que nadie lo vea como está –dijo él con brusquedad, como si supiera exactamente lo que ella estaba pensando.

–Te costará mucho trabajo vender la casa si no permites que vean el jardín –señaló ella.

–Mañana voy a llamar a la agencia para que la retiren del mercado hasta que el jardín esté arreglado. El tiempo que eso lleve dependerá de ti.

–Oh, no, espera. No puedes…

–¿Cuántas horas a la semana le puedes dedicar?

Kay comprendió que no iba a aceptar un no como respuesta, pero aun así decidió intentar que entendiera que era imposible.

–Diez como máximo. Tengo las mañanas ocupadas, así que sólo puedo dedicarle las tardes. Dos horas, cinco días a la semana.

–¿Dos? –repitió él–. ¿Dos horas? ¿Eso es un trabajo de tarde? No te esfuerzas demasiado, ¿verdad?

–Para ser un hombre que parece desesperado por contratarme, no te esfuerzas demasiado por ser educado –respondió ella perdiendo la calma–. Para tu información, termino a las tres y cuarto, cuando Polly regresa del colegio –ése era uno de los motivos por los que había elegido trabajar por cuenta propia–. Eso no es negociable –cuando la tetera comenzó a silbar, Kay se volvió para retirarla del fuego y respiró hondo para intentar que no se le acelerara el pulso–. Es todo lo que puedo ofrecerle, señor Ravenscar –dijo en tono formal–. Gracias por pensar en mí y darme la oportunidad de desempeñar un trabajo que, sin duda, será muy reconfortante pero, como ya le he dicho, necesitará a alguien que trabaje a tiempo completo si lo que quiere es que el jardín esté terminado en un futuro próximo.

–Sé lo que necesito, señorita Lovell –contestó con la misma formalidad que ella–. Te necesito a ti. Si sólo puedes darme dos horas cada tarde, así será. ¿Nos estrechamos las manos para sellar el trato?

Sus ojos oscuros dejaban entrever el brillo de un posible reto, como si él supiera que ella deseaba salir huyendo.

Con intención de demostrarle quién era el que estaba asustado, Kay levantó la mano de manera automática. Todavía la tenía llena de harina.

–Creo que debería consultarlo con la almohada –dijo ella, y se frotó la mano en el delantal. Trató de que pareciera que no quería mancharlo de harina en lugar de comprometerse con él. Necesitaba tiempo para pensar en un motivo convincente por el que no debía

aceptar aquel trabajo–. Y, entretanto, comprobaré en mi agenda qué trabajos tengo pendientes para los próximos dos meses.

–No puedes tener muchos si tienes que trabajar en la tienda del pueblo para poder llegar a fin de mes.

–¿Lo ves? Ya estás otra vez. Comportándote como un auténtico maleducado. Supongo que no puedes evitarlo. Te diré que me gusta trabajar en la tienda del pueblo.

–¿De veras? ¿Cuánto? Por ejemplo, ¿irrumpes en la tienda para ordenar las estanterías fuera de tu horario?

–¡No irrumpí en tu jardín! Empujé la verja y se abrió la puerta. El cerrojo estaba oxidado. ¡Te hice un favor!

–Estupendo. Puedes añadir el coste del nuevo cerrojo en la factura de tu primer mes de trabajo.

–Entretanto –dijo ella ignorando su provocación, y sacó un folleto de un cajón–, a lo mejor quieres echarle un vistazo a esto. Son mis condiciones y mi experiencia laboral.

–No tendrás ninguna, si así es como llevas tu negocio.

Kay hizo caso omiso de sus palabras.

–El jardín llevará mucho trabajo y, aunque cobre poco, no salgo tan barata.

–¿Estás sugiriendo que quizá no pueda pagar tus servicios, Kay Lovell? –preguntó él. Agarró el folleto, pero no lo miró.

–Probablemente, cualquiera que deje abandonada una valiosa propiedad durante más de seis años tiene más dinero que juicio –respondió ella–. Sólo estoy sugiriendo que no deberías precipitarte, Dominic Ravenscar. Mañana trabajo en la tienda del pueblo hasta la una. Te llamaré de camino a mi casa y podrás decirme si quieres continuar con esto. ¿Estarás en casa?

–¿En casa? –frunció el ceño–. Ah, comprendo. No importa. Dejaré la verja abierta. Trae tus herramientas para que puedas empezar cuanto antes –comentó, y se marchó antes de que ella pudiera preguntarle si le apetecía una taza de café.

Quizá fuera lo mejor. Él ya le había demostrado lo que pensaba de sus desayunos y si iba a trabajar en su jardín no quería que tuviera ninguna confusión acerca de quién era. Sería mucho más sencillo mantenerse en un plano profesional.

A lo mejor aquel hombre había olvidado cómo vivir pero, desde luego, no se había olvidado de dar órdenes.

Terminó de recoger la harina y comenzó de nuevo, tratando de concentrarse todo lo posible en la preparación de los dulces antes de meter la masa en la nevera para que reposara. Después, se preparó un café y salió para tomárselo al sol, tratando de convencerse de que

había hecho lo correcto al intentar no aceptar el trabajo que le había ofrecido Dominic en Linden Lodge.

Las cosas no le iban tan mal. De acuerdo, le salían pocos trabajos, pero tenía algunos clientes fijos en el pueblo.

Se ocupaba del jardín de Mike y Willow Armstrong. Sólo tenía que mantener una pequeña zona de césped para que los niños pudieran jugar y plantar flores de temporada en las macetas. Sospechaba que la habían contratado por lástima, sólo para darle ánimos. Pero era un trabajo.

Los Hilliard, en Old Rectory, también la habían contratado un par de horas a la semana, y regularmente también cortaba el césped de algunos jubilados. Por supuesto, no podían pagarle, pero a cambio tejían algo de ropa para Polly. Su hija tenía más gorros y bufandas de los que podría ponerse a lo largo de su vida. A lo mejor debería organizarlos de forma que pudieran vender las prendas en un mercadillo y así pudieran pagarle en metálico.

«No, no… concéntrate».

Lo cierto era que dos horas al día de trabajo significaría una gran diferencia para su economía. Una gran diferencia para Polly, que estaba a punto de cumplir seis años y deseaba celebrar una gran fiesta. Y una bicicleta.

Así que, ¿qué importaba que Dominic Ravenscar le hiciera recordar todo lo que se estaba perdiendo? Romanticismo. Amor. Sexo…

Era una mujer adulta. Podría manejar la situación. Habría resultado más sencillo si no tuviera que enfrentarse al recuerdo del beso que habían compartido. Pero aun así, podría manejarla.

Entretanto, lo que necesitaba era hacer ejercicio para olvidar la imagen del torso desnudo del señor Ravenscar, y la de las caderas que se intuían bajo la toalla.

–¿Te ha besado? ¿Dominic Ravenscar te ha besado?

Polly había entrado para decir que ya había regresado, pero sólo permaneció en la casa el tiempo suficiente para dejar sus cosas y salió a jugar a la hierba con los hermanos Hallam. Kay tuvo la oportunidad de contarle a Amy el encuentro que había tenido con su vecino.

–No era a mí –le explicó–. Era evidente que pensaba que era una visión, un fantasma, o algo. De su esposa.

–¿Y ahora quiere que trabajes para él? Has debido de ser muy convincente.

–¿Yo? –había cierto tono de sorna en las palabras de Amy, pero Kay era consciente de que era difícil explicar qué era exactamente lo

que había sucedido–. A lo mejor sólo está aliviado porque no le haya partido la cabeza con el rastrillo –dijo ella, esperando obtener una sonrisa.

–A lo mejor –nada de sonrisas–. ¿Y por qué no lo hiciste?

–Buena pregunta. Supongo que deberías haber estado allí. Todo sucedió en un momento –uno de esos momentos que parece que duran eternamente.

–Hay momentos y momentos –dijo Amy–. Probablemente él no sepa por qué te ha ofrecido el trabajo.

Era demasiado tarde como para desear no haber dicho nada. Había pensado que Amy lo comprendería.

–¿Y tú lo sabes?

–No hace falta ser un genio, Kay. ¿No estarás pensando en aceptarlo?

Llevaba todo el día pensando en los pros y los contras. Había muchos pros, pero los contras eran básicamente los mismos que Amy estaba encontrando. Pero una cosa era tomar una decisión propia y otra que alguien dijera lo que uno debería hacer. Últimamente, Amy había estado haciendo eso con ella. Siempre le ofrecía consejo como si supiera qué era lo mejor. Para ella. Para Polly. Sobre todo para Polly.

Los buenos consejos, aunque fueran bien intencionados, solían llegar a ser irritantes.

–No acepta un no como respuesta. Le dije que pensaría en ello. Y que él debería hacer lo mismo.

–De acuerdo, piensa en ello. Y después di que no.

–Eso es un poco duro, Amy.

–Estoy pensando en ti, Kay. Es un hombre atractivo, pero es evidente que necesita ayuda. Al menos, para superar el dolor.

–Sí, de eso ya me he dado cuenta –estuvo a punto de decir algo más, pero se calló a tiempo.

–¿Qué?

–Nada. Olvídalo.

–¿Qué? –repitió Amy.

Kay se encogió de hombros.

–¿Recuerdas que una vez me dijiste, cuando traté de agradecerte todo lo que habías hecho por mí, que algún día encontraría a alguien que me necesitaría?

–¿Y crees que Dominic Ravenscar es esa persona?

–Necesita a alguien.

Tras una pausa, Amy dijo:

–Ha debido de ser un buen beso.

Kay sintió cómo se sonrojaba. Aquella mañana había pensado

mucho en todo aquello. Había pensado en su reputación y en lo mucho que le había costado que la gente local la aceptara. Había tomado una decisión basada en la razón y el sentido común.

Pero había tenido todo el día para pensar en el beso que él le había dado, y eso había hecho que afloraran los sentimientos que tenía dormidos desde hacía mucho tiempo. De pronto, al enfrentarse al juicio de Amy, todo ese deseo se convirtió en rabia. Ya había demostrado ser una buena madre, una buena amiga y un buen miembro de la comunidad. ¿O es que tenía que pagar por lo que había hecho durante el resto de su vida?

–Crees que no puedo hacerlo, ¿verdad? Que debería mantener la cabeza agachada y continuar segando el césped de los jubilados…

Amy la agarró del brazo para detenerla.

–Lo siento, Kay. No quería menospreciarte. Has conseguido darle la vuelta a tu vida y tu compasión lo demuestra. Lo que me sorprende es que no puedas ver el peligro.

–¿Peligro? –preguntó ella–. ¿Qué peligro? –como si no hubiera estado todo el día pensando en ello. Si no hubiera visto el peligro no habría dudado y habría aceptado el trabajo sin más–. Voy a podar sus arbustos… –al oír sus propias palabras confirmó que había tratado de engañarse a sí misma. Por supuesto que iba a aceptar el trabajo.

–¿Vas a hacer que te lo deletree?

–Creo que será lo mejor –enseguida se arrepintió de sus palabras. Aquello se le estaba yendo de las manos. De acuerdo, era una cuestión de orgullo, pero Amy era su amiga, y estaban teniendo una discusión que podría poner en peligro su amistad.

–Han pasado seis años, Kay. Ni siquiera has mirado a un hombre en todo este tiempo, pero eres joven y, de pronto, ese desconocido aparece de entre la nada y te da un beso, haciendo enloquecer a tus hormonas. Recordándote lo que te has perdido durante todos estos años. Es suficiente como para hacer que incluso la mujer más sensata pierda la cabeza.

–¿Y yo no soy sensata?

–Creo que en estos momentos estás tan confusa como él…

–Tengo casi veinticinco años, Amy –dijo elevando el tono de voz–. Créeme, conozco la diferencia entre la fantasía y la realidad. He estado…

–Yo te aconsejaría que te mantengas alejada de un hombre que no podrá ofrecerte nada más que dolor.

¿Acaso creía que ella no lo sabía? Había estado todo el día pensando en ello. El sentido común contra la necesidad de demostrarse que se había curado. Que ya no estaba desequilibrada

emocionalmente.

–Sólo me ha pedido que le arregle el jardín. Eso es todo.

–Pero crees que también puedes arreglarle el corazón.

No había manera de engañar a Amy Hallam.

–Tú me arreglaste el mío.

–Supongo que la prueba de ello está en el hecho de que estás dispuesta a arriesgarlo de nuevo –Amy la rodeó con el brazo y la besó–. Gracias por prestarme a Polly durante el día. Ha sido una delicia. Pero ahora debo irme a casa y darme un baño. Haré que uno de los chicos acompañe a nuestra pequeña cuando hayan agotado toda su energía.

Polly apenas podía mantener los ojos abiertos en la bañera y se quedó dormida antes de que Kay abriera el libro de cuentos que leían antes de dormir.

La metió en la cama, le dio un beso de buenas noches y permaneció arrodillada a su lado observándola y acariciándole la mejilla. Necesitaba tocarla. Asegurarse de que estaba allí.

Había estado muy avergonzada por lo que había hecho, muy agradecida por tener una segunda oportunidad, y sabía que todo lo que tenía se lo debía a Amy Hallam. Pero ese día se había sentido como una niña. Incapaz de tomar sus propias decisiones. Y a pesar de que había conseguido evitar una discusión, el resentimiento permanecía dentro de ella.

Kay se acercó a la ventana y contempló el alto muro de Linden Lodge. Quizá Amy tuviera razón. Quizá le hubiera dado un sabio consejo. Desde luego, bien intencionado. Pero necesitaba liberarse y no pasar el resto de su vida esperando la aprobación de su amiga antes de dar un paso hacia lo desconocido.

No podía depender del apoyo de los Hallam durante el resto de su vida. Vivir en la casita de Amy. Jugar a ser una mujer de negocios siempre que encajara con el resto de su vida. Compartir a Polly con la mujer que las había reunido. ¿Desde cuándo dar prioridad a la opinión de su amiga en lugar de confiar en la suya propia se había convertido en una costumbre?

Desde hacía mucho tiempo, y era un hábito que debería romper. Ya era hora de ser ella misma. Era una idea aterradora, pero al pensar en ella su corazón latía más deprisa y en su boca se formaba una sonrisa. Amy tenía razón… como siempre. Había sido un gran beso. Y sin duda, había provocado que algo se soltara en su cerebro.

–Un centavo por ellos –dijo Jake tumbado en la cama mientras observaba cómo Amy se peinaba el cabello.

–¿Qué?

–Por tus pensamientos. Llevas abstraída desde que has ido a visitar a Kay.

–Dominic Ravenscar está en la casa –dijo ella, dejó el cepillo y se volvió para mirar a su marido–. Le ha pedido a Kay que trabaje en su jardín para limpiarlo y arreglarlo.

–Eso está bien, ¿no crees?

–Me he portado muy mal. Hemos estado a punto de discutir por ello.

Jake no preguntó por qué. Conocía bien a su esposa y sabía que, si estaba preocupada, era porque había algo sobre lo que preocuparse.

–¿A punto?

–He tenido poco tacto. Ella se puso muy sensible.

–Parece que no hablas de vosotras.

–No. De pronto me puse a recordar aquella vez que George quería que le quitaras los ruedines de la bicicleta.

–Y tú dijiste que se caería y se haría daño –dijo Jake.

–Tenía razón. Se lo hizo.

–La libertad y la independencia tienen su precio.

–Va a hacerse algo más que arañarse la rodilla y golpearse el codo, Jake. Va a romperse el corazón.

–¿Por Ravenscar? ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

–No a propósito. Pero él todavía está penando la muerte de su esposa y Kay cree que su deber es ayudarlo. Porque nosotros la ayudamos a ella.

–A lo mejor necesita demostrarse algo a sí misma. O a ti.

–Sólo hay una manera de que una mujer ayude a un hombre con tanto dolor. Él no será capaz de resistirse a ello, pero después se arrepentirá por no haberlo hecho. Entonces, la odiará.

–¿Recuerdas lo que la gente dijo cuando buscamos a Kay para traerla a casa?

–Que éramos idiotas –dijo ella–. Que no nos lo agradecería… y no lo hizo. Que nos arrepentiríamos –se secó una lágrima que rodaba por su mejilla–. Había veces, Jake…

–Lo sé –se puso en pie, se acercó a su esposa y la abrazó–. Pero tú seguiste adelante e hiciste un buen trabajo. No infravalores su capacidad para sobrevivir. Y no te infravalores a ti misma. Si está preparada para ayudarlo a él, es sólo porque tú la has hecho lo suficientemente fuerte como para que corra el riesgo.

Amy lo miró a los ojos.

–¿Estás diciendo que lo único que puedo hacer es dar un paso atrás y esperar a ver cómo se destroza? ¿Prepararme para recoger los pedazos? ¿Otra vez?

–Lo que estoy diciendo es que deberías venir a la cama. Ha sido un día largo y mañana tienes una reunión de la junta…

Amy hizo un gesto como quitándole importancia.

–No lo comprendes, Jake. ¿Qué pasará con Polly? Es ella la que sufrirá…

–Kay se desvive por Polly.

–Pero…

–Es su hija. Su responsabilidad.

–No…

–¡Sí, Amy! –ella se apoyó en su hombro–. Lo siento, amor mío. Sé lo mucho que deseabas tener una niña.

–Tengo tres niños maravillosos. Te tengo a ti –contuvo las lágrimas y sonrió–. Creo que debe de existir una norma para que nadie consiga todo lo que desea. Debe de ser malo para nosotros, o algo así…

–A lo mejor lo es. Pero eso no significa que debamos dejar de luchar por ello –la besó en los labios–. Ven a acostarte.

Kay se detuvo junto a la puerta del jardín de Dominic Ravenscar, sintiéndose más nerviosa que la primera vez que traspasó aquella puerta. Era ridículo. Esa vez no entraba de forma clandestina a recoger moras. Ni tampoco había ido obedeciendo a sus hormonas, tal y como había sugerido Amy. Aquello era un trabajo.

No. No era sólo un trabajo. Era un trabajo bien pagado. Y puesto que se había pasado toda la noche haciendo cálculos y enfrentándose a las necesidades de la vida diaria, lo mejor sería que se olvidara de los nervios y continuara hacia delante con la cabeza bien alta.

Esa vez la estaban esperando. Estaba invitada. Incluso se lo habían ordenado.

A menos que él hubiera hecho lo que ella le había aconsejado y hubiera cambiado de opinión. Esperaba que no estuviera pidiendo presupuesto a una de las mejores empresas de jardinería de Maybridge. No podía creer la importancia que ese trabajo había adquirido para ella.

Se secó el sudor de las manos en los pantalones y abrió la puerta esperando encontrárselo con una expresión indescifrable y de negocios.

Pero el jardín estaba vacío.

La única señal de que Ravenscar había pasado por allí era el cartel de «Se Vende» que estaba en el suelo, lo que indicaba que era cierto que había decidido sacar la casa del mercado.

«Menos mal», pensó ella, tratando de ocultar su desilusión. Él no estaba allí. Había mencionado esa posibilidad. Le había dicho que debía empezar a trabajar. Bien. Tragó saliva. Después sonrió. ¡Si no estaba allí, significaba que no había cambiado de opinión!

–¡Sí! –gritó–. ¡Sí!

Le resultaría mucho más fácil trabajar sin que él vigilara cada uno de sus movimientos. Lo que necesitaba era un plan de acción. Un programa de trabajo. Así que comenzó a tomar notas y a hacer dibujos mientras recorría el jardín.

Desde la ventana del primer piso, Dominic observaba cómo tomaba notas en el jardín. Kay no había llevado ninguna herramienta, pero parecía que estaba dispuesta a aceptar el trabajo si todavía estaba disponible.

Le había aconsejado que lo consultara con la almohada. Bueno, Dominic no había conseguido dormir mucho y había pasado toda la noche preguntándose si ella tendría razón y él habría cometido un gran error al convencerla para que trabajara en el jardín. No porque creyera que no era la persona adecuada para el trabajo. Sabía que lo era, pero no estaba seguro de que pudiera soportar su presencia.

No pasaba nada. Ese día no tenía problemas para separar la fantasía de la realidad. Lo que lo sorprendía era haberse dejado engañar.

–¿Qué está haciendo, señorita Lovell?

Kay levantó la vista sabiendo con quién se iba a encontrar.

–Puesto que me pediste que trajera mis útiles de trabajo y comenzara a trabajar enseguida, eso es lo que estoy haciendo.

–Yo había pensado en algo más práctico.

–No todo el trabajo de jardinería se hace con la azada, y estoy haciendo un plano del jardín. Apuntando lo que hay que hacer y en qué orden. Cuando llegue a casa haré una agenda de trabajo. En el ordenador.

–No necesito un bolígrafo ni un ordenador, para decirte que lo primero que hay que hacer es cortar la hierba. El cortacésped está en la caseta –añadió, como si ella no lo supiera.

–Ya lo he encontrado, gracias.

Él arqueó una ceja.

–¿Me estás diciendo que también has roto aquel candado?

Capítulo Cinco

Kay lo miró con cara de disgusto. Pero no era fácil, porque ese hombre parecía una estrella de cine.

–El cerrojo estaba colgando de la puerta. Mañana te traeré uno nuevo, pero a lo mejor deberías pensar en mejorar la seguridad.

–¿Esto qué es? Entras en mi jardín y después me vendes cerrojos.

–Soy la coordinadora de seguridad del vecindario. Haré que el agente para la prevención de delitos venga a hablar contigo. Entretanto, he llamado a los del servicio técnico para que vengan a por el cortacésped. Vendrán a recogerlo por la mañana para ponerlo a punto. No te preocupes por esperarlos, yo los dejaré entrar. Puedo arreglar el cerrojo al mismo tiempo.

–¿No estarás trabajando en la tienda del pueblo?

–Los lunes, jueves y viernes por la mañana –dijo ella.

–Entonces…

–No hace falta que me des las gracias –dijo ella, antes de que él pudiera terminar–. Es parte de mi trabajo. Haría lo mismo contigo si llevaras seis años metido en una caseta con humedades y estuvieras cubierto de polvo y telarañas –de pronto se percató de que era incapaz de mantenerle la mirada. Sus palabras se parecían demasiado al plan original. Quitarle el polvo, frotarlo y aplicarle aceite para que pronto estuviera funcionando con normalidad. Hizo todo lo posible para no pensar más en ello. No iba a resultarle tan sencillo.

Además, el trabajo era demasiado importante como para arriesgarse a estropearlo implicándose sentimentalmente. Quizá no le gustara lo que Amy le había dicho, pero eso no significaba que no hubiera asimilado el mensaje.

–No es que vayamos a poder utilizarlo en esto –continuó ella quebrando el silencio y señalando la hierba alta con el bolígrafo–. Llamaré a Jim Bates para que venga con la guadaña.

–¿Jim Bates?

–El sacristán. Mantiene el jardín de la iglesia, y puesto que manejar la guadaña requiere un talento que todavía no he desarrollado, él realiza ese trabajo para mí. De hecho, también le pediré que cave el huerto. Es un hombre tranquilo, pero hará un buen trabajo. No te preocupes por pagarle. Te pasaré la factura por el tiempo que dedique. A precio de costo –añadió para que no pensara que iba a sacar beneficio de ello–. Bueno, quizá puedas invitarlo a una cerveza en el bar. Sé que te lo agradecerá.

Dominic permaneció en silencio durante unos instantes. Después

dijo:

–¿Ya está? ¿Ya has terminado?

–Sí. Lo siento. Ibas a decir algo cuando te interrumpí. ¿Quizá tenías una idea mejor?

Él la miró.

–La tuya me gusta.

–Me alegro.

–Y eso incluye comprarle una cerveza al señor Bates. Puedes añadirlo a la factura.

–Oh, pero… –quizá no estuviera preparada para implicarse sentimentalmente, pero había encontrado una excusa para sacarlo de casa y le parecía una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar. Dominic se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa.

Kay no había terminado.

–Señor Ravenscar –lo llamó. Él no se detuvo, así que Kay lo siguió hasta la casa–. Dominic, yo…

–¿Qué? –preguntó volviéndose para mirarla.

Ella se estremeció al verlo con el ceño fruncido y deseó estar en la otra punta del jardín. Demasiado tarde. Él estaba esperando.

–Sólo quería saber si tu mujer tenía un diario.

–¿Un diario? –preguntó él–. Y si lo tenía… ¿por qué sería asunto tuyo?

–¡Oh, no…! –exclamó ella–. No me refería a un diario personal, me refería a un diario de jardinería. Yo tengo uno… bueno, dos. Uno para mi jardín y otro para mis clientes. Apunto el clima, las siembras, las cosechas. Los trabajos que se han hecho y los que quedan por hacer. Las podas. Los catálogos que hay que pedir. Cualquier cosa.

–Ya veo.

–Bueno y… ¿tenía uno?

–¿Es importante?

–Me ayudaría a saber qué era lo que estaba haciendo exactamente. Su idea del jardín. No todo ha sobrevivido –miró los arbustos de los bordes–. Hay algunos huecos. Bueno, eso puedes verlo tú mismo.

–No veo ningún hueco.

–¿No?

–Al contrario.

–Ah, ya sé a qué te refieres –evidentemente era uno de esos hombres que no distinguían una passiflora de su codo–. Cuando quite todas las malas hierbas, los verás.

–A lo mejor deberías continuar con tu trabajo en lugar de hacerme perder el tiempo.

–Lo siento. No me había dado cuenta de que estaba

interrumpiéndote.

Dominic la vio mirando la sábana llena de polvo que todavía estaba en el suelo y apretó los dientes.

–Me has pillado entre las visitas de la asistenta.

–Viene una vez al mes ¿no es así? Perdóname, pero creo que no podrás esperar otras dos semanas.

–¿Estás ofreciéndote para quitar el polvo? ¿En las dos horas que me dedicas? Cuando no estás ocupada hablando. ¿Estás segura de que vas a tener tiempo?

Ella apretó los dientes para no morder el anzuelo.

–Iba a recomendarte a la señora Fuller. No trabaja de forma continuada, pero acepta trabajos ocasionales. Creo que éste entraría dentro de esa categoría. Piensa en ello.

–¿Eso es todo?

–Sí. ¡No! Lo siento. Mira, si tu mujer no tenía un diario, a lo mejor tenía una agenda de trabajo. Un plan de siembra. No me gustaría empezar a cavar y descubrir que estoy rompiendo unos bulbos preciosos.

Dominic parecía tentado de decirle que se marchara y que no regresara nunca. Sin embargo, le dijo:

–Será mejor que entres.

–¿Qué? Ah, vale –se quitó los zapatos y lo siguió hasta el final del recibidor.

–Sara utilizaba esta habitación –dijo él, y abrió la puerta de una habitación contigua a la cocina–. No le gustaba el estudio de la parte delantera porque no tiene vistas al jardín.

–Bueno, está… lleno.

–El hombre de la agencia inmobiliaria lo describió como la despensa del mayordomo, pero creo que quizá se dejó llevar demasiado por todo eso de la residencia de un caballero.

–Supongo que sí –admitió ella, y entró en la habitación. Las estanterías tenían libros de jardinería y de cocina. Sobre el escritorio había un cuaderno abierto, una pluma y algunos lápices de colores. Había postales y fotos de jardines recortadas de las revistas y colgadas en un corcho. También una foto de Dominic con aspecto jovial y feliz, sonriendo a la mujer que había tomado la foto.

Kay sintió que se le partía el corazón.

La habitación parecía que estaba en espera. Como si la persona que la utilizaba hubiera ido a prepararse un té y fuera a regresar en cualquier momento. Miró hacia atrás, pero parecía que él no estaba dispuesto a acompañarla en ese espacio atestado.

–¿Puedo echar un vistazo?

–Por supuesto… –pronunció de manera forzada. Ella agarró el cuaderno. Estaba forrado con una tela suave y escrito con letra elegante. Al pasar las hojas, se percató de que el interior hacía juego con el exterior. Era algo más que un diario de trabajo, era un diario de todo lo que había sucedido en el jardín. Desde la visita de un puercoespín hasta la floración de una orquídea. También había ilustraciones hechas a bolígrafo–. ¿Era eso lo que estabas buscando?

–Oh, sí. Lo siento. Pero debe de haber más cosas. Sólo hay una cuarta parte utilizada.

–Busca en el cajón.

Ella agarró el tirador del cajón, pero éste no se abrió.

–La llave debe de estar en algún sitio –abrió una cajita que contenía gomas de borrar y clips. Antes de que pudiera rebuscar en ella, sonó un pitido en uno de sus bolsillos. Kay sacó un pequeño despertador y lo apagó–. Mi reloj se ha quedado sin batería –le explicó al ver la expresión de su cara–. Lo siento, tengo que irme. Son las tres y cuarto. El colegio termina dentro de cinco minutos y debo recoger a Polly.

–Lo recuerdo. Tu hija es lo primero.

–Te lo dije. Si tienes algún problema con eso… –empezó a decir Kay.

–No. Por supuesto que no. No la hagas esperar. Dos horas me parecían pocas porque quería que terminaras el jardín lo antes posible.

–Te dije que…

–Lo sé. No paras de decir cosas. Vete. Yo buscaré la llave. A lo mejor los planos también están en el escritorio –la guio hasta la puerta–. Si vas a pasar más tiempo trabajando en esto, por favor, apunta las horas para después pasarme la factura.

–Oh, no. No es necesario. Si no, ¿qué podría hacer por las noches? Cuando Polly duerme.

–No soy yo quien puede aconsejarte. Sólo puedo decirte que tu negocio no durará mucho si no empiezas a valorar tu tiempo. Deberías tener un contrato estándar donde se especifique ese tipo de cosas. Pregúntale a tus amigos los Hallam. Ambos han tenido mucho éxito en los negocios. Estoy seguro de que te aconsejarán bien –Kay sabía cuál sería su consejo. «Olvídalo». Tenía que dejar de engañarse a sí misma…–. Piénsalo –dijo él, al ver que ella no contestaba.

–Lo haré, si me prometes pensar en contratar a Dorothy Fuller para limpiar esta casa.

–¿Pero qué es esto? ¿Es que todo el pueblo te paga una comisión por encontrarles empleo? Olvídate de la jardinería. Deberías montar una pequeña empresa de servicio doméstico.

Era lo de pequeña lo que la molestaba. ¿Por qué nadie creía que podía hacer algo grande? Pero no demostró su enojo. Miró a Dominic pensativa y dijo:

–¿Supongo que no estarás interesado en unos bonitos jerseys tejidos a mano? El invierno está a punto de llegar y conozco a un par de mujeres mayores que los fabrican. Estoy segura de que se venderían mucho.

–¿No tienes que recoger a tu hija? Abriré la verja a primera hora para que dejes pasar al técnico de la segadora –dijo él–. Y no te olvides de añadir esas horas a tu cuenta.

–Entonces, le diré a Dorothy que te llame y pase a verte, ¿no?

–Adiós, señorita Lovell.

–Hasta mañana, señor Ravenscar.

Dominic observó cómo se agachaba para pasar por debajo de la rama de un árbol que dominaba el césped. Esperó a oír el ruido de la puerta al cerrarse y, al darse cuenta de que no había echado el cerrojo, se dirigió a hacerlo.

Después, en lugar de regresar a la casa, que parecería aún más vacía sin la presencia y la conversación de Kay, fue a la caseta para ver en qué estado se encontraba la segadora. La máquina que había comprado al poco tiempo de mudarse allí estaba cubierta de polvo y telarañas. Y sería peor si por dentro se encontraba en el mismo estado que la herramienta oxidada que colgaba de la pared.

Agarró una llana, pasó el dedo por la superficie y se le quedó manchado de rojo. La colocó en su sitio y se preguntó qué pensaría Kay Lovell al respecto.

Sin duda, tendría algún comentario que hacer, porque siempre tenía algo que decir.

Qué mujer más irritante.

Kay miró la segadora desde la puerta. Esperaba que Dominic apareciera a su lado en cualquier momento e hiciera algún comentario acerca de que no le pagaba por no hacer nada. Sin embargo, no apareció.

Ella tuvo que contenerse para no mirar hacia la casa, esperando que se abrieran las puertas de la terraza y aquel hombre se acercara a ella por la hierba. Se sorprendió al ver lo mucho que le importó que permanecieran cerradas.

«No», se regañó mientras salía del jardín. Todo estaba cerrado, lo

que significaba que él había salido. Le parecía bien. Dominic estaba pasando demasiado tiempo solo.

Rodeó la casa por la calle hasta llegar a la puerta principal y metió en el buzón el sobre que pensaba entregarle en mano. Estaba a punto de marcharse cuando un coche se detuvo a su lado. El tipo de coche que encantaba a los hombres y en el que las mujeres soñaban con entrar. Caro, veloz y con asientos de cuero.

–¿Qué es lo que has metido en el buzón? –Dominic Ravenscar se bajó del coche y apareció a su lado–. ¿Has cambiado de opinión sobre el trabajo?

Ella dejó de mirar el coche y se fijó en el hombre que era su cliente. Estaba muy atractivo vestido con una chaqueta de cachemira, una camisa de lino y unos pantalones de vestir.

–Si hubiera cambiado de opinión no habría metido una nota en el buzón, te lo diría en persona.

–Sí, por supuesto. ¿Entonces? –preguntó él–. No me mantengas en suspense. ¿Es una invitación para la fiesta de la cosecha? ¿El último número de la revista de la parroquia? ¿Un listado de las especialidades de la tienda del pueblo?

–Nada de eso. He venido a controlar que se llevaran la segadora y de paso he traído mi contrato.

–¿Tu contrato? No has invertido mucho tiempo en pensar en ello.

–¿Se suponía que debía hacerlo? Lo siento, pero no tengo mucho tiempo para eso. Bonito coche –dijo para cambiar de tema–. Muy…

–¿Negro? –dijo él, con un tono de voz que sugería que estaba a punto de sobrepasar el límite.

–Limpio.

Había estado a punto de decir sexy, y sospechaba que él lo sabía.

Dominic esbozó una sonrisa y ella pensó que si conseguía que sonriera del todo merecería la pena haber pasado por cualquier situación vergonzosa.

–Puesto que voy a quedarme un tiempo pensé que sería mejor que tuviera algún tipo de transporte.

–¿Transporte? Eso no es un transporte. Un autobús sí es un medio de transporte. Eso es un capricho.

–¿Hay servicio de autobuses? –preguntó él.

–Y muy regular –aseguró ella–. Tres veces al día.

–¿Tan a menudo? Si me lo hubieras dicho ayer… –abrió la puerta de la casa y se agachó para recoger el sobre que ella acababa de meter por la ranura del buzón–. Será mejor que entres.

Kay había llamado al hijo de una de las mujeres jubiladas a las que solía cortarles el césped. Era abogado y no le costaría mucho enviarle

un documento contractual para que ella rellenara e imprimiera. Además le había dado muchos consejos legales acerca de sus derechos y responsabilidades. Le había insistido en lo importante que era que tuviera un seguro laboral. La había animado a que fuera más ambiciosa y creara una imagen y un nombre para su empresa. Y le había prometido que se enteraría de qué subvenciones había para las empresas de nueva creación.

Incluso se había ofrecido a pagarle por cortarle el césped a su madre. Pero ella se había negado en rotundo.

–¿Cómo has conseguido tenerlo preparado tan rápido? –preguntó Dominic, y sacó un documento encabezado con el logotipo y el nombre de la empresa.

–Seguí tu consejo –dijo ella–. Pensé en ello y me di cuenta de que tenías razón. Puede que tenga un negocio pequeño, pero eso no quiere decir que no pueda ser ambiciosa. Y profesional al cien por cien –se le había ocurrido que le resultaría más fácil convencer a las agencias inmobiliarias para que la contrataran si no era sólo Kay Lovell, una jardinera que trabajaba de forma ocasional. Por eso se había dedicado a crear su propio logo, tarjetas de negocio y folletos que dejaría en el centro de jardinería de la zona–. Hay dos copias –le dijo–. Tienes que firmar las dos y devolverme una.

–¿Eso es todo? ¿No te has olvidado de lo más importante? –al ver que ella fruncía el ceño, añadió–. ¿La parte de leerlo primero?

–Ah, no importa –dijo ella–. Yo ya lo he leído –sonrió. «¡No! ¡No has sido nada profesional!»–. Lo siento, he hecho una broma muy mala. Tómate el tiempo necesario. Pasaré a recogerlo esta tarde. O cuando sea.

–No me llevará tanto tiempo –dijo él, y abrió más la puerta–. ¿Por qué no le echamos un vistazo ahora mismo? A menos que tengas que marcharte a otro trabajo.

Tenía muchas cosas que hacer, entre otras, planear la fiesta sorpresa del cumpleaños de Polly. Pero sospechaba que él se refería a un trabajo de verdad. Remunerado.

–Dejaré que prepares una taza de café mientras lo leo –añadió Dominic.

–Oh, sí. ¿Quién podría rechazar una oferta como ésa?

Dominic no quería que se marchara.

No lo había admitido, pero esa mañana se había ido para no tener que verla. No sólo porque le recordaba a Sara, sino porque le recordaba que era un hombre.

Regresar y encontrarla en la puerta de su casa vestida con ropa de trabajo, una telaraña polvorienta en el cabello y sin nada de

maquillaje en el rostro no lo había ayudado.

Había algo refrescante en ella. Algo natural. Metía la pata continuamente, pero cuando lo hacía, se reía de sí misma, o se sonrojaba, o se ponía nerviosa. Pero no se callaba. Eso era extraño.

Como resultado, él había hablado más en los dos últimos días que en los seis últimos años. Sólo sobre trabajo, eso sí.

–¿A lo mejor podría tentarte con el resto de los cuadernos de Sara? –le ofreció la única cosa a la que sabía que no podría resistirse–. También he encontrado su plano del jardín.

–Ahora sí que hablas de cosas importantes. A cambio, tendrás tu café –dijo, dejando claro cuáles eran sus prioridades–. Aunque ya he visto lo que haces con las bebidas calientes –dijo mientras se quitaba las botas y entraba en la casa–. También he visto cómo escribía tu esposa. Sinceramente, no puedo ser su rival.

Dominic se fijó en que ella tenía un agujero en un calcetín y se preguntó cómo podía mantener a su hija. ¿Por qué estaban solas? O quizá no lo estaban. Ella no había mencionado a nadie, él no había visto a nadie en la casita, pero eso no significaba nada. A lo mejor él estaba fuera… No. Si hubiera alguien en su vida ella no habría respondido al beso con tanto ardor, con tanta pasión.

–Tu esposa tenía el don de la comunicación –siguió diciendo ella. Era más alta que Sara. Sus ojos estaban casi a la misma altura. Quizá por eso era tan difícil ignorarla. Ella lo miraba a los ojos y no tenía miedo de sostenerle la mirada–. Su entusiasmo ha hecho que el jardín cobre vida para mí. Leer sus cuadernos me ha hecho sentir como si la conociera. Comprendo por qué la echas tanto de menos.

¿Echarla de menos? Durante un momento, un pequeño instante, casi se había olvidado…

–Pondré el agua a calentar –dijo él–. Lo encontrarás todo en su estudio.

Kay se encontró contemplando su espalda mientras él se alejaba. ¿Qué había dicho? Durante un instante, él había bromeado con ella, pero al momento se había vuelto a encerrar en sí mismo.

Tenía que aprender a guardarse las opiniones para sí y hablar sólo de aquello en lo que era experta. Como la poda.

Dejó los cuadernos a un lado y abrió el plano del jardín. Era perfecto. Estaba dibujado con colores y tenía escritos los nombres botánicos de cada planta.

Seguía admirándolo cuando Dominic dejó una taza de café a su lado.

–¡Oh, lo siento! –se tapó la boca con la mano–. Me olvidé de que tenía que hacer el café.

Él se apoyó en el escritorio con otra taza entre las manos.

–No hay problema. Soy yo el que debo pedirte disculpas. Otra vez.

–¿Por qué?

–Supongo que no sé cómo actuar cuando la gente menciona a Sara –se encogió de hombros–. No he tenido mucha práctica. Después de su muerte, la mayoría de nuestros amigos habría preferido clavarse agujas en los ojos que hablar de ella.

–Si eras tan susceptible, lo entiendo.

«¡No, no no!», deseó esconderse debajo de la mesa.

Pero Dominic estaba mirando el café como si fuera a encontrar una respuesta y, por un momento, ella pensó que no la había oído. Entonces, él levantó la vista.

–A pesar de que por las últimas pruebas pudiera parecer lo contrario, no me dedicaba a cortarles la cabeza. La mayor parte de la gente no me daba la oportunidad de hablar de ella después de su muerte. Ahora parece que me he olvidado de cómo hacerlo.

–Lo siento. Ha debido de ser muy duro para ti.

–Lo hacían con buena intención. Supongo que pensaban que si no la mencionaban podría olvidarla más rápido.

–¿Estás seguro de eso?

–¿Qué otro motivo podrían tener para querer borrar todo recuerdo de ella? ¿Para actuar como si nunca hubiera existido? –se encogió de hombros–. Me ofrecieron venir a retirar su ropa. Meter su vida bajo la alfombra lo más rápido posible. Seguir adelante –puso una mueca–. Ésa era una expresión que oí a menudo.

–Quizá consideraban que si no había recuerdos de ella en cada lugar, te sería más fácil superar el dolor –dijo con amabilidad–. Por supuesto, estaban equivocados. Necesitabas hablar de ella. De esa manera podrías recordar los momentos felices. Marcharse no era la solución.

–¿Estás segura de que no querías decir huir? –la miró fijamente a los ojos.

–Hay más de una manera de hacerlo, pero sólo es una forma de retrasarlo. Tarde o temprano, uno tiene que enfrentarse a ello.

Capítulo Seis

Estupendo. Ya estaba otra vez jugando a ser psicóloga. Y eso que, a pesar de unos momentos difíciles, pensaba que lo estaba haciendo bastante bien. Dejó la taza sobre la mesa y centró su atención en el plano del jardín.

–Me temo que el cenador es una de las cosas con las que tendrás que enfrentarte. Es una lástima. Debió de ser precioso en sus días de esplendor. Pero por desgracia sufre un caso severo de decrepitosis.

–¿Qué? –preguntó él, como si regresara de un lugar muy distante–. ¿Eso es algún tipo de hongo? –entonces se percató de lo que ella había dicho y trató de sonreír–. Ya. Era otra de tus bromas, ¿no?

–Así es –admitió ella–. He intentado dejar de hacerlas. Sólo cinco al día. Bueno, y a lo mejor no todos los días… –al ver el esfuerzo que él hacía por sonreír, Kay sintió ganas de tomarle la mano, abrazarlo y decirle que lo comprendía. Que todo saldría bien. Resistió la tentación. Fuera cual fuera su reacción, sólo haría que ella se avergonzara–. Por favor, no te sientas forzado a reír –dijo ella–. No es obligatorio.

–De acuerdo –y sin avisar, sonrió de verdad.

–Sospecho que sólo lo sujeta la clematis –dijo ella, tratando de concentrarse en el trabajo–. Lo que es justo, ya que ella es la que causó el problema en primer lugar. Es muy vieja. Quizá la plantaron cuando se construyó el cenador. Supongo que en aquel momento parecería una buena idea.

–Recuerdo que Sara dijo que tendría que podarla mucho, pero estaba esperando a que floreciera primero por si…

Se calló de golpe y ella se apresuró a rellenar el silencio.

–Puedo verla desde la ventana de la habitación de Polly y es una estampa preciosa.

–Las primeras flores se abrieron el día del entierro. Recogí algunas para colocarlas a su lado, pero se les cayeron los pétalos –se hizo un silencio interminable y Kay no supo cómo rellenarlo. Dominic Ravenscar lo hizo por ella–. ¿Qué pasó con el padre de Polly?

El repentino cambio de tema la sorprendió y ella reaccionó contestando a la defensiva.

–Polly nunca tuvo padre –su única excusa era que hacía mucho tiempo que nadie le hacía esa pregunta. Quizá también hubiera erigido una barrera para proteger el lado emocional de su vida. Fuera lo que fuera, no estaba preparada. Avergonzada por su reacción, lo intentó de nuevo–. Yo… Él era joven y necesitaba encontrarse a sí

mismo. Todavía se está buscando… –era una respuesta destinada a hacer reír a la gente y, de paso, le brindaba la oportunidad de cambiar de tema. ¿Qué había dicho acerca de que había más de una manera de huir?

Dominic dejó la taza sobre la mesa.

–De acuerdo, ¿qué es lo que sugieres?

–¿Sugerir? –repitió ella confusa.

De pronto, se percató de que había sido él quien había cambiado de tema, rescatándola para que no tuviera que dar una explicación que la dejara al descubierto. Se dio cuenta de que al hablar de sus problemas había perdido la oportunidad de que él se abriera y le contara los suyos. Había fallado. Aunque quizá no fuera demasiado tarde. Quizá si encontrara las palabras adecuadas podría…

–Tú eres la profesional –dijo él, al ver que dudaba–. ¿Qué opinas?

Kay se prometió que encontraría el momento para hablar del tema. Pronto. Entretanto, debía concentrarse en el trabajo.

–Oh, sí. Esta mañana le he echado un vistazo mientras esperaba al técnico de la segadora. Me temo que no puede salvarse.

–¿El cenador?

–La clematis. Bueno, ninguna de las dos cosas –se hizo un silencio y ella se dio cuenta de que estaba tocando un tema delicado–. Si lo prefieres, podría intentar podarla. A lo mejor hay suerte y se recupera.

–Sara pensaba que lo haría.

–Sara no iba a tirar el cenador –lo mejor sería que lo decidiera él.

Tras otro largo silencio, Dominic dijo:

–No. Debemos remplazarlos. Un cenador nuevo y una trepadora nueva. Algo especial.

¿Debemos?

Kay sintió que le daba un vuelco el corazón. Esperaba que él le hubiera dicho que se marchara y no regresara jamás.

–De acuerdo. Yo… –se aclaró la garganta y se puso a doblar el plano para evitar mirar a Dominic–. Si quieres, buscaré distribuidores en Internet y pediré algunos catálogos.

–¿Me estás diciendo que no conoces a ningún hombre del pueblo que esté dispuesto a construir un cenador en su tiempo libre?

¿Qué? Cuando levantó la vista, vio que estaba esbozando una sonrisa. ¿Estaba bromeando?

–Bueno, si paso por alto el comentario sexista de que debería ser un hombre… supongo que la próxima vez que vaya a cortar el césped podría preguntarle a Mark Hilliard si le gustaría hacerle uno de sus diseños. O quizá, podrías ir a la fiesta de la cosecha y preguntárselo en persona.

–¿Hilliard? ¿El arquitecto?

–Vive en Old Rectory. Al otro lado de la pradera.

–Está… cerca. ¿Pero hace diseños rurales?

–Normalmente no. Pero estoy segura de que te diseñaría algo en acero y cristal –al ver que arqueaba las cejas, añadió–: Estaba bromeando.

–Yo también –afirmó Dominic.

–No, tú te estabas burlando. Hay cierta diferencia. Comprendo que Upper Haughton debe de parecer un lugar peculiar después de haber viajado por el mundo…

–No, lo siento. Es algo más que eso. Nos mudamos aquí porque era el tipo de sitio en el que la gente se preocupa por los demás. Donde siempre hay alguien que conoce a otra persona que puede hacer justo lo que uno necesita. Donde darle a tu vecino un bote premiado de mermelada casera es algo tan natural como respirar.

–Para serte sincera, lo de la mermelada es pura imagen –le dijo–. Somos buenos vecinos, pero te prometo que cuando queremos podemos ser cotillas y muy cerrados de mente.

–No me desilusiones –durante un instante compartieron cierta complicidad, como si las posibilidades esperaran a que uno de los dos las pusiera en palabras–. ¿A lo mejor quieres buscar una trepadora adecuada?

–¿Yo? –le hizo tanta ilusión que él se lo pidiera que, sin pensarlo, le acarició la mano–. Gracias.

Él la miró a los ojos y ella retiró la mano. Por supuesto que se lo había pedido a ella. ¿A quién iba a pedírselo si no?

–Buscaré una, Dominic. Encontraré varias para que elijas. Es posible que Sara ya hubiera pensado en ello. Las clematis son delicadas, así que seguro que sabía que si la cortaba se moriría. No apuntó nada en el plano, pero estoy segura de que había pensado en ello. O tal vez escribiera algo en su cuaderno. ¿Puedo llevarme el resto de los cuadernos? –tenía que salir de aquella pequeña habitación para poder respirar–. ¿O a lo mejor prefieres mirarlos tú?

–No –dijo él–. En estos momentos, los necesitas más que yo. No te olvides de anotar el tiempo que empleas en leerlos.

–No te preocupes, me ha aconsejado un abogado. Se tomó el tiempo de explicarme todo acerca de cobrar por cada minuto. Cada carta. Cada llamada –le dijo.

–¿Y con tu tarifa por horas puedes pagar a alguien que cobra cada minuto? –preguntó Dominic.

–Utilizamos el método de facturación rural. No se necesitan libros de contabilidad –sonrió–. Él me dedicó media hora de su tiempo y, a

cambio, yo le corto el césped a su madre.

–¿Durante cuánto tiempo?

–Mientras lo necesite. Pero lo haría de todas maneras, así que su tiempo me ha salido gratis. No te preocupes, la jardinería es muy diferente a la abogacía… yo no cobro por minutos. Además, leer esto no es trabajo, es un placer.

–Hablaremos de ello a final de mes, cuando me pases la factura. Entretanto, aquí tienes el contrato debidamente firmado –dijo él, y sacó el documento doblado de su bolsillo.

A lo mejor habían avanzado un poco. Al menos él lo había hecho, y Kay necesitaba estar un tiempo a solas para descubrir dónde estaba. Pero por lo menos él confiaba más en ella. Dejó el contrato encima de los cuadernos y sujetó todo contra su pecho.

–Te veré esta tarde –dijo ella, mientras se dirigía hacia la puerta y él se la abría–. Si es que vas a estar aquí –miró el coche que estaba frente a la puerta y se puso las botas. Después miró a su alrededor para ubicar dónde podía dejar los libros mientras se ataba los cordones.

–Permíteme –dijo él, y al agarrar los libros sus dedos se rozaron. La mano de Dominic rozó el pecho de Kay, así que ella se entretuvo al atarse las botas para que se le quitara el sonrojo. Cuando se enderezó, él le tendió los libros con cuidado y le dijo–: No tengo planes para ir a ningún sitio.

–Estupendo –dijo ella, incapaz de mirarlo a los ojos–. En ese caso, traeré conmigo a Dorothy Fuller para que le digas lo que hay que hacer en esta casa.

Le pareció que había dicho algo en voz baja, pero Kay no le pidió que lo repitiera.

Kay apenas se percató del paseo de regreso a casa. Sin darse cuenta, de pronto estaba en la puerta.

¿Cómo podía ser que después de un beso tan intenso se sintiera lo suficientemente segura como para trabajar con Dominic Ravenscar, y sin embargo un simple roce de su mano le pareciera lo más peligroso del mundo?

Todavía sentía su roce en la punta de los dedos, así que cerró la palma para evitar que la extraña sensación se esparciera por su cuerpo. Una sensación como aquélla podía destrozarle el corazón.

Amy había intentado advertirle que la situación era explosiva, y aunque no le hubiera dicho que terminaría llorando, se lo había dejado bien claro.

¿Pero la había escuchado? No. Bueno, sí… pero lo único que había oído era el tono de duda de Amy. ¿O era miedo porque sufriera? O peor aún, ¿que Polly sufriera una crisis emocional? Tenía todo el derecho…

Tendría que tener más cuidado en el futuro. Nada de roces. Ni siquiera pensar en ello.

Se centraría en su trabajo y en sacar su negocio adelante. Y sería ella misma. Una buena vecina. Quizá eso fuera suficiente.

Al ver que debajo del banco del porche había una cesta, Kay interrumpió su pensamiento. Dejó los cuadernos de Sara Ravenscar sobre el banco y sacó la cesta.

En una de las asas había un sobre. Kay no necesitaba leer la nota para saber quién la había dejado. Era una de las caras cestas de la gama de aromaterapia Amaryllis Jones, fabricada en la empresa de Amy y vendida en sus tiendas.

A pesar de que los lunes siempre iba a Londres, había encontrado un hueco para pasar por allí para hacer las paces.

Kay sacó la nota y la leyó: «Kay, querida, quizá esto te sea útil. Con cariño, Amy».

–¿Útil?

Abrió la cesta y vio que contenía una gran gama de aceites esenciales. Sacó uno de los frascos. Bergamota. Como todos los aceites de cítricos, servía para levantar el ánimo y mejoraba la depresión. También había manzanilla. Y agua de rosas, una de las favoritas de Amy. Se utilizaba para aliviar la tensión emocional. Amy la había empleado con ella…

–Ya comprendo –dijo en voz alta. La inteligente Amy. La amable Amy. Aquello no sólo era un ofrecimiento de paz, sino un regalo puramente práctico. La manera de recordarle que si quería ayudar a Dominic debía pensar en todo.

Cómo iba a utilizarlo para ayudarlo era totalmente diferente. Sabía que algo tan directo como ofrecerse para hacerle un masaje no sería bien recibido. Ya podía imaginarse acariciando su espalda, su cintura…

«¡Basta!».

Tendría que aproximarse a él de una manera más suave.

Decidió que tenía que pensarlo bien, y continuó mirando el contenido de la cesta.

Lavanda. ¿Había algo para lo que la lavanda no fuera bueno? Y mejorana. Frunció el ceño. Una vez Amy le había regalado un libro sobre aceites esenciales y recordaba que había algo sobre la mejorana. Algo sobre los antiguos egipcios. Recogió todo y se dirigió dentro para

buscarlo.

Sí, eso era.

Los antiguos egipcios lo utilizaban como paliativo para el dolor.

Había cierto toque otoñal en el ambiente. Olor a leña y a margaritas, que habían amanecido cubiertas de escarcha. Era el indicio de que pronto llegaría el invierno.

Dominic no tenía problema alguno al respecto. El invierno no lo disgustaba. Era la primavera, con el esplendor de nuevas vidas, lo que hacía que se le encogiera el corazón.

Mientras se acercaba hasta el cenador para echarle un vistazo, se dio cuenta de que Kay Lovell tenía razón. Desde la distancia, la imagen era pintoresca. Pero de cerca era deprimente. La trepadora se había introducido entre las tablas de madera y con la lluvia se había estropeado la estructura. Dentro, las sillas y el sofá de bambú estaban llenos de moho.

Si él hubiera estado allí, quizá habría podido detener todo aquello. Al pisar el suelo oyó un fuerte crujido y dio un paso atrás. Cuanto antes se demoliera, mejor. Estaba seguro de que Kay conocería a alguien que pudiera hacerlo. Y a alguien que pudiera llevar un contenedor para retirar los escombros. A ese paso, cuando el jardín estuviera terminado habría contratado a medio pueblo.

Al oír que se abría la verja, se volvió y miró el reloj. Era demasiado temprano para que Kay regresara a trabajar y pensó que un cerrojo no era suficiente seguridad para aquella casa.

Sin embargo, no era un intruso. Oyó el dulce murmullo de la voz de Kay y sintió que se le aceleraba el corazón. Rodeó el cenador y vio que no estaba sola.

–Hola, Kay. Otra vez –dijo él. Le dio la sensación de que se había puesto un poco nerviosa al verlo. Igual que le había pasado a él. Afortunadamente, él era el que no se sonrojaba–. Eres como las margaritas: no importa que uno intente deshacerse de ellas, porque siempre vuelven a salir –acababa de firmar un contrato con ella, así que no debía decírselo en serio.

–Llego un poco más temprano, eso es todo. No era mi intención molestarte…

–¿No? –Kay se sintió muy mal. Lo había molestado la tarde que él había regresado a la casa y no había dejado de hacerlo desde entonces–. Ya sé, hay cosas que no pueden esperar.

Ella le echó una gélida mirada.

–De hecho, creía que estarías demasiado ocupado como para darte

cuenta de que estaba aquí –dijo ella.

–Ya he comenzado –señaló una una bolsa llena de revista viejas–. Acabo de parar para comer y tomar un poco de aire fresco –mintió.

–Todo huele un poco a cerrado –admitió ella–, pero Dorothy vendrá poco después de las tres. Sé amable con ella y te dejará la casa limpia y con un buen aroma.

–¿Qué llevas ahí? –preguntó mirando la cesta que ella llevaba en la mano. Era un artista cambiando de tema.

–Hierbas. Esta es tomillo limonero –dijo, indicando una docena de tiestos–. Y esto es mejorana –frotó las hojas y le acercó los dedos para que los oliera. El aroma era limpio pero punzante, pero fueron las manos de Kay lo que más llamó su atención. Se fijó en las uñas bien cuidadas y en el arañazo que se había hecho con la zarza. No era una mano demasiado cuidada, pero la había colocado sobre la suya para darle ánimos.

Aunque no era eso lo que había sentido.

Se había engañado al pensar que la había contratado simplemente porque era la persona adecuada para el trabajo. ¿Qué haría ella si él se acercara, la tomara entre sus brazos y la besara de nuevo?

–Es bastante fuerte –dijo él.

–No te preocupes –le entregó las hojas machacadas y sonrió cuando él las aceptó–. No voy a cobrarte por ellas. Saqué muchos esquejes de la fiesta del verano. Demasiados. Esto es sólo un detalle de buena vecina.

–No tengo un jardín de plantas aromáticas. ¿O sí?

–Según el plano, hay uno enterrado en algún sitio bajo las malas hierbas. ¿O quizá Sara no llegara a plantarlo?

Él negó con la cabeza.

–No lo sé. El jardín era su territorio. Yo tenía que encargarme de mi negocio.

–No importa. Tengo otros planes para todo esto. He pensado que podríamos plantar el tomillo limonero entre las losas de la terraza. Cuando haya quitado las malas hierbas. Huele estupendamente cuando uno las roza al pasar.

–¿No hay muchas cosas que hacer antes de pensar en plantar algo? –preguntó él.

–Nunca es pronto para empezar a pensar en ello. Y cuando el trabajo es duro, y éste lo será, es bueno tener algún objetivo. ¿Conoces a Jim Bates? –dijo ella. Dejó la cesta en la baranda del cenador y se volvió para presentarle a su acompañante. Dominic se percató de que él no era el único a quien se le daba bien cambiar de tema.

Temía que ella estuviera tramando algo.

¿Pero qué?

–Me suena tu cara –dijo él, y extendió la mano para saludar al hombre–. Gracias por echarnos una mano, Jim. ¿Vas a empezar hoy con la hierba?

–Kay me dijo que había que cortarla y pensé que lo mejor sería hacerlo mientras haga este tiempo –dijo él, y sacó la guadaña.

–¿Hay peligro de que llueva? –preguntó Dom mirando miró el cielo despejado.

–Jim guarda un alga junto a la puerta trasera y con ella puede saber qué tiempo hará –explicó Kay–. Nunca falla.

–Así es. Y anoche, la mujer que daba el parte meteorológico en la radio dijo que había un frente adentrándose desde el oeste –dijo, y se dirigió a la otra punta del jardín.

–Kay –dijo Dominic, y se volvió para mirarla. Notó cómo su cuerpo reaccionaba al verla–. Quería saber si entre tus contactos hay alguien que estuviera interesado en demoler esto –Kay miró el cenador y después a él–. No me importa si es hombre o mujer –añadió al ver que ella no contestaba. Kay lo miró sonriente. Sus ojos grises brillaban con el sol y adquirían un tono dorado.

Ella rodeó el cenador y lo observó con atención.

–No, creo que en esta ocasión lo que se necesita es la fuerza masculina.

–¿Quieres decir que es un trabajo que sólo puede hacer un hombre? –insistió él, disfrutando de la cara de asombro que ella ponía.

Su sonrisa sugería que no era exactamente eso lo que quería decir, pero no dijo nada. Al contrario.

–Por supuesto. Y conozco al hombre adecuado. No te vayas. Vuelvo enseguida.

Capítulo Siete

–Kay… –pero antes de que pudiera detenerla ella ya estaba fuera de su vista.

Dominic pensaba que iba a buscar a un hombre musculoso del pueblo, pero cuando la vio llegar con el pelo lleno de telarañas, las mejillas llenas de polvo y una maza grande en la mano, supo que no había tenido tanta suerte.

–Toma –dijo ella. Apoyó la maza junto a sus pies e inclinó el mango hacia él para que no le quedara más remedio que agarrarlo. Dominic deseó haberse quedado dentro de la casa. ¿Es que no comprendía que ordenarle que destruyera algo lleno de buenos recuerdos era muy duro? No podía pretender que lo hiciera él.

Ella esperó.

–Estás tentando la suerte –dijo él–. Lo sabes, ¿verdad?

–Sé que la camisa que llevas es muy cara. Te recomiendo que te pongas algo menos elegante antes de empezar. Algo que también debería hacer yo –se miró la muñeca–. Debería hacer algo con mi reloj –se volvió para marcharse, pero cambió de opinión–. ¿Te importaría quitar esa cesta de ahí antes de empezar? Es vieja, pero me gusta. La terraza es muy soleada, las plantas estarán bien aquí hasta que pueda…

–Tenemos un contrato, Kay. Según las condiciones, todo lo que hay en el jardín es responsabilidad tuya. Tú las has traído, así que tú las cuidas. Después de todo, para eso te pago –ella hizo una mueca, pero él estaba demasiado enfadado como para preocuparse por ello. Tiró el mango de la maza sobre la hierba, enfadado con ella por tener razón, enfadado consigo mismo por haberse metido en esa situación–. Sólo… continua con tu trabajo –añadió Dominic.

Kay se agarró a la barandilla un momento. Estaba temblando.

Iba a ser difícil. Nunca se le había dado bien actuar, pero el asunto de la mejorana lo había pensado bien y había practicado cortando unas hojas y aplastándolas para dárselas a oler a él hasta que pareciera la cosa más natural del mundo.

Por supuesto, la mano no le había temblado al practicar con el gato. Pero Mog tampoco la había mirado con suspicacia, como había hecho Dominic, quien imaginaba que ella tramaba algo.

No importaba. Lo que importaba era que el delicioso aroma a mejorana quedaría impregnado en sus dedos. Habría conseguido su

objetivo. Sólo esperaba que los antiguos egipcios supieran lo que hacían.

Miró la maza, la recogió y la colocó junto a la baranda.

Derrumbar el cenador, un lugar lleno de recuerdos, sería difícil. Incluso pedirle a alguien que lo hiciera por él.

Bueno, no tenían prisa.

Que se enfadara era una buena señal. Había conseguido que cambiara la expresión contenida de sus ojos oscuros. Incluso habían brillado durante un segundo.

Entretanto, como él bien había señalado, tenían un contrato de por medio. Ya era hora de que dejara de intentar arreglar el mundo y comenzara a ganarse la vida.

Dominic cerró las ventanas de la terraza y se apoyó en ellas, como para impedir que ella lo siguiera como lo había hecho antes. Permaneció allí hasta que su respiración volvió a la normalidad. Después, se cubrió el rostro con las manos, como para tratar de olvidar a Kay Lovell.

Un error. Inmediatamente lo asaltó el aroma de la planta que ella le había ofrecido y que él había cometido el error de aceptar.

Maldita sea, necesitaba mantenerse alejado de Kay Lovell. Hacía que se enfadara, y enfadarse no era bueno. La única manera de sobrevivir era cortar por lo sano esa reacción emocional incontrolada… Oyó un ruido detrás de él y se volvió.

Ella estaba en la terraza, subida a una escalera cortando las rosas. Al estirarse, se le levantó la camiseta, de forma que una franja de su piel bronceada quedó al descubierto, como pidiendo que la acariciaran.

Él se volvió de golpe. Kay hacía que se enfadara, pero lo peor era que también hacía que en él afloraran los sentimientos que había tenido dormidos durante mucho tiempo.

–¿Cómo es que no estabas en la tienda esta mañana?

Habían pasado casi dos semanas desde el incidente del cenador, y puesto que él no había hecho nada al respecto y había estado evitándola, Kay decidió recordarle que no podía ignorar el problema y esperar a que desapareciera. Por eso le dejó un montón de folletos que había acumulado en el buzón de Linden Lodge, esperando a provocar algún tipo de reacción. Esperando que se reuniera con ella en el jardín y mirara los diseños que había marcado como posibles sustitutos del

cenador.

La puerta delantera de la casa se abrió antes de que Kay pudiera llegar a su vieja furgoneta.

Ella se volvió despacio, pero no sirvió de mucho. El sonido de su voz había hecho que se le acelerara el corazón, pero al menos le había dado tiempo de respirar hondo antes de verlo junto a la puerta.

–¿Perdona? –preguntó Kay.

–Es viernes.

–El día después del jueves –dijo ella–. Como todas las semanas.

–Es uno de los días en los que trabajas en la tienda –dijo él–. Pero esta mañana no estabas.

–Y ahora tampoco estoy allí –dijo ella, sorprendida de que él recordara qué días trabajaba–. He tenido que recortar mi horario –dijo ella–. ¿Querías hablar conmigo? Podías haberme llamado a casa.

O haber hablado con ella cuando la vio en The Feathers, la noche que invitó a Jim Bates a la cerveza que le debía.

O cualquier otra tarde, mientras estaba trabajando. Pero él siempre había estado ausente. Kay esperaba que hubiera estado ocupado limpiando el pasado, preparándose para el futuro. Sin embargo, por lo que le había contado Dorothy, parecía que ése no era el caso.

–¿Está mejorando el negocio? –preguntó él.

–Sí. Sobre todo gracias a ti. Mira, lo siento, ahora no puedo pararme a hablar. Tengo que ir al banco –señaló la furgoneta–. Como verás, si quiero causar buena impresión a futuros clientes, necesito mejorar mi medio de transporte –no le comentó que esperaba obtener un crédito con su contrato–. ¿Por qué no le echas un vistazo a esos catálogos? Hay cenadores de todas las formas y tamaños. Si necesitas ayuda para decidirte, puedo verlos contigo esta tarde.

–Espera –dijo él, mientras ella se disponía a abrir la furgoneta–. Yo también voy al pueblo. Podemos hablar por el camino. Iremos en mi coche.

–Oh, pero…

–Insisto –dijo él.

–De veras, esto no es… –se sobresaltó al sentir que él colocaba la mano sobre su espalda y la guiaba hasta el garaje.

–Mi bolsa. Mi agenda de negocios… –protestó ella.

Él hizo una pausa, el tiempo justo para recoger las cosas de Kay. Ella miró hacia la furgoneta.

–No la he cerrado y la llave está en el contacto.

–Si tienes suerte, alguien te la robará –contestó él, y abrió la puerta de su deportivo–. Pero yo no tendría muchas esperanzas.

–¡No! Me encanta ese cacharro –dijo ella, y se acomodó en el

asiento de cuero. Dominic la miró con escepticismo–. De acuerdo, a lo mejor exagero, pero lo necesito. Me va a costar convencer al banco, y eso sin decirles que necesito dos furgonetas nuevas. Nuevas pero de segunda mano. Y parece que esté peor de lo que está. Pasó la inspección técnica hace sólo un mes.

–¿Dos?

–Wayne, uno de los chicos del pueblo, va a trabajar para mí cortando el césped hasta finales de octubre. La rutina de siempre.

–¿Es de confianza?

–Aprendió algo de jardinería durante el tiempo que estuvo haciendo servicios comunitarios el año pasado…

–¿Servicio comunitario? Estupendo. ¿Qué había hecho?

–Nada malo –ella había hecho algo peor–. Si funciona, veré si consigo que haga algún curso y obtenga un título.

–¿Y si no?

–Por lo menos se mantendrá alejado de la calle. Y dejará de molestar a su madre durante algunas semanas.

–Te gusta vivir peligrosamente, ¿no?

–Wayne no es peligroso. Ni siquiera es malo. Sólo necesitaba que alguien le diera una oportunidad –Dominic se subió al coche y arrancó sin decir palabra. Kay lo miró, pero deseó no haberlo hecho. Aquello era peligroso. Había hecho todo lo posible para no pensar en Dominic Ravenscar y, estar con él dentro de un espacio cerrado no la ayudaba mucho. De pronto, sólo podía pensar en él. En cómo su boca había rozado sus labios, en su torso desnudo, el tacto de su piel. Invadida por el deseo, se volvió antes de que él pudiera ver su cara–. En serio, es un buen chico. Sólo necesita tiempo. Como todos.

Dominic se abrochó el cinturón.

–¿Y que hagan con él lo mismo que los Hallam hicieron contigo?

Ella se quedó de piedra. ¿Con quién había hablado Dominic?

–No te consideraba un cotilla, Dominic.

–No lo soy. Pero la gente habla.

–¿Dorothy?

–Tengo que agradecerte que me la hayas recomendado –dijo él, sin confirmar si había sido ella la que le había contado la historia. Daba igual. Todo el pueblo sabía lo sucedido–. Es maravillosa.

–Tienes mucha suerte de que trabaje para ti. Sólo trabaja cuando quiere y con quien quiere.

–Aunque tiene una curiosa adicción al popurrí.

¡Maldita sea! ¿Se habría dado cuenta de que el aroma a bergamota tenía algo que ver con ella?

–Para las polillas, supongo –dijo ella–. Para ahuyentarlas, claro.

Espero que no la hayas ofendido tirándolo a la basura.

–No, intento contenerme para no ofender a más de una mujer cada vez. Ha hecho un gran trabajo limpiando la casa y haciendo que recuperara el olor que… –dudó un instante–, debía tener.

–Es una mujer estupenda. Sólo tiene que entrar en una habitación con el plumero para que se rinda a sus pies. Sin embargo, he oído que tú no estás teniendo el mismo éxito –se aventuró a decir–. La casa está limpia pero, ¿los armarios siguen llenos de cosas? La gente habla.

–Dorothy no. Es muy discreta. Da igual lo que la presione para que me cuente lo del padre de Polly, ella sólo me habla del concurso que se celebra en el pub. Y cómo su equipo va a ganar otra vez este año.

–Está bien, sólo era una suposición.

–Y por supuesto, tienes razón. Pero ¿qué se puede hacer con la ropa de la persona que has amado? ¿Meterla en una bolsa de plástico y dársela al primero que llame a la puerta para que la venda? ¿Y que la amontonen en el suelo para que la gente rebusque? Vamos, eso no es fácil para nadie.

–Lo siento –dijo ella–. Nunca he tenido que enfrentarme a algo parecido. Debe de ser muy difícil.

–Difícil. Ésa es una buena palabra. ¿A qué banco tienes que ir? –antes de que ella pudiera contestar, Dominic se había bajado del coche y le estaba ofreciendo la mano para ayudarla a salir. Ella se quedó confusa. Sabía lo mucho que la alteraba tocarlo. Por otro lado, no tenía práctica en salir de un coche deportivo con zapatos de tacón. Aceptó su mano y, en un instante, estaba de pie sobre el asfalto–. ¿Dónde quieres que quedemos? –preguntó él, sin soltarle la mano.

Ella tragó saliva. Ésa no era la manera de prepararse para ir a pedir un crédito. Necesitaba estar tranquila, centrada. Pensó en la posibilidad de decirle que no la esperara, que tomaría el autobús de regreso a casa.

–Hay un café a la vuelta de la esquina –sugirió.

–Lo conozco. ¿Una hora será suficiente?

–Eso espero. No sé tantas cosas como para mantener a un empleado de banco entretenido más de diez minutos.

–Entonces, espero que él…

–Ella.

–Que ella sepa lo suficiente como para entretenerte más tiempo, porque si no tendréis un problema. Tómate tu tiempo. Te esperaré –y antes de soltarle la mano, le dio un beso en la mejilla.

Kay se estremeció. El aroma de su cuerpo hizo que se le acelerara el corazón y se quedara sin respiración. Sin embargo, él no se percató de lo que sucedía porque dio un paso atrás y se despidió con

brusquedad.

–Buena suerte, Kay.

Kay trató de contestar:

–Gracias, Dominic –pero de su boca no salió ningún sonido.

Dominic la vio subir las escaleras del banco. Tenía un aspecto tan diferente con el cabello recogido, maquillaje y el traje de chaqueta negro que llevaba… Y por si no fuera suficiente, también se había puesto zapatos de tacón.

Estaba muy sexy.

Pero le gustaba más cuando llevaba el pelo desordenado. Al besarla en la mejilla y sentir el aroma de su piel, deseó quitarle las horquillas para soltarle la melena.

Tampoco necesitaba maquillaje. Ni perfume.

En realidad, le parecía que estaba muy sexy vestida con ropa de trabajo. Ése era uno de los motivos por los que se había mantenido alejado de ella desde el incidente del cenador.

Sin embargo, no había sido capaz de no ir a la tienda del pueblo los días en que ella trabajaba e incluso había ido al pub con la excusa de invitar a una cerveza a Jim Bates.

Por eso, aquel día, cuando fue a la tienda del pueblo para enviar unas cartas y vio que ella no estaba detrás del mostrador, decidió que era hora de dejar de engañarse a sí mismo y admitir que no podía dejar de pensar en ella. Quizá por eso le resultaba tan difícil retirar las cosas de Sara.

Se sentía paralizado por un sentimiento de culpabilidad.

Pero ese sentimiento no le había impedido abrir la puerta cuando vio el buzón lleno de catálogos de cenadores y supo que había sido ella. Esperaba encontrarla vestida como todos los días, pero cuando la vio tan elegante dijo la primera tontería que se le ocurrió. Que él también tenía que ir al pueblo.

No podía soportar la idea de que se alejara de él. Entonces, por algún motivo, se encontró hablando de Sara cuando sólo quería hablar de ella…

Un agente de tráfico se acercó hasta él y le dijo:

–Si yo fuera usted no me quedaría aquí, a no ser que quiera que le pongan un cepo al coche.

Una vez en la cafetería, Kay dejó la carpeta que llevaba sobre la mesa y se sentó frente a Dominic antes de que él tuviera tiempo de ponerse en pie.

–Bueno, habría sido más productivo que empleara la mañana cavando el huerto.

–¿Té o café? –preguntó él, y miró a la camarera para que se acercara.

Kay miró a Dominic y se fijó en sus ojos y en su cabello oscuro.

–Quiero un café con sirope de avellana y nata montada –dijo ella–. Y también tomaré doble porción de esa tarta de chocolate que está de muerte –¿y por qué había tenido que elegir justo esa?–. ¿Por qué no me matas aquí mismo? Sácame de este mundo cruel.

–Creo que me gustaría más que te tomaras una ración doble de nata montada con la tarta de chocolate. Tardarás más en morir, pero la disfrutarás más.

–Lo siento de veras.

–No lo hagas. Y por favor, no te lo pienses dos veces a la hora de elegir tu comida preferida. No lo soportaría.

–¿No?

–No –sonrió–. ¿De veras quieres doble porción?

Ella lo miró. A pesar de haberse pasado una hora con una mujer sin sentido del humor y que pensaba que su negocio tenía pocas posibilidades, estaba riéndose.

–Tienes miedo de que vomite en tu precioso coche.

–Olvídate del coche. No quiero que tus arterias pesen sobre mi conciencia.

–Está bien. No lo decía en serio. Si me como todo eso se me saltarán los botones de la falda. Y no es mía. Bastará con un café solo –él no parecía convencido–. En serio.

Dominic asintió a la camarera y dijo:

–Me temo que no te ha ido bien.

–Eso es poco. Incluso me tomé la molestia de pedirle prestado el traje a Amy. Es el que ella se pone para las reuniones de la junta. Pero no sirvió para impresionar a la empleada.

–Yo sí estoy impresionado –contestó él.

–¿De veras? Eres muy amable, pero está claro que la señora Harding no sabe diferenciar un Armani de…

–¿Una aspidistra?

–Eh, soy yo quien hace pésimas bromas.

–Lo siento. Pensé que debía ayudarte, ya que estás intentando dejarlo –levantó las manos como gesto de rendición–. Bueno, cuéntame, ¿qué ha ocurrido?

–No la han impresionado nada mis planes de negocio.

–¿Puedo verlos?

Ella señaló la carpeta que había dejado sobre la mesa.

–Olvídate de mi talento, de mis conocimientos, del hecho de que tengo más trabajo del que puedo desempeñar sin ayuda. Lo único que le interesaba era mi «colateral». Enseguida capté el mensaje de que puesto que no soy propietaria de la casa donde vivo, no tengo ninguna posesión con la que puedan quedarse. Y como mis expectativas son un poco ambiciosas, no están deseando dejarme el dinero.

Él levantó la vista de los papeles.

–¿Te ha dicho claramente que no?

–¿A la cara? Por favor. Ha utilizado la excusa de que tiene que comentarlo con sus colegas. Dijo que me darían la respuesta a su debido tiempo. Le dije que no se molestara. Que ya había causado demasiado daño ecológico rellenando todo el formulario de solicitud y desarrollando el plan y que no quería que pesaran más árboles sobre mi conciencia.

–Que no fuera comprensiva, no significa que no vaya a prestarte el dinero. A lo mejor necesita que alguien con más autoridad apruebe que corran el riesgo, puesto que el único respaldo que tienes es tu entusiasmo y tu valentía. Créeme, si saben lo que están haciendo, no infravalorarán esas dos cosas.

Ella se quejó, agachó la cabeza y la golpeó contra la mesa.

–Lo he estropeado todo, ¿verdad?

–De todo se aprende. Prueba en otro banco.

–¿Para qué? Es culpa mía. Me he aferrado a la seguridad laboral que me proporciona la tienda en lugar de dedicarme de lleno a mi negocio. Si no confío yo en mi propio negocio ¿por qué van a confiar ellos?

–Ahora vas a dedicarte a ello. Wayne puede utilizar la furgoneta por las tardes, ¿no es así? No la necesitarás mientras trabajes en mi jardín. Ése es un comienzo.

–Sí, supongo que sí. Y también puede utilizarla los jueves por la mañana.

–¿Los jueves por la mañana?

–Es el día del jubilado. Correos está lleno y en la tienda no se da abasto… –él no ocultó su sonrisa, y ella captó el mensaje–. ¡Maldita sea! Nunca seré una ejecutiva ocupándome de la jardinería, ¿verdad?

–¿Quieres llegar a ser una ejecutiva?

–Sería estupendo no tener que preocuparme por el dinero. Eso es lo que hacen los ejecutivos, ¿no?

–Más o menos.

–En ese caso, no quiero serlo. Sólo quiero que Polly tenga seguridad.

–Es una buena ambición. No la abandones. A lo mejor sí que

puedes obtener una de esas ayudas de las que te habló tu consejera legal. Hay una para jóvenes empresarios, ¿verdad?

–Yo no soy joven.

–Eso es cuestión de opiniones. Creo que eres lo bastante joven para optar a una de esas ayudas. Quizá sea tu mejor apuesta.

–Parece que sabes mucho de todo esto. Dime, ¿a qué te dedicabas antes de decidirte a organizar programas de vacunación?

–Me has pillado, señorita Lovell. Era consejero financiero.

–No como… –se calló a tiempo–. Olvídate de lo que he dicho. Por favor, olvídate de que he sido tan estúpida como para pensar eso. Además, si hubieras sido como ella, no habrías sido capaz de comprar Linden Lodge.

–No.

–Olvida que te he hecho esa pregunta. He sido maleducada y entrometida.

–Es de conocimiento público.

–¿Sí?

–Lo único que tienes que hacer es poner mi nombre en un buscador de Internet y presionar el botón mágico.

–No. Eso sería cotillear.

–¿Eso crees? Alguien ha debido investigar mi pasado para saber exactamente lo que estaba haciendo. Estoy seguro de que ha habido muchos rumores sobre las parcelas en la tienda del pueblo. Montones de chismorreos a la hora del té.

–No… –dijo ella, pero se sonrojó–. Bueno, quizá un poco. La gente se pregunta qué vas a hacer. Eso es todo. Si vas a quedarte. Si vas a vender…

–¿Y qué les has dicho?

–Que estoy demasiado ocupada con el jardín como para interrogarte sobre sus planes. Incluso suponiendo que me dieras la oportunidad. Alguien más sensible quizá pensara que me has estado evitando.

–No quería que pensaras que te estaba controlando.

–No querías que te insistiera sobre el cenador –dijo ella.

–¿Siempre dices lo que piensas?

–Creo que evita malentendidos. Ofuscación.

–¿Y con qué frecuencia utilizas esa palabra en conversaciones normales? –preguntó–. Sólo por esa proeza, te mereces que alguien te de información.

Capítulo Ocho

–Pues empieza –le dijo Kay.

De acuerdo, él estaba evitando el tema. Otra vez. Pero ella ya le había dejado claro que no podía ocultarlo para siempre y se mentiría si negaba que sentía curiosidad por todo lo que Dominic había hecho en su vida.

Además, hablar sobre sí mismo le sentaría bien.

Dio un sorbo de café y esperó.

–Creé un programa de software cuando estaba en la universidad. No tenía dinero, tenía hambre y estaba en números rojos. Ya sabes cómo es eso. Mi familia hizo lo que pudo, pero tampoco tenían mucho dinero. Básicamente, estaba solo.

–¿No te gustaba servir cerveza en el pub, o rellenar estanterías en el supermercado?

–¿Has intentado conseguir alguno de esos trabajos en una ciudad universitaria?

–Diez candidatos por puesto, ¿no?

–Y muchos más. Así que utilicé todo mi cerebro para diseñar un programa por el que me pagaron algunas libras. Me sirvió para mantener alejado al lobo y lo agradecí. Después descubrí por cuánto lo comercializaron y sentí que me habían timado. Fue entonces cuando descubrí que el contrato que firmé les otorgaba todos los derechos. Mundiales. Para siempre.

–Pero eso es terrible. ¿No pudiste hacer nada?

–Nadie me había obligado a firmar. Dejaron un cheque sobre la mesa y yo firmé sin leer el contrato correctamente. De lo único que podía quejarme era de que no me hubieran avisado de que debía hablar con un abogado primero. Pero, ¿por qué iban a hacerlo? No era su trabajo. Era mi responsabilidad.

–Aun así, me parece horrible.

–Bueno, puede, pero cuanto más dura sea la lección, antes se aprende, y a la larga me hicieron un favor.

–Ésa es una actitud muy curiosa.

–Hay un viejo refrán que dice: «si alguien te engaña una vez, los culpables son ellos… si te engañan dos veces, el culpable eres tú». Pronto descubrí que no era el único estudiante al que había engañado un inteligente hombre de negocios y, puesto que ya lo sabía, decidí que no quería pasarme el resto de mi vida sentado en un despacho creando programas informáticos, y me cambié a Empresariales. Cuando me gradué ya tenía mi propia empresa en marcha.

–Con la teoría de «si no puedes vencerlos, únete a ellos».

–Con la teoría de que uno puede vencerlos. Sólo se necesita a alguien que te ayude. Mi empresa se creó para proteger a los inocentes. Una empresa para aconsejar, para que quienes querían montar su propia empresa pudieran tener capital y para revisar los contratos de los que sólo querían vender sus ideas –sonrió–. Había otra gente que hacía lo mismo, por supuesto. Se llaman abogados. Pero son muy caros. Mis genios eran jóvenes, tenían ideas, pero no dinero, así que compartía el riesgo con ellos y les cobraba un pequeño porcentaje de los beneficios futuros. Dormí en el suelo del despacho durante la mayor parte del año, pero incluso una pequeña parte de los millones empieza a acumularse pronto.

–¿Qué ocurrió con la empresa cuando…? –se calló de golpe.

–¿Cuando Sara murió y a mi dejó de importarme todo? –preguntó, y se encogió de hombros–. Todavía está en marcha, pero mis beneficios se destinan a una sociedad benéfica.

–Sí que te importa. Sólo que no te gusta que la gente lo sepa. La sociedad benéfica es la que financia los proyectos que desarrollabas, ¿no es así? –no esperó su respuesta–. No debería quejarme, ¿verdad? Estoy mucho mejor comparada con la gente que tú ayudas.

–Sí, así es. Pero no te estás quejando, estás frustrada porque tienes un sueño y no ves cómo puedes hacerlo realidad. Pero no abandonarás. No eres ese tipo de persona.

–Eso es cierto –dijo ella–. Cuando me propongo algo, nunca abandono.

–No será fácil, Kay –le advirtió–. Lo que tienes que recordar es que cuando uno consigue que su sueño se haga realidad, también se hace realidad para otra gente. Gente como Wayne, que necesita que alguien como tú crea en ellos. Tu éxito será positivo.

–Habría sido así si no me hubiera comportado como una estúpida –se terminó el café–. Gracias por permitir que me queje, pero creo que ahora debería irme a casa y hacer algo útil.

–Eres demasiado dura contigo misma. Quedémonos a comer aquí.

–¿A comer?

–Trazaremos una estrategia para que tengas éxito –agarró la carta que había sobre la mesa y comenzó a leer los platos del día.

–Todos suenan estupendamente, pero no puedo comer mucho y pasar la tarde agachada en tu jardín. Y por cierto, si no nos vamos voy a llegar… –¡no! Tenía que dejar de pensar en ella. Se suponía que era a él a quien tenía que ayudar.

–¿Vas a llegar…?

–Tarde –dijo ella, y se echó hacia delante con tono conspirador–.

Resulta que tengo un cliente cruel, y si no estoy allí a la una y cuarto en punto dispuesta a dejarme la piel durante dos horas, él…

–¿Él, qué? –dijo con media sonrisa.

–Nada. Es el mejor cliente que he tenido nunca. Nunca me vigila para asegurarse de que no estoy vagueando. Nunca me hace perder el tiempo haciendo que escuche sus deseos y después se queja de que no he hecho nada que justifique la suma de dinero que me paga.

–¿Y este cliente estupendo nunca te ha dado una tarde libre para salir a comer?

–¿Qué clase de mujer de negocios se toma la tarde libre sólo porque alguien la haya invitado a comer, señor Ravenscar?

–La misma que recibe consejos de manera gratuita. Puedes recuperar las horas el fin de semana, si es lo que te preocupa. Lleva a Polly contigo y yo observaré cómo hace guirnaldas de margaritas mientras tú te dejas la piel.

–Bueno, supongo que podría hacer eso. Pero con una condición.

–¿Condición? Te invito a comer. Hago todo lo posible para que aceptes, incluso cambiando los términos del contrato, ¿y quieres poner condiciones?

–No. Tienes razón. Es ridículo. Está fuera de lugar. Comer me sentará bien. Algo ligero, eso sí. Un sándwich, quizá.

La camarera pasó con un bocadillo de beicon, lechuga y tomate y unas patatas fritas. Ella la siguió con la mirada.

–¿Esa es tu idea de algo ligero? –le preguntó él con una sonrisa.

–Por otro lado, quizá la pasta sea mejor opción.

–Yo tomaré lo mismo –la camarera se acercó a tomar nota y cuando se marchó, Dominic le dijo a Kay–: Está bien, es tu turno.

–¿Mi turno? ¿Mi turno para qué?

–Para contarme el momento en que cambió tu vida. ¿Qué ocurrió con el padre de Polly?

–¿Por qué quieres saber sobre él?

–No es eso. Quiero saber sobre ti –le tomó la mano y le acarició el dedo anular–. ¿Os casasteis?

–No, no estuvimos casados –contestó riendo.

No dijo nada más, así que Dominic esperó a que continuara. Kay sabía que ese momento llegaría tarde o temprano y se había prometido que no evitaría el tema. Pensaba que si se abría y le contaba su historia a Dominic, él haría lo mismo con ella. ¿Pero estaba preparada para correr el riesgo? Quizá él se marchara disgustado. ¿Podría soportarlo?

–No estuvimos casados –repitió–. Ambos seguíamos en el instituto –al ver que él arqueaba las cejas, añadió–: Tenía dieciocho años –era

mayor de edad, pero la única mujer virgen del instituto–. Era una chica que había pasado de tener un comienzo terrible en la vida a ganar una beca para un instituto público y a tener la posibilidad de acceder a una plaza en Oxford. Lo único que tenía que hacer era cumplir mi promesa y obtener las notas adecuadas el verano siguiente. Era la típica niña mimada del profesor.

–Pero las hormonas no pueden controlarse –dijo él con expresión seria.

–Se puede contar con que siempre te dejan mal. Sobre todo cuando un amor de juventud se mete por medio –dijo ella, mientras jugueteaba con la cucharilla de café.

–¿Cómo se llamaba?

–Alexander. Aunque todo el mundo lo llamaba Sasha. Su abuela era rusa.

–Un tipo interesante.

–¿Tienes idea de lo que estás diciendo? Aquel chico era un dios. Adonis personificado.

–Conozco esa clase de hombres –dijo él.

–Sí, bueno, no era de la clase de chicos que yo frecuentaba. Yo era la empollona de la clase, el tipo de chica en la que ellos no se fijaban. Una extraña sin ropa de marca. Sin dinero, sin familia y sin propiedades.

–¿No tienes propiedades? Bueno, comprendo que eso sea duro – dijo él.

–¿Duro? No tienes ni idea. Mi madre no me quería y, suponiendo que supiera quién era mi padre, sólo lo conocí por su ausencia. Lo único que tuve fue una serie de madres de acogida, algunas buenas, otras normales y otras odiosas. Mi única posesión era mi cerebro. E incluso así, llegó el día en que Sasha decidió encandilarme.

–Lo siento, no había comprendido. Pensaba que… –no terminó la frase. Ambos sabían lo que él había pensado. Creía que era una niña snob que había despreciado a sus padres por no ser ricos, como los de los demás–. Debiste de haberte sentido muy sola.

Su tono de voz era amable, así que ella lo miró a los ojos. Él no intentó ocultar su compasión.

Kay tuvo que contener las lágrimas. Apretó los dientes y tragó saliva.

–Sí, bueno –dijo ella–, si hubiera sido una de esas chicas que tenían dieciocho pero parecían de treinta, y que se reían de las insensateces de las demás, habría comprendido lo que sucedía. Con mi inocencia, nunca se me ocurrió que él estuviera trabajándose a todas las chicas de nuestro curso, honrando a cada una de nosotras con la oportunidad

de experimentar su magia –Dominic masculló algo en voz baja, pero cuando ella lo miró, negó con la cabeza–. Era un juego. Todas lo sabían, y se lo tomaban como algo divertido. Yo pensaba que todo lo que decía era en serio. Después, cuando le dije que estaba embarazada, suspiró y me dijo que debería haber hecho caso de su primera intuición y haberme dejado en paz, pero que las otras chicas le habían dicho que no era justo dejarme fuera del juego sólo porque fuera una pazguata. Me estaba haciendo un favor, por el amor de Dios. Pensaba que era inteligente. Me dijo que me las arreglara sola.

–¿Que te las arreglaras? ¿Esperaba que te deshicieras del bebé? –preguntó horrorizado.

–Yo no esperaba que hiciera de padre. Enseguida me di cuenta de que había sido idiota. Pero esperaba que actuara como un caballero. Creía que todas esas cosas sobre el honor y la decencia que nos enseñaban en la escuela servían para algo. Patético, ¿verdad?

–Lo que es patético es que te dejara embarazada. ¿No habías oído hablar del sexo seguro? Imagino que todas las demás insistirían en utilizar protección, ¿no?

–El preservativo se rompió. A él no pareció importarle. Yo era virgen. No suponía peligro para él… Mencionó algo de ir a ver a la supervisora. Dijo que ella lo solucionaría, pero yo preferiría morir antes que admitir ante cualquiera lo idiota que había sido. No se lo conté a nadie, me negué a admitirlo. Por desgracia, el embarazo es algo serio y no se pueden ocultar las náuseas matinales cuando una vive en habitaciones compartidas con otras chicas. Cuando alguien se lo contó a la supervisora, no sólo se quejó de que hubiera mantenido relaciones sin protección, sino de que además hubiera sido tan estúpida como para no pedirle la píldora del día después.

–¿Qué tipo de institución era ésa?

–No la culpes. Estaba a cargo de un internado mixto. Un lugar lleno de hormonas revolucionadas. Se enfrentaba a la realidad.

–¿Y qué pasó después? Sospecho que no era el tipo de sitio donde las chicas pueden continuar con su educación disponiendo además de tiempo libre para visitar al médico antes del parto.

–La supervisora me concertó una cita con una clínica privada donde practicaban abortos.

–Estupendo.

–No, estaba recibiendo el mismo trato que las chicas cuyos padres pagaban grandes sumas para mandar a sus hijas al colegio. No me discriminaron porque fuera una becaria que había pasado los primeros doce años de un lado a otro. Es más, así era mejor para mí. No tenía padres que pudieran pagarme el aborto. Recibía un trato especial

porque era becaria, alguien a quien habían sacado de la miseria y le habían dado una oportunidad. Yo iba a dar más prestigio a la escuela, era la prueba viviente de su altruismo –tenía la boca seca. Hacía mucho tiempo que no hablaba de ello, que no pensaba en ello–. ¿Crees que podrías conseguir un poco de agua?

Dominic se sentía muy mal. Su intención no era que Kay removiera sus malos recuerdos sólo para satisfacer su curiosidad. Deseaba abrazarla y decirle que pensaba que era maravillosa. Deseaba estar en un lugar privado donde poder hacerlo. Pero lo único que podía hacer era conseguir el agua que ella le había pedido, así que se levantó y se acercó a la barra.

–Lo siento, Kay –le dijo mientras ella bebía–. Mi intención no era hacerte pasar por esto.

Pero ella siguió hablando como si no lo hubiera oído. O como si no pudiera parar.

–Cuando me negué a abortar, me lo dejaron bien claro. O abortaba, o me iba.

–¿Y el chico?

–Aparte de que la gente arqueara las cejas ante el hecho de que el heredero de un título de conde ya no me hiciera caso, le ocurrió poco más –trató de sonreír–. Por supuesto, se lo contaron a su familia, para que estuvieran preparados para enfrentarse a las repercusiones legales, como el mantenimiento de la criatura –se encogió de hombros–. A lo mejor le consiguieron unos preservativos mejores –al ver la expresión del rostro de Dominic, Kay dijo–: Imagino que te preguntarás por qué estoy viviendo gracias a la cortesía de los Hallam en lugar de a la cortesía de su familia.

–Más o menos –admitió él.

–Me castigaron en mi habitación hasta que decidieron lo que sería mejor. Una de las chicas me dijo que el conde había acudido al colegio en persona y que estaba reunido con el director. Yo tenía miedo de que presionara para que me deshiciera del bebé. Si era un chico… –se calló y permitió que Dominic sacara su propia conclusión.

–Ya. En aquellos tiempos, habría estropeado la posibilidad de que el heredero legítimo obtuviera el título. ¿Qué pasó entonces?

–Me escapé.

–¿Te escapaste? ¿Dónde?

–Me escapé.

–¿Y tus estudios? ¿La plaza de Oxford?

–Imaginaba que en Oxford no estarían interesados en tener una madre soltera. A lo mejor fui demasiado dura con ellos, pero no podía pensar con claridad, y supongo que podría haber ido a otro sitio, pero

eso significaba que el bebé habría tenido que quedarse con un tutor. O a lo mejor habría terminado en una casa de acogida. La historia se repetiría y yo no podía permitir que eso sucediera… –él le agarró la mano para tranquilizarla–. No me costó mucho encontrar un trabajo de oficina. Después, una trabajadora social se puso en contacto conmigo. Alguien me había estado buscando y me encontraron sin problemas. Empezó a preguntarme qué iba a hacer cuando naciera el bebé. Me dijo que era inteligente y que podía llegar lejos. Que a lo mejor podía pensar en dar a la criatura en adopción. Eso me asustó tanto que volví a escapar. Empecé a imaginar que me seguían y me volví paranoica pensando que podían secuestrarme para quitarme al bebé. Que alguien lo adoptaría y nunca más volvería a verlo. No me atrevía a buscar trabajo. El poco dinero que tenía se agotó enseguida y comencé a dormir en la calle. Pedía para sobrevivir. Mirando atrás, me doy cuenta de lo estúpida que fui. Estoy segura de que lo único que querían hacer era ayudarme. Pero no me comportaba de manera racional. Tuve una crisis emocional.

–Me pregunto cómo habría sobrevivido tu amor de juventud si hubiera tenido que pasar por lo mismo. Solo, abandonado…

–¿Embarazado? –sonrió por fin–. Gracias. Es un comentario que alegra el corazón.

–Sobreviviste. Saliste adelante. Eso sí que alegra el corazón. ¿Pero cómo diablos llegaste hasta aquí?

–Un policía me encontró cuando estaba de parto, cuando ya no podía huir. Nadie se dio cuenta de que estaba en plena crisis emocional. Sentía dolores y no decía nada con sentido. Me limpiaron, me llevaron al hospital y dejaron que la Seguridad Social se ocupara de mí. Estaba en la cama, medio dormida, con mi hija recién nacida en la cuna de al lado, cuando escuché la voz de un hombre. Estaba preguntando por la mujer que la policía había llevado al hospital. Preguntaba por Katie Lovell.

–¿Katie?

–Katherine, Katie, Kay. Cuanto mayor me hago más corto se convierte mi nombre… No esperé a ver quién era. Se habían llevado mi ropa, pero agarré la de la taquilla de al lado, y también algo de dinero. No sabía a quién pertenecía, pero me daba igual –se estremeció al pensar lo que había hecho–. Hoy día hay más seguridad. No habría podido escapar con un bebé recién nacido con tanta facilidad.

–¿Dónde…? –llegó la comida y Dominic se vio obligado a soltarle la mano. La camarera se aseguró de que no les faltara nada, pero él no estaba interesado en la comida–. ¿Dónde fuiste? –preguntó,

asombrado por su coraje.

–A casa de tía Lucy. No es familia mía, pero todo el mundo la llama así. Ha criado a montones de niños durante años. A mí me enviaron a vivir con ella durante una semana antes de que me dieran la beca. Se encargó de mi uniforme y de que tuviera un corte de pelo decente. De que supiera utilizar toda la cubertería. Era encantadora y nunca olvidaré lo bien que se portó conmigo. Pensé que si conseguía dejarle a mi niña, ella buscaría a alguien que la acogiera, cuidara de ella o incluso la adoptara. De pronto, el peor de mis temores se había convertido en mi única solución.

–¿Y tú?

–¿Yo? No importaba. Sólo importaba el bebé –le temblaba la voz. Se miraron un instante–. Dejé a Polly en el escalón de su puerta con una nota en la que le decía lo que quería que hiciera. No la firmé. Sólo puse mi inicial.

–K.

–Lucy no tenía ni idea de quién era, pero al final me encontraron.

–Todo eso pertenece al pasado. Creo que eres una Katherine con todas las letras –ella se sonrojó. A Dominic le encantaba que después de todo lo que había pasado todavía pudiera sonrojarse al oír un cumplido. O quizá fuera por todo lo que había pasado–. Entonces, ¿cómo te encontraron? ¿Cómo te reuniste con Polly?

–Estaba a miles de kilómetros de distancia cuando se me ocurrió pensar que, a lo mejor, Lucy no había hecho lo que le pedí. Que quizá no hubiera tenido más remedio que contactar con los servicios sociales, y que entonces publicarían una orden de búsqueda para la madre. Saldría en los periódicos. Intenté regresar antes de que encontraran a mi hija, pero me había asegurado de que la encontraran enseguida. Entonces tuve que intentar descubrir dónde estaba.

Agarró el tenedor y jugó con un poco de pasta.

–¿Y?

–Ella había hecho lo que le pedí y había llevado a mi hija a casa de Amy y Jake Hallam. Arriesgándose. Ella había cuidado de Jake cuando era un chico malo –sonrió–. No siempre fue el hombre encantador de ahora.

–¿Eso es cierto?

–Ellos ya tenían tres hijos, pero Amy siempre había deseado una niña. Era la solución perfecta.

–No podían decir que era de ellos, Kay. Nadie puede hacer eso. Existen unas leyes…

–Tienen mucho dinero. Mucho poder. Y mucho amor para dar. No creo que nadie les hubiera dicho que el bebé no podía quedarse en esa

casa, con un padre, una madre y una niñera que se asegurarían de que no le faltara nada. No hay docenas de casas de acogida esperando a que les llegue un bebé.

–Si lo pones así…

–No habría sido fácil, pero podrían haberlo hecho. Pero Amy también es madre. Sabía que yo estaba en un lío, que necesitaba ayuda y que no iría lejos –pestañeó y una lágrima cayó sobre el plato–. Quería tener una hija y podía haberse quedado con la mía, Dominic. Pero Jake y ella me encontraron y me la devolvieron –cayó otra lágrima–. También me devolvieron la vida –le temblaba tanto la mano que se le cayó el tenedor en el plato. Dominic se acercó a ella para abrazarla y susurrarle palabras tranquilizadoras al oído. Palabras que no decía desde hacía muchos años y que temía que no pudieran sacarla de sus recuerdos. Pero cuando ella lo miró, a pesar de que seguía teniendo lágrimas en los ojos, había recuperado el control–. Lo siento, Dominic, creo que no puedo comer nada ahora mismo.

–No –él también sentía un nudo en la garganta–. Vámonos a casa. No soy buen cocinero, pero puedo abrir un par de latas de sopa –seguía abrazándola. No quería soltarla–. ¿Vamos?

–Vale.

Dominic sacó la cartera y dejó un par de billetes sobre la mesa antes de guiar a Kay hasta la puerta.

–Esa fue la primera tienda que abrió Amy –dijo ella señalando el establecimiento mientras caminaban por la acera.

Él deseaba agarrarla de la mano, pero parecía que ella quería mantener la distancia y una conversación normal.

–«Levanta el ánimo»… –Dominic leyó el nombre en una cesta que había en el escaparate y que contenía aceites esenciales. Al instante recordó el popurrí con el que Dorothy había ambientado la casa. Pensó en el hecho de que las tres mujeres fueran amigas, y en que Amy y Katherine eran mucho más que eso. Recordó que ella había plantado hierbas aromáticas en su jardín y que desde entonces, el aroma del tomillo y la mejorana lo seguían a todas partes. ¿Cómo habían afectado a su ánimo?

–Ahora tiene una tienda en cada pueblo del país –añadió ella.

–A lo mejor puedes seguir sus pasos –dijo él. Ella lo miró–. Las margaritas se extienden por todos sitios ¿no? Con tu empresa Daisy Roots puede suceder lo mismo.

–Como las malas hierbas –dijo ella. Se llevó la mano a la boca–. ¡Mi furgoneta! Estaba en la puerta de tu casa con las llaves en el contacto. ¡Espero que siga allí! ¿Dónde has aparcado? –al acelerar el paso se le metió un tacón entre los adoquines y se tambaleó.

Él la agarró por los hombros para evitar que se cayera. Al mirarla a los ojos, confirmó que se había sentido atraído por ella desde el primer momento.

–¿Estás bien? –preguntó, y ella asintió–. Será mejor que esperes aquí. Iré por el coche. Tardaré menos si voy solo –y así podría recuperarse de los encuentros íntimos que no le dejaban pensar con claridad.

Kay se fijó en que algo caía al suelo cuando Dominic sacó las llaves de su bolsillo.

–¡Dominic, espera! Se te ha caído… –pero él había acelerado el paso y estaba fuera de su vista. No importaba. Sólo era un montoncito de hojas secas que se deshacía entre sus dedos. Las olió para ver qué eran. Mejorana. ¿Todavía llevaba las hojas que ella le había dado?

Había múltiples motivos para ello. Que hubiera olvidado que las tenía en el bolsillo era el más plausible.

Si no fuera porque llevaba una chaqueta diferente.

Capítulo Nueve

La furgoneta de Kay estaba aparcada frente a Linden Lodge, tal y como la habían dejado, pero Dominic decidió no hacer ningún comentario sobre que nadie en su sano juicio querría robársela. Y menos cuando Kay dependía de ella para su negocio.

–Quizá deberías cerrarla antes de entrar en casa –ella dudó un instante, como si buscara alguna excusa para marcharse, pero Dominic no iba a darle esa oportunidad–. Podemos echar un vistazo a los catálogos –le dijo, quitó las llaves del contacto y cerró la furgoneta–. Y puesto que he dejado de comer por ti, podrías decirme cuál era la condición que ibas a poner para comer conmigo.

–Oh, no… –dijo ella. Se cubrió la mano con la boca y se sonrojó.

Esperaba que él se hubiera olvidado.

–Oh, sí –dijo él, y le dio las llaves.

–No era nada importante –dijo con inseguridad–. Sólo iba a intentar que dieras tu brazo a torcer y aceptaras ir a la fiesta de la cosecha, mañana por la noche –al pronunciar la invitación sus labios se volvieron más sensuales y Dominic comprendió por qué aquel jovencito del instituto se había tomado la molestia de seducirla. Era vulnerable, virgen y muy tímida. Una de las presas más difíciles. Y los hombres eran cazadores por instinto. Él había estado hibernando tanto tiempo que había olvidado lo que era ver cómo una mujer se humedecía los labios, cómo se sonrojaba o cómo ocultaba la mirada tras sus pestañas–. No sólo conmigo –añadió enseguida–. Todo el mundo estará allí.

–Sí, lo sé.

La idea de estar rodeado de gente lo horrorizaba, pero estar a solas con ella…

–No tendrás otra oportunidad de probar mi tarta de mora y manzana –dijo ella.

–¿No será nuestra tarta de mora y manzana? –preguntó Dominic.

–Bueno, sí. Más motivo para que vayas.

Por fuera parecía segura de sí misma, directa, imparable. Pero era pura fachada, se escondía como un caracol en cuanto veía la mínima barrera y él no soportaba verla esconderse por su culpa. Así que, en lugar de dejarse llevar por el instinto y acariciarle el labio inferior, le dijo:

–Prometo que lo pensaré –pensaría en ello. Pensaría en cómo sería estar junto a ella en una mesa llena de comida, oyendo su risa, rodeándola con el brazo y sintiendo su cadera bajo la palma de su

mano–. Pero sólo si entras y comes algo. Y cuando me hayas aconsejado sobre el cenador, yo te aconsejaré sobre tu negocio –extendió la mano–. ¿Trato hecho, Katherine?

–Trato hecho, Dominic.

Él la guio hasta la casa sin soltarle la mano.

Katherine. El nombre seguía resonando en su cabeza.

Nadie, en toda su vida, se había molestado en llamarla por su nombre completo. La hacía sentirse especial, querida… Era extraño, ella se había propuesto rescatar a Dominic Ravenscar del pasado, pero en las últimas horas los papeles habían cambiado y era él quien la estaba rescatando a ella.

O quizá se estuvieran recatando el uno al otro.

–Mami, ¿voy a tener una fiesta?

Kay abrió la puerta de Linden Lodge a la mañana siguiente y dejó pasar a Polly.

–¿Una fiesta? ¿Y por qué ibas a tener una fiesta? –bromeó.

–Ya lo sabes. Es mi cumpleaños. ¡Dentro de dos semanas! Tenemos que hacer una fiesta. En el centro social, para que pueda ir todo el mundo.

–¿Eso me incluye a mí? –preguntó Dominic inesperadamente.

Se detuvieron de golpe al verlo. Estaba sentado en el suelo, cortando la hierba que había crecido entre las baldosas del paseo. No se levantó y no miró a Kay. Sólo a Polly.

Habían pasado la tarde anterior sentados en la mesa de la cocina comiendo unos sándwiches que había preparado Dominic, mirando catálogos y hablando de los viajes que él había hecho. Hasta que ambos quedaron en silencio y el reloj les recordó que era la hora de ir a recoger a Polly al colegio.

–No lo sé –dijo la niña–. Es para los pequeños.

–Tú no eres pequeña –afirmó él.

Kay se mordió el labio inferior. No se le había ocurrido que Dominic pudiera llevarse bien con los niños. Pero, ¿por qué no? Había sido bueno con ella. Sabía escuchar.

–Soy la más alta de mi clase –dijo Polly–. Mamá dice que estoy creciendo como una flor.

–¿De veras? ¿Qué tipo de flor? ¿Una margarita?

–Las margaritas no son grandes. Mira… –Polly dejó su bolsa de juguetes en el suelo y se sentó junto a Dominic. Empezó a recoger las margaritas silvestres que crecían por todos lados–. ¿Ves? Son muy pequeñas.

–Entonces, como un diente de león –la pequeña se rio–. ¿No? ¿Qué tal un cardo?

–A lo mejor… Mamá, ¿los cardos son silvestres?

–Depende de dónde crezcan –contestó Kay–. ¿Puedo dejarte aquí hablando con el señor Ravenscar mientras me pongo a trabajar?

Polly lo miró y se encogió de hombros.

–Vale. ¿Sabe hacer guirnaldas de margaritas, señor…?

–Mis amigos me llaman Dom –dijo él.

–¿Dom? Eso no es un nombre.

–Es la abreviatura de Dominic.

–Ah, sí. En mi clase hay un niño que se llama Dominic. Es un pesado. Bueno, así es como se hacen las guirnaldas –lo miró para asegurarse de que se estaba fijando.

Kay contuvo la respiración. Dominic le había prometido que cuidaría de Polly, pero no que jugaría con ella ni que escucharía su charla incesante.

–Entonces, háblame de esa fiesta…

Hacía una tarde perfecta. Kay limpió una gran parte del jardín. El sol calentaba su espalda. La dulce voz de Dominic y el sonido de la risa de su hija invadían el lugar.

–¡Se acabó el tiempo! –Dominic le tendió una taza de té y ella la aceptó–. Ha quedado muy bien.

–Gracias. Y gracias por limpiar las baldosas.

–No podía quedarme sentado en una tumbona mientras tú de dejas la piel. Además, lo he disfrutado. Nunca encontraba el momento –se encogió de hombros–: Siempre estoy muy ocupado.

–El lunes cortaré la hierba para que veas lo bien que va a quedar –dijo ella–. Y buscaré algún abono para el césped y algo para las margaritas.

–Déjamelo a mí. Lo de cortar la hierba, quiero decir. Te dejaré la parte técnica a ti. Aunque creo que las margaritas le dan personalidad al césped, ¿no te parece?

–Con moderación –convino ella.

–Espero que no pienses que soy un tacaño y creas que trato de ahorrarme dinero…

–Claro que no. Hay trabajo suficiente para todos y odio cortar la hierba –se fijó en que él tenía mucho mejor aspecto que otros días. Parecía más relajado y su sonrisa no era forzada–. Gracias por cuidar de Polly.

–Es una niña encantadora. Tiene mucha imaginación. No sabía que las muñecas tenían una vida tan completa –dijo, y la observó mientras recogía sus juguetes–. Se parece mucho a ti. Me ha puesto al día de

todos los niños de su clase. Y de los profesores.

Kay sonrió.

–Los padres tienen un trato con los profesores: si ellos no creen todo lo que oigan de nosotros, nosotros no creeremos nada de lo que oigamos sobre ellos –le dijo–. Tengo que irme…

–Lo siento, estoy impidiendo que te prepares para la fiesta de la cosecha.

–Eso no me llevará mucho tiempo –afirmó ella mientras recogía sus cosas–. Las tartas se están descongelando y lo único que tengo que hacer es meterlas en el horno. Y preparar un montón de natillas.

–¿Necesitas que te eche una mano para llevarlo todo al centro social?

–Bueno, gracias. Sería estupendo. ¿Por qué no te pasas por casa sobre la cinco y media?

Kay se duchó y se puso una falda y una blusa, a pesar de que llevaría un delantal durante casi toda la tarde. Dedicó más tiempo del habitual a su cabello y se puso esmalte de uñas transparente.

Se miró en el espejo y se sorprendió con su propia imagen. Con el cabello suelto y los hombros al descubierto, parecía una chica que estaba a punto de conocer al hombre del que iba a enamorarse.

Soltó un gruñido.

Con una simple mirada, todo el pueblo lo sabría. Amy se enteraría. O peor aún, Dominic lo sabría.

Se quitó la blusa y se puso una camiseta de color azul. Después, se recogió el cabello.

Todavía estaba trenzando la melena de Polly cuando llamaron a la puerta.

–¡Está abierta! –gritó.

–¿Llego demasiado temprano?

Kay levantó la vista y vio a Dominic junto a la puerta. Polly se levantó y fue a saludar al visitante.

–Dominic –le dijo, y lo agarró de la mano para que entrara–. Las muñecas se han reunido con los ositos de peluche y han decidido que vengas a mi fiesta.

–¡Polly! –exclamó Kay–. Lo siento, Dominic.

–Si te apetece… –añadió Polly sin moverse, y Kay oyó el tono de súplica de su hija. Reconoció un peligro que no había previsto.

Dominic lloraba la muerte de su esposa.

Polly deseaba tener un padre. Y ella…

–Polly, ¡tengo que terminar de peinarte!

–¿Quieres que empiece a llevar cosas? –preguntó Dominic.

–Oh, sí. Gracias. Puedes llevar una de las bandejas que hay en la cocina. Ten cuidado, los platos están calientes. Te encontrarás con Dorothy y Jane Hilliard en el centro social. Están a cargo de todo y te dirán dónde dejar las cosas.

–De acuerdo. Vuelvo enseguida. Polly, más tarde hablaremos de esa invitación –le guiñó un ojo y se dirigió a la cocina.

Y Kay sintió que se le aceleraba el corazón.

–Vamos, cariño, deja que te peine.

Pero Polly no se marcharía de casa sin la corona de margaritas que Dominic había hecho para ella.

Kay pasó gran parte de la tarde confusa. Trataba de mantenerse alejada de Dominic porque quería protegerse, pero al mismo tiempo deseaba estar todo lo posible con él para protegerlo de las miradas de los curiosos.

Dominic pasó la tarde hablando con viejos conocidos y, al cabo de un rato, ella se relajó un poco. Era un hombre adulto. Había vivido solo los últimos seis años. No necesitaba que ella cuidara de él. Al contrario. Parecía que apenas se daba cuenta de que ella estaba en la misma habitación.

–Kay, te he buscado por todas partes. Voy a llevar a los niños a casa y Mark me ha preguntado si Polly puede venirse a dormir –también había estado evitando a Amy, pero ésta la encontró en la cocina mientras metía los platos en el lavavajillas–. ¿Te parece bien?

–Oh, sí. Si no es molestia.

–Polly nunca molesta. Cielos, ¿qué diablos estás haciendo? –dijo Amy.

–Colaborar un poco con la recogida.

–Pues no sigas. Hay un turno de tareas y tú no estás en ésta –Amy señaló la lista que había en la pared. El nombre de Kay no figuraba en ella.

–Pero yo siempre…

–Nada de peros. Eres un miembro de la comunidad muy trabajador. Te mereces disfrutar por una vez. Sal de aquí y suéltate la melena. Diviértete con los adultos.

–Lo estoy pasando bien. De veras.

–Ya, claro. Ahí fuera hay un hombre atractivo acosado por todas las mujeres menores de cincuenta. Y tú aquí dentro, limpiando los platos. Lo siento, no me convence.

–No necesita que lo agarre de la mano, Amy. Está bien.

–Ha venido contigo.

–No. Me ayudó a traer las tartas. No me ha mirado en toda la tarde.

–Mientras que tú te has pasado toda la tarde mirándolo con lástima, supongo. Se puede decir lo mismo de las parejas que no se intercambian miradas y de las que sí lo hacen. A veces más… –y de pronto, Kay estaba entre los brazos de Amy.

–Lo siento. Lo siento. Debería haberte escuchado. Siempre tienes razón.

–Tenía razón sobre ti –dijo ella, tranquilizándola como si fuera una niña–. Corrí el riesgo cuando todo el mundo me decía que estaba loca. Pero me equivoqué al protegerte tanto y al no animarte cuando querías extender las alas. Y también me equivoqué con Dominic Ravenscar. Debería haber confiado más en ti, y por eso soy yo quien lo siente.

–No he hecho nada. Sólo he hablado con él –Kay se secó las lágrimas y sonrió–. Incluso cuando él no quería que lo hiciera.

–Tal y como yo hablé contigo.

–Y le quité un montón de malas hierbas. Dejé entrar un poco de luz para que las plantas tuvieran oportunidad de crecer.

–A lo mejor era todo lo que se necesitaba. Viste lo que era necesario y no tuviste miedo de enfrentarte al problema, de hacer el trabajo duro. Parece un hombre distinto de cuando llegó a casa. Jake fue a visitarlo y se quedó impresionado del mal aspecto que tenía.

–No tan malo –dijo Kay, recordando la primera vez que lo vio–. Por supuesto, nunca lo vi cuando era feliz. Cuando su vida era perfecta.

–Nadie tiene una vida perfecta, Kay. La satisfacción no está garantizada. Si lo estuviera, no habría nada por lo que luchar. Estaríamos viviendo felices en una cueva. Él necesitaba saber que su vida podía ser buena otra vez. He visto cómo te miraba esta noche, mientras tú estabas ocupada.

–Pero Polly…

–A Polly le gusta. Lo sé. Me lo ha contado todo sobre la mañana que pasaron juntos.

–Tengo miedo, Amy. Tengo miedo de que me importe demasiado. De que Polly se acostumbre a él.

–Yo también tenía miedo. Estaba segura de que sufrirías. De que no serías capaz de soportarlo cuando sí lo estabas haciendo. Tengo más miedo de que, al haberte protegido demasiado y tratado de mantenerte cerca de mí en lugar de dejar que fueras libre, por si te llevabas a Polly, no corras el riesgo. Y que sufras de todos modos.

–No has hecho nada mal, Amy. Soy yo la que he pasado toda mi vida huyendo. Cuando conocí a Dominic, me di cuenta de que sigo huyendo…

–Entonces, los dos habéis aprendido algo útil. Ahora ha llegado el momento de ponerlo en práctica. Y puesto que los dos sois muy listos y posiblemente lleguéis enseguida al nivel avanzado, puede que esto os sea útil.

Cuando Kay abrió la mano y se dio cuenta de lo que estaba sujetando, Amy ya se había marchado.

Buscó a Polly, la besó y permaneció en la puerta despidiéndose de ella, de Amy y de los niños. Estaba tentada de irse a casa. De olvidarse de su decisión de dejar de huir.

–Pensaba que ibas a marcharte sin mí.

–No –dijo ella, al oír que Dominic estaba a su lado–. No pensaba abandonarte. Sólo me estaba despidiendo de Polly. Va a dormir en casa de los Hallam. Mark y ella son muy buenos amigos. Es comprensible, pasaron el primer año en la misma guardería. ¿Ya te has cansado?

–Me he cansado de hablar. Creía que nunca te quitarías el delantal para poder pedirte que bailaras conmigo.

–¿Bailar? –no esperaba que quisiera bailar con ella en público–. No es necesario. En serio.

–¿Me estás rechazando, Katherine?

Kay miró hacia la pista de baile y vio que las parejas bailaban abrazadas. Pensó en lo agradable que sería sentir la suavidad de su camisa en la mejilla, el cuerpo musculoso contra el suyo. Pensó en cómo había estado toda la vida huyendo. Y en lo bueno que sería dejar de hacerlo y descansar en sus brazos.

–No, es sólo que…

–¿Qué?

–Nunca he hecho algo así. Bailar con un hombre de esta manera.

–¿Es que todos los hombres de Upper Haughton están ciegos?

Ella se sonrojó.

–He pasado la mayor parte del tiempo en la cocina. Y después tengo que irme a casa con Polly. Creo que alguien ha hecho algún cambio en los turnos… –y Amy se había llevado a Polly a casa.

–Bueno, hace mucho tiempo que yo tampoco hago esto, así que tendremos que ayudarnos el uno al otro. Pon tu mano aquí –se la colocó sobre su hombro–. Y si no recuerdo mal, yo tengo que poner la mía aquí –la agarró por la cintura y ella se estremeció–. ¿Lo hecho bien hasta el momento?

–Mmm, es agradable.

–Será mejor si te acercas un poco más –Kay obedeció–. Más aún –y ella se movió un poco más cerca.

–No sabía que la gente todavía bailara así.

–Así es como realmente se baila –dijo él–. Ahora nos movemos –Kay dio un paso hacia la pista de baile–. Yo soy el hombre, así que decido hacia dónde vamos –la abrazó con más fuerza y la guio hasta la terraza–. Hay menos gente aquí –le dijo, mientras se movían al ritmo de la música–. Katherine… –se detuvo y ella lo miró–. La tarta estaba buenísima.

–Gracias –contestó ella, y apoyó la mejilla en su hombro para seguir bailando.

–El párroco me ha pedido que dé una conferencia sobre las maneras de paliar el hambre en el mundo. Cuando le di el donativo le prometí que lo haría.

–Probablemente puedas comprarlo con otro cheque.

–¡No!

–De veras. Es una artimaña bien conocida. Debería haberte avisado. No tiene vergüenza.

–Me alegro de que me hayas convencido para que viniera –dijo él.

–No te he convencido yo.

–No… Katherine… –cuando ella levantó la vista él no dijo nada durante largo rato. Después repitió–: Katherine.

–¿Sí?

–Nada. Me gusta pronunciar tu nombre –la besó en los labios.

–Katherine…

–Sí.

La besó de nuevo y ella se estremeció. Dominic le acarició el cabello, ella echó la cabeza hacia atrás y él aprovechó para besarla con más pasión. Le acarició el labio inferior con la lengua, se lo mordisqueó y ella sintió que una ola de calor la invadía por dentro. Deseaba más.

Separó los labios y, al sentir el roce de su lengua, notó cómo despertaban en ella todas las sensaciones que había tenido dormidas durante años.

Aquello no era mera curiosidad de juventud. Era algo más. Algo sobre lo que había leído pero que nunca pensó que fuera cierto.

Y por fin comprendió lo que era el deseo irracional por lo que las mujeres inteligentes arriesgaban todo. Arriesgarlo todo por conocer a un hombre capaz de robarles el corazón.

–Llevo toda la tarde esperando este momento –murmuró él mientras la besaba en el cuello.

Y ella susurró:

–Yo llevo esperando este momento toda mi vida.

Capítulo Diez

Kay despertó en su cama. El cielo todavía estaba rosado porque acababa de amanecer y sugería que el otoño estaba al llegar. Se estremeció.

–¿Tienes frío?

Se volvió y vio que Dominic estaba apoyado sobre el codo, observándola.

–No…

–¿Arrepentida?

–No. ¿Cómo iba a estarlo? –le acarició la mejilla. Estaba frío. ¿Cuánto tiempo llevaría en esa postura, viéndola dormir?–. Es sólo que nunca había hecho algo así. Bueno, evidentemente había hecho algo así… No, tenía razón la primera vez. No se pareció en nada a esto –no había dormido con Alexander. Ni se había despertado con él mirándola como si pudiera desaparecer si le quitaba los ojos de encima. No habían compartido nada. No había sentido que el mundo había cambiado–. Él no me hizo el amor, no hizo el amor conmigo…

Dominic la calló con un beso. Tenía los labios fríos. Fríos y dulces.

–¿Nadie te ha dicho nunca que hablas demasiado? –murmuró mientras le besaba el cuello.

–No… Bueno, últimamente no. Sólo hablo mucho cuando estoy nerviosa.

–¿Yo te pongo nerviosa? –sonrió–. ¿Tan nerviosa?

–Nnn –trató de contestar mientras él le acariciaba el vientre–. Tu mano está muy fría.

–Mentirosa. Esta es la que está fría. ¿Tienes idea de lo que he pasado desde el primer día en que te vi? –ella negó con la cabeza–. Hacía tanto tiempo que no deseaba hacer el amor con una mujer que pensaba que lo había olvidado.

–Te prometo que no has olvidado nada.

–No. En cuanto te vi meterte en mi jardín lo recordé de golpe –y esa vez, cuando le acarició el cuerpo con la lengua, tomando el camino más largo para llegar hasta su destino, el único sonido que ella pudo emitir fue un jadeo entrecortado. Parecía una eternidad hasta que pudo respirar otra vez dando un largo suspiro.

–He conocido a una persona, Sara –Dominic estaba en la habitación que había compartido con su esposa hablando con la fotografía que tenía en la mesilla de noche. A su alrededor, los

armarios estaban abiertos como si sus pertenencias hicieran que su presencia fuera más fuerte. Pero el aroma que él recordaba impregnado en sus ropas había desaparecido. Todas las prendas parecían viejas. Como si ella las hubiera abandonado al fin. Como si ya no las necesitara–. Nunca te olvidaré, amor mío. Aunque eso ya lo sabes, te lo he dicho muchas veces. Pero conocer a Katherine me ha enseñado que para recordarte no tengo que bloquear todo lo demás. Me he enamorado de ella, pero tú sigues siendo parte de mí. Siempre lo serás. Si yo hubiera muerto, no me habría gustado que te quedaras sola. Que nunca te amara nadie. Que nunca tuvieras hijos.

Hizo una pausa, como si esperara una respuesta. Sin embargo, sólo se oyó la verja al cerrarse indicando que Katherine había llegado al trabajo.

Él sonrió al verla junto a la puerta. Deseaba ir a encontrarse con ella. Sólo le quedaba una cosa por hacer…

–En muchos aspectos es como tú. Tiene tu coraje, tu sinceridad, tu franqueza –se dio cuenta de que estaba sonriendo–. Hace unas bromas malísimas, Sara. Me hace reír. Creía que me había olvidado. También hace que me entren ganas de llorar, cuando pensaba que ya no me quedaban lágrimas. Me ha recordado quién soy. Apareció entre la niebla de la mañana y me regaló el beso de la vida –acarició su imagen–. No tiene tu estilo, por supuesto. Ni es tan segura como tú. Lleva una ropa horrible, dice lo primero que se le pasa por la cabeza sin pensar lo que ha dicho hasta que es demasiado tarde. El misterio es cómo pude confundirla contigo… Ya sé. Comprendo. Gracias, mi querido ángel…

Dominic se había marchado discretamente antes de que despertara el resto de los habitantes del pueblo y de que Polly regresara a casa. Pero volvió a la hora de comer y se quedó a tomar el té. Permitió que Polly lo monopolizara mientras Kay recogía la cocina. Después se marchó a casa, dejándola con un simple beso en la mejilla.

–Te veré mañana por la tarde.

Kay había sonreído. Lo había pasado muy bien. De noche y de día.

Él había llamado para darle las buenas noches y para que Kay supiera que estaba pensando en ella. También había llamado al día siguiente, antes de que ella llevara a Polly al colegio, sólo para decirle hola.

Kay no había dejado de sonreír en toda la mañana. Pero en esos momentos, cuando estaba a punto de verlo, volvió a ponerse nerviosa. ¿Cómo iban a manejar el hecho de que trabajara para él? ¿Cómo se

hablaban los amantes? No tenía experiencia…

El montón de leña que estaba en el jardín de la cocina la hizo estremecer.

Había estado animando a Dominic para que retirara las pertenencias de Sara, y Dorothy se había ofrecido a hacerlo por él, pero él se había resistido. Como si no hubiera oído nada. Sin embargo, que lo hiciera justo después de haber pasado la noche con ella le parecía un poco mal. Como si lo hubiera hecho por ella, en lugar de…

Él no estaba por ningún sitio. Kay esperaba encontrarlo en el jardín, haciendo algo, cualquier cosa, cualquier excusa para estar allí cuando ella llegara.

Kay comenzó a trabajar. Trató de convencerse de que sólo iba a quemar papeles.

–Hola.

Ella estaba arrodillada cavando alrededor de una planta y se sobresaltó.

–¡Maldito seas! Me has hecho saltar.

–Eso no es difícil. Sólo tengo que tocarte en un sitio para que… –ella se sonrojó–. Ah, veo que te acuerdas.

–¿Cómo iba a olvidarme? –había estado toda su vida esperando aquello.

–Pensé que vendrías a decirme hola antes de ponerte a trabajar.

–Hay mucho que hacer, y no quería molestarte si estabas ocupado.

–Demasiado tarde para preocuparse por eso. ¿Puedes dejar las malas hierbas un momento? Échame una mano.

–Oh, claro… –y al ponerse en pie vio que llevaba una caja en la mano de la que asomaba una prenda de seda negra. No eran papeles.

–Estoy siguiendo tu consejo.

–Ya. ¿Estás seguro de querer hacerlo ahora, Dominic?

–Sólo es ropa vieja, Katherine. ¿Cómo voy a pedirte que me tomes en serio, que te cases conmigo, que vengas a vivir aquí, si las cosas de Sara están por todos sitios? ¿Si todavía estoy anclado al pasado? –no esperó su respuesta–. ¿Puedes traer el rastrillo?

–¿Casarme contigo…?

No podía haber oído bien. Apenas se conocían. El matrimonio estaba fuera de lugar. Todavía estaba asimilando que se había acostado con él.

Kay lo siguió con el rastrillo en la mano. Observó cómo metía unos papeles bajo la leña y cómo les prendía fuego.

No le diría nada, ni una palabra, a menos que él volviera a sacar el tema. Y en ese caso…

Pensaría en algo. Después de todo era improbable que sucediera.

Era una locura.

–¿Vigilas el fuego mientras voy a por otra caja?

–Por supuesto.

Cuando las llamas se avivaron con el viento, ella echó más leña. Quería que el fuego se mantuviera vivo para que la ropa se quemara cuanto antes. Un par de veces vio que Dominic miraba un vestido o unos zapatos, pero fue sólo al abrir la última caja cuando lo vio dudar.

Kay se agachó a su lado.

–¿Dominic? ¿Qué ocurre?

Él suspiró. Ella bajó la vista y vio un osito de peluche.

–Estaba embarazada. Sara estaba embarazada cuando murió –agarró el osito–. Se enfadó conmigo cuando compré esto. Decía que podía dar mala suerte. Que tentaba al destino… Pero no. No. La vida no es así. A veces parece que es así… –después de meter el osito en la hoguera se puso en pie. Kay sintió un nudo en la garganta, le agarró la mano y se la apretó–. Deseaba gritar la noticia desde lo alto de la torre, pero me hizo prometer que no se lo contaría a nadie hasta que pasaran los tres primeros meses. Tras su muerte, ya no tuvo sentido. Su familia ya tenía bastante dolor. ¿Cómo iba a cargarlos con más sufrimiento?

–Por supuesto que no podías hacerlo –lo abrazó, y ambos lloraron juntos.

Dominic lloró por la crueldad del destino.

Katherine, porque recordaba el primer día que se vieron. Cuando él la confundió con Sara. Cuando le preguntó por Polly porque quería saber quién era.

Creyó que él había visto fantasmas, pero se había estado engañando a sí misma. Dominic no había superado nada. Simplemente, había sustituido a la familia que había perdido por Polly y por ella.

Kay sólo pretendía ayudarlo, pero el camino al infierno estaba lleno de buenas intenciones, y lo único que había hecho era empeorar las cosas.

Sonó la alarma del pequeño despertador que llevaba en el bolsillo.

–Tengo que irme, Dominic –dijo, agradecida por tener la oportunidad de escapar.

–Ya –le agarró la mano un instante, como para retenerla. Como si supiera que estaba huyendo de él–. Te llamaré. Más tarde –dijo él, y la soltó.

Ella trató de sonreír. Era incapaz de decir palabra, así que, sin pararse a recoger la herramienta, se marchó.

Dominic no quería dejarla marchar. Tenía la sensación de que si le soltaba la mano ella nunca regresaría.

Algo iba mal. Lo sentía.

Le había molestado que quemara la ropa de Sara y, quizá, el momento no había sido el adecuado. Pero quería que ella supiera que había dejado atrás el pasado. Que estaba comprometido con el futuro. Y que deseaba que ella formara parte de él.

En un momento dado Kay se había separado de él, no física, sino emocionalmente. Se había sentido aliviada cuando sonó la alarma. Desesperada por escapar.

Mirando las brasas de la hoguera recordó todo lo sucedido por la tarde. Sus palabras, sus gestos, hasta que recordó el momento exacto. Y comprendió lo que había hecho.

Kay deseaba escapar. Era como si tuviera dieciocho años otra vez y se enfrentara con problemas que no podía manejar. Pero no pensaba escapar del lío que había formado. Ésa nunca era la respuesta.

Amy le había enseñado lo que era el amor, y sentirse amada había marcado la diferencia. Aprender a amar, también.

Cuando Polly salió corriendo del colegio, Kay se agachó para darle un abrazo. Quizá no había ayudado a Dominic, pero él le había enseñado algo muy importante: que la distancia no hace que los problemas desaparezcan. Que el tiempo reduce el daño. Que al final, uno tiene que enfrentarse a sus demonios.

Y él no dejaba de preguntarle por el padre de Polly. A lo mejor porque quería asegurarse de que nadie se llevaría de su lado a su familia sustituta. Llegaría el día en que Polly hiciera la misma pregunta. Y la pequeña tenía derecho a saberlo.

No pensaba huir de Dominic. Le contaría lo que iba a hacer: adentrarse en el pasado para enfrentarse a los errores que había cometido. Y quizá lo ayudara a darse cuenta de que Polly no era su bebé, sino la niña de otro hombre. Una vez hecho eso, trataría de solucionar el presente y se prepararía para enfrentarse al futuro.

Después de darle la merienda a Polly y de hablar sobre la escuela, la dejó pintando un puercoespín y se dirigió a hacer una llamada.

Podía haber sido peor. La secretaria de la escuela era la misma de siempre. Y el silencio que se formó indicaba que recordaba muy bien quién era Katie Lovell.

Diez minutos más tarde sonó el teléfono. Kay esperaba que fuera el director del colegio. Pero era el abuelo de Polly. Lo escuchó durante

largo rato, y cuando terminó dijo:

–Polly, tu abuelo quiere hablar contigo.

–¿Mi abuelo? ¿Es que tengo un abuelo? Mark no tiene ninguno… –agarró el teléfono y dijo–. ¿Hola? ¿Vas a venir a mi fiesta?

Kay se cubrió la boca con la mano, contuvo las lágrimas y vio que Dominic estaba en la puerta de la cocina.

–Llamé antes de entrar… –miró a Polly.

–Está hablando con su abuelo.

–¿Con el conde en persona?

Ella asintió.

–Ha estado todo este tiempo esperando a que lo llamara. Desesperado –había ido un día a recogerla para llevarla a casa con él, para cuidar de ella. Había encargado que la buscaran, recorrido todos los hospitales cuando estaba a punto de dar a luz…

–¿Y el padre de Polly? –dijo él–. ¿También ha estado esperando?

Ella frunció el ceño.

–Oh, no. Esto no tiene nada que ver conmigo. Tiene que ver con Polly.

–Entonces, a él no lo verás.

–No. Alexander murió el año pasado, Dominic –miró a Polly y vio que seguía hablando como si conociera a su abuelo de toda la vida–. Qué pena –dijo ella, y salió al porche con Dominic–. Si no hubiera sido tan estúpida, él podría haberla conocido. Y Polly a él.

–Si él no hubiera sido tan estúpido. Si toda esa gente que se suponía era buena hubiera sido un poco mejor. Pero lo cierto es que los dos erais muy jóvenes, y estabais muy asustados… –Dominic deseaba abrazarla, ofrecerle el mismo apoyo que ella le había dado. Sin embargo, esperó a que se sentara y le agarró las manos–. No seas tan dura contigo misma, Katherine. ¿Por qué te has decidido a hacer la llamada?

–Necesitaba enfrentarme a mis miedos. Arreglar las cosas. Debería haberlo hecho antes.

–Supongo que el arrepentimiento es inevitable. Cuando pienso en el pasado, me arrepiento de todas las noches que pasé en las reuniones de trabajo y que podía haber pasado en casa.

–El tiempo es algo que todos dilapidamos. Si supiéramos…

Él le acarició la mejilla.

–Podemos aprender de nuestros errores. Aprender a valorar cada minuto como lo más preciado del mundo, ya sea mientras firmamos un contrato millonario o mientras bailamos con la mujer que amamos. Y nunca, nunca, pensar que está garantizado.

–Dominic, tenemos que hablar.

–Más tarde. Polly te necesita ahora. Tendrá muchas preguntas. Pero te he traído algunas fotografías –le entregó un sobre–. Míralas cuando tengas un minuto. Después, hablaremos.

–¿Sobre qué?

–El pasado, el futuro… –deseaba tomarla entre sus brazos, pero no lo hizo–. Sobre nosotros –se alejó de ella.

¿Fotografías? Kay abrió el sobre y miró su contenido. Sacó una de las fotos. Se parecía a las de moda que salían en las revistas que leía Amy.

–Mami… Oh, pensaba que Dominic iba a quedarse.

–Mmm…

Había imaginado que Sara Ravenscar era alguien como ella. Alta. De cabello claro. Más delicada, por supuesto. Con mucho más estilo, pero al fin y al cabo, una jardinera con barro en las manos.

Nunca había estado tan equivocada.

–¿Y Dominic? –insistió Polly.

–¿Qué? Oh, no, cariño. Esta tarde no.

–Ya… bueno, se lo contaré mañana.

–¿El qué?

–Lo del abuelo. Quiere decirte adiós. ¿Quién es esa?

–Sara. Era la mujer de Dominic.

Sara Ravenscar tenía una belleza que la destacaba entre la multitud. Dominic debía haber encontrado las fotografías mientras recogía sus cosas. ¿Y qué? ¿Se había percatado de su error? ¿Por qué se las quería enseñar? Lo único que él tenía que decir era adiós, pero le había dicho que hablarían más tarde.

–¿Y dónde está ahora?

–En el cielo, cariño.

–¿Como papá?

–¿El abuelo te lo ha contado?

–Sí. Va a enviarme una foto. Necesita la dirección.

–¿Qué? ¿Todavía está en el teléfono? ¡Cielos!

Corrió a la cocina, se disculpó y prometió enviarle una fotografía de Polly. Cualquier cosa con tal de contestar el teléfono.

Después, sacó el resto de las fotografías sobre la mesa de la cocina.

Sara era preciosa. Su cabello era como los rayos del sol. Tenía una piel preciosa y unas piernas larguísimas.

–¿Se parecía a Dominic? –dijo Polly.

–¿Quién?

–Papá.

–No. Para nada. Tenía el pelo claro, como tú. ¿Por qué?

–Pensaba que si vas a casarte con Dominic debería ser como papá,

eso es todo.

–¿Casarme? ¿Quién te ha dicho que voy a casarme con él?

–Todo el mundo en el colegio hablaba de que fuisteis juntos a la fiesta de la cosecha. Y Amber Gregson dijo que su madre os vio besaros. Pero a lo mejor no importa que no se parezca a mi padre, porque tú no te pareces en nada a Sara, ¿no?

–No querida, me temo que no. Ni un poquito.

Rápidamente, Kay agarró el teléfono para llamar a Dominic. Él contestó enseguida.

–¿Por qué creíste que yo era Sara? –le preguntó antes de que él pudiera hablar–. Aquella mañana. En el jardín.

–Un truco de la iluminación –dijo él–. Jet lag. Un pequeño milagro. La combinación de todo lo anterior…

–Ahondemos en la teoría del milagro.

–Ésa es mi favorita. Por otro lado, si no hubiera estado tan cansado habría necesitado algo más que una camiseta azul turquesa para confundirme.

–Ya.

–En ese caso no te habría besado. No me habrías seguido hasta la casa. No me habría tenido que disculpar y nunca se me habría ocurrido contratarte como mi jardinera, señorita Lovell. Señorita Kay… Katie… Katherine Lovell.

–Sólo Katherine –dijo ella, y sonrió.

–No sólo Katherine –dijo él–. Maravillosa Katherine. Inconfundible Katherine. Perfecta Katherine. Adorable Katherine… –ella se volvió al sentir su presencia en la puerta. Él dejó caer hacia un lado la mano en la que llevaba el teléfono inalámbrico y afirmó–: Te quiero, Katherine. Cásate conmigo, Katherine.

Y Polly dijo:

–¿Lo ves? Te lo había dicho. ¿Puedo ser la dama de honor?

–No –dijo Kay–. No puedo casarme contigo.

–SÍ –dijo Dominic–. ¿Por qué no?

–Bueno. La gente no lo hace de esta manera. Acabamos de conocernos.

–Pero todo ha sido estupendo.

–¡Dominic!

–¿Vas a darme un motivo?

Kay negó con la cabeza y él se acercó a ella.

–Cásate conmigo, Katherine.

–No puedo… Tengo un negocio que dirigir. Una niña que criar. ¿Y qué vas a hacer con el resto de tu vida? No quiero casarme con alguien que vaya a marcharse al Kalahari, o a una selva llena de

serpientes cada cinco minutos. La preocupación no me dejaría dormir…

–¿Te preocuparías por mí? –dio un paso adelante.

–Me preocuparía por cualquiera…

Un paso más.

–¿Te casarías conmigo para mantenerme alejado del peligro?

–¡Eso no es justo!

–No tengo intención de jugar limpio –afirmó Dominic–. Me aprovecharé de todo lo que pueda. Entonces, ¿tu objeción para casarte conmigo es que me conoces desde hace poco y que quizá ponga mi vida en peligro y no te deje dormir?

–Mmm.

–Si te digo que voy a dejar que los viajes los haga alguien más joven, que voy a quedarme en casa, y que quizá amplíe mi actuación benéfica para crear una manera de que la gente joven necesitada pueda comenzar su vida, ¿dejarás de objetar?

–¿De veras vas a hacer eso?

–Depende de ti.

–No es justo –dijo ella–. ¿Cómo puedes estar tan seguro? De lo del matrimonio… –pero ya sabía la respuesta. La conocía desde el momento en que pensó que iba a partírsele el corazón–. Todo está yendo tan rápido…

–¿Cómo crees que podría continuar esta relación mientras esperamos que el tiempo nos confirme nuestros sentimientos? ¿Con citas nocturnas y salidas matinales que mantendrán al pueblo entretenido durante un año? –ella negó con la cabeza–. ¿O preferirías venirte a vivir conmigo? ¿O que yo venga a vivir contigo? ¿Cuál es la diferencia?

–El compromiso.

–Exacto –dijo él, y la agarró de la mano–. Cásate conmigo, Katherine –y esa vez, sus palabras llegaron directas a su corazón.

Ella no protestó, simplemente dijo:

–¿Cuándo?

–Cuando esté terminado el nuevo cenador.

–Pero para eso pueden pasar meses… –se quejó, y vio que él sonreía.

–Elegiremos un anillo juntos pero, entretanto, esto puede valer –sacó una caja de su bolsillo, la abrió y colocó un reloj en la muñeca de Kay–. Sólo para recordarnos que no podemos perder ni un segundo.

–¡Por aquí, Polly! –el salón estaba lleno de risas infantiles y Polly y sus amigos jugaban con un globo. Dominic y Jake los ayudaban con

los lanzamientos difíciles.

–Los hombres nunca crecen –dijo Amy–. Siempre tienen algo de niños deseando salir a la luz.

–Es estupendo, ¿no crees? –intercambiaron una sonrisa–. ¿Cuándo vas a contarme tu secreto? –preguntó Kay.

–¿Secreto? –contestó Amy disimulando.

–Llevas sonriendo todo el día.

–Soy una mujer feliz por naturaleza –contestó su amiga–. Pero quizá el hecho de que estoy embarazada me ayude un poco.

–¡No! Es maravilloso –se abrazaron–. Espero que esta vez sea niña.

–Pensaba que eso era importante –se puso la mano en el vientre–, pero no importa nada. Llevamos tanto tiempo intentando tener otro hijo que estoy encantada… –el globo se explotó y los niños gritaron con más fuerza.

Y entonces, cuando se abrió la puerta, todos se quedaron en silencio al ver que un hombre alto y distinguido entraba en la habitación.

–¿Es esta la fiesta de la señorita Polly Lovell? –preguntó. Kay sintió que se le detenía el corazón al reconocer los rasgos de aquel hombre. Se parecía a Polly–. No me he colado –dijo él–. He recibido una invitación.

Y mostró una de las invitaciones que Kay había sacado con la impresora, comprada con el préstamo que finalmente le había dado la señora Harding. En ella aparecía la palabra «Abuelo» y la firma era «Con amor, Polly». Pero la niña no había podido poner la dirección…

¿Cómo la había averiguado? ¿Qué iba a hacerle Dominic por aparecer de esa manera? Entonces, se volvió y lo vio acercarse hacia él con Polly en los brazos. Y mientras ella trataba de encontrar las palabras adecuadas, él hizo las presentaciones. Un apretón de manos lo dejó todo aclarado.

Una vez que Polly recuperó el aplomo, agarró a su abuelo y lo llevó para que conociera a Mark, su mejor amigo, y viera todo lo que le habían regalado. Y su abuelo le dio un relicario de oro que contenía una foto de su padre para que lo añadiera al montón de regalos. Dominic agarró la mano de Kay y murmuró:

–Todo ha ido bien. La semana que viene conocerás a mi familia.

–¿Familia? –sorprendida, miró al distinguido desconocido que estaba sentado en el suelo y rodeado de niños.

–¿Qué más? –dijo él–. Ah, sí. Asegúrate de que venga a la boda.

Un brillante y escarchado día de enero, la gente se reunió en la

iglesia del pueblo para presenciar el matrimonio de Katherine Susan Lovell y Dominic Matthew Ravenscar.

Amy era la madrina y Polly, que llevaba una cesta llena de romero y pensamientos, la dama de honor.

Kay llevaba un vestido de color crema largo hasta los pies y una corona pequeña para mantener su peinado. No se enteraba de nada. Sólo podía ver a Dominic, esperándola con la mano extendida para aceptar la suya.

Cuando Katherine le dio la mano, Dominic sintió un momento de máxima felicidad. Había estado vagando solo en un mundo salvaje y ella lo había encontrado.

Después, a solas en la terraza, mirando las estrellas, Katherine dijo:

–Pensaba que haría falta algo más que un beso para que este jardín recobrara la vida. Ahora no estoy tan segura.

–Si se da con el corazón, amor mío, un beso puede hacer milagros –contestó Dominic.

Y por si tenía alguna duda, la besó de nuevo.

Fin